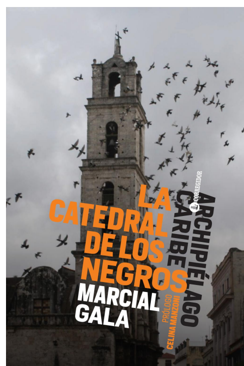


LA CATEDRAL DE LOS NEGROS
MARCIAL GALA
ARCHIPIÉLAGO CARIBE
PRÓLOGO CELINA MANZONI
CORREGIDOR



Marcial Gala nació en La Habana (Cuba) en 1965. Es narrador, poeta y arquitecto. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, UNEAC. Premio Pinos Nuevos de cuento 1999. La Catedral de los Negros recibió las distinciones Premio Alejo Carpentier 2012 en el género novela y Premio de la Crítica a los mejores libros publicados en Cuba en 2012. En la actualidad vive entre Buenos Aires y Cienfuegos. Ha publicado los siguientes libros: Enemigo de los ángeles, cuentos (1995), Dios y los locos, cuentos (1998), El hechizado, cuentos (2000), Moneda de a centavo, poemas (2009), Es muy temprano, cuentos (2010), Monasterio, novela (2013), Escuchando a Miriam H, cuentos (2015), La Catedral de los Negros, novela (2015, Corregidor), Sentada en su verde limón, novela (2017, Corregidor).

CORREDIGOR

MARCIAL GALA

La Catedral de los Negros

Prólogo
Celina Manzoni

Colección

Archipiélago Caribe

1. Simone, de Eduardo Lalo
   Prólogo: Elsa Noya
2. La piscina, de Edgardo Rodríguez Juliá
   Prólogo: Carolina Sancholuz
3. La inutilidad, de Eduardo Lalo
   Prólogo: Gabriela Tineo
4. Un seguidor de Montaigne mira La Habana, de Antonio José Ponte
   Prólogo: Teresa Basile
5. Los países invisibles, de Eduardo Lalo
6. Emoticons, de Aurora Arias
   Prólogo: Gabriela Tineo
7. La Catedral de los Negros, de Marcial Gala
   Prólogo: Celina Manzoni
8. Sentada en su verde limón, de Marcial Gala
9. Intemperie, de Eduardo Lalo
10. Historia de Yuké, de Eduardo Lalo
11. Intervenciones, de Eduardo Lalo
    Prólogo: César A. Salgado
12. Roncanrol, de Marcial Gala

Gala, Marcial
La catedral de los negros / Marcial Gala. prólogo de Celina Manzoni. 1ª ed.
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Corregidor, 2019.
Libro digital, EPUB (Archipiélago caribe / Pampín, María Fernanda; 7)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-05-3210-5

1. Narrativa Cubana. 2. Novela. I. Manzoni, Celina. II. Título
CDD 863

ISBN edición impresa: 978-950-0530-89-7

Diseño de tapa:
Ezequiel Cafaro

Rodríguez Peña 452 (C1020ADJ) Bs. As.
corregidor.com
corregidor@corregidor.com
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Libro de edición argentina.

Digitalizado por DigitalBe© (Mayo/2019)

InclusivePublishing - Este ebook cumple con la Recomendación Técnica de Accesibilidad para lectores con capacidades visuales, auditivas, motrices, y cognitivas diferentes.

Índice

104

105

106

107

108

109

110

111

112

113

114

115

116

117

118

119

120

121

122

123

124

125

126

127

128

129

130

185

186

187

188

189

190

191

192

193

194

195

196

197

198

199

200

201

202

203

205

207

208

209

210

211

212

213

214
215
216
217
218
219
220
221
222
223
224
225
226
227
228
229
230
231
232
233

PRÓLOGO

Destinos cruzados en la Cuba del siglo XXI
La Catedral de los Negros de Marcial Gala

Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra.
Génesis 11:4

A despegar como hacen los aviones empezó el templo, a volverse aliado del aire, dueño de los vientos.
Ibrahim Salazar

En realidad, éramos unos inocentes, aunque ya desde entonces carecíamos de futuro. El que cae en este barrio no sale, había puesto alguien en la pared de una casa y es que el barrio estaba malo, pero malo de verdad. Uno nace negro y está embarcado.
Alain Silva Acosta

Una literatura en transformación

Cuando Marcial Gala obtiene el Premio Alejo Carpentier de Novela en 2012 por *La Catedral de los Negros* ya venía realizando una intensa experiencia de escritura en Cienfuegos, ciudad de su residencia, pero también venía siendo parte de una red de publicaciones que, desde las provincias, fue asediando la plaza editorial tradicionalmente establecida en La Habana. Pequeñas editoras desde ciudades distantes entre sí fueron dando señales, por lo menos a partir de los años ochenta aunque con mayor asiduidad hacia los noventa y el fin de siglo, de la presencia cada vez más extendida de una literatura abierta al cambio y a la tematización de problemas que la sociedad cubana conocía pero de los que casi no se hablaba de manera pública.

Las carencias hasta de lo más elemental y los mil recursos del ingenio y la desesperación, el deterioro de las relaciones familiares tradicionales y la dispersión provocada por el exilio y los cimbronazos de las guerras en África, entre otros factores, pusieron al desnudo un descalabro que la crisis ilumina con crudeza: privilegios frente a injusticias, negociados y abusos de poder, ruinas materiales y morales, marginalización de amplios sectores de la sociedad con todas sus secuelas. Como parte de ese sinceramiento empezaron a ser re-conocidas también las más o menos ocultas formas del racismo y del sexismo, la homofobia y el machismo; asoma una literatura erótica que, entre otras notas, juega con la perversión y el humor. Si bien la bibliografía cubana analiza estas ampliaciones temáticas en el marco casi exclusivo de los dramáticos cambios suscitados por la caída estrepitosa del denominado campo socialista y sus consecuencias hasta cierto punto liberadoras del fuerte control estatal, no es posible desconocer que ese quiebre, iniciado a fines de 1989 con la caída del muro de Berlín, instaló en todo el mundo, no sólo en Cuba, una era de incertidumbre, desconcierto y crisis, una zona de

pasaje de uno a otro siglo que en la Isla se vivió como catástrofe y cuya profundidad no es posible subestimar ni equiparar con liviandad a otras experiencias del continente.

Como una de las derivas de esta situación se produjo también una intensa movilidad que potenció las retóricas del viaje; los diversos modos de desplazamiento que pasaron a considerarse comunes a nuestra cultura globalizada adquirieron en Cuba un carácter diaspórico que ha llegado a articular textualidades tan representativas como la de Reinaldo Arenas, Guillermo Rosales y muchos otros escritores entre los que se cuentan los de la llamada generación del Mariel. Exilio, diáspora, errancia: nuevas escrituras que se constituyen como desafío crítico y metodológico desde el momento en que ponen en crisis los conceptos de identidad, lengua y nación tan fuertemente arraigados en la cultura de los dos últimos siglos.

En ese contexto, mientras que (en una lista corta y por definición incompleta) Wendy Guerra, Pedro Juan Gutiérrez, Margarita Mateo Palmer, Leonardo Padura, Antonio José Ponte, Ena Lucía Portela, Karla Suárez publicaban dentro y fuera de las lábiles fronteras logrando reconocimiento internacional, en lo fundamental por su capacidad de generar poéticas originales y eficaces, centenares de jóvenes se iniciaban en la escritura y persistían en ella al amparo del discreto encanto de las ediciones de provincia. En esa dinámica se constituyó una masa ampliada de escritores que, en parte formada en talleres literarios, encontró cauces para la publicación casi forzando los márgenes de lo establecido. Una marea que pudo crear la ilusión de estar frente a un cambio extraordinario y que en la confluencia, así fuera virtual, de los más nuevos con los más experimentados logró romper el inmovilismo. El campo cultural y en particular la literatura se vieron desafiados a imaginar y articular una necesaria reflexión crítica y una nueva poética que conjugara esa siempre dificultosa relación entre la ética, la política, la historia y la escritura. Fue también el momento antológico de los noventa, un gesto por el cual, entre la multitud de textos, diligentes antólogos, también dentro y fuera de Cuba, reunieron ramilletes

representativos de líneas y tendencias y dieron a conocer escritores antes desconocidos en general jóvenes y muy jóvenes.

Visto desde los primeros quince años del siglo XXI ese movimiento renovador, salvo algunas excepciones (en parte antes mencionadas), se muestra como principalmente temático por lo que su conocimiento, que indudablemente acrecienta el campo de saber de una literatura, no parece modificarlo de manera sustancial. Una impresión que se quiebra frente a una propuesta que, como la de Marcial Gala, realiza un cambio fundamental a partir de los procedimientos que pone en juego tanto en sus cuentos, como en *Sentada en su verde limón*, novela publicada en 2004 y en su segunda novela, *La Catedral de los Negros* (La Habana: Letras Cubanas, 2012).

La revuelta silenciosa

Mientras que la mayor parte de la narrativa publicada en esos años sigue manteniendo además un narrador tradicional, en primera o en tercera persona, así como un lenguaje convencional, convencionalmente correcto de clase media urbana, *La Catedral de los Negros* realiza en un envión por lo menos dos gestos de ruptura: por el primero despliega formas inusitadas de la lengua popular que podrían ser leídas en la línea de recuperar el intento de Guillermo Cabrera Infante cuando con *Tres tristes tigres* se propuso "atrapar la voz humana al vuelo". Por el otro realiza un quiebre de la voz única del autor-narrador: el texto se abre a una multiplicidad de voces que dialogan entre sí, se explican, se completan; todas las opiniones cuentan, cuentan porque narran y cuentan porque importan en sí mismas y en sus cruces. Se van entrelazando el chisme barrial que hace y deshace reputaciones, las esperanzas adolescentes que pueden o no realizarse, los propósitos redentoristas de religiosos y de maestros, las miserias del bajo mundo con sus muchos matices, la incompetencia y hasta la resignación oficial frente a una realidad que la supera en un territorio que muestra tener una vida secreta.

En esta estrategia reside en parte lo que denomino la revuelta silenciosa de Marcial Gala, no sólo por el desprestigio de la voz autoral legitimada en una estética monológica predominante en la gran narrativa realista del siglo XIX y en los sistemas de representación que, bajo diversas denominaciones y en diversos momentos históricos, lograron construir un mapa literario casi sagrado aunque quebrado por el desafío de Dostoievski: "formar un mundo polifónico y destruir las formas establecidas de la novela europea, en su mayoría monológica (homófona)" (Bajtin).

En el camino de armar su estrategia rupturista de la norma, Marcial Gala se apropia, para darla vuelta, de la retórica del testimonio, un género privilegiado en los años setenta, nacido en Cuba y rápidamente extendido a toda América Latina cuando la figura del intelectual solidario le daba voz a una galería de personajes, en general iletrados, que se constituían en objeto de indagación y en modelos típicos de fenómenos que se consideraban representativos. De alguna manera es como si *La Catedral de los Negros* pudiera ser leída como la otra cara del género testimonial; construida en sus bordes no sólo da vuelta su presunta función ejemplar, también desnuda la ficcionalidad que escondían aquellas tramas. Democratiza y profundiza un discurso preceptivo de modo tal que, por el cruce de las múltiples y contradictorias voces de los sujetos que pueblan la novela, se pone en movimiento una narración plural por la cual una barriada popular de Cienfuegos, en su singularidad, podría llegar a leerse como sinécdoque de una microhistoria isleña. En ese camino crea un espacio cultural dominado por la presencia de negros y mulatos cubanos, "afrodescendientes" como suele nombrarlos la bibliografía oficial, ya no como representaciones del otro (una otredad lejana e incluso pintoresca) ni como figuras ejemplares sino como ciudadanos que suman, a los males que afectan a la mayoría de la sociedad, el prejuicio racial. Se puede decir entonces que el texto reorganiza todo el espacio cultural del fin de siglo desde el momento en que además se sostiene en las formas populares del

habla, en los refranes y en formas de la religiosidad que más allá de prohibiciones, invisibilización y prejuicio recorren subterráneamente la cultura nacional. Mientras que los narradores de los noventa aportaron un aire de irreverencia por animarse a escribir de lo que se hablaba en la intimidad de la familia o de los portales, Marcial Gala, con el desprestigio del monologismo y la democratización del discurso ficcional, lo mismo que otros escritores en América Latina, convierte la irreverencia más o menos incómoda en un cambio de paradigmas. No crea personajes providenciales, arma complejas redes de afecto y desafecto y aunque elimina el rol del intelectual que desde afuera de los procesos pontifica y distribuye los juicios y las penas, no elimina las figuras de artista (poetas, pintores, escritores) que conviven en el espacio novelístico organizado como un espacio de mezcla, de conversación y debate. Aunque colocado en los márgenes, Gala no estigmatiza a la marginalidad como sí lo hizo Pedro Juan Gutiérrez, famoso por esos mismos años, quien en su primera novela, *El rey de La Habana* (1999), construye en una arrogante tercera persona una colección de personajes que vagabundean por las orillas de una ciudad convertida en un basurero y quienes, como en la estética propia de la novela naturalista del siglo XIX, predeterminados por su origen, sólo pueden acabar cumpliendo su destino de desastre, también hipócritamente moralizante.

La Catedral de los Negros

Desde ese gesto desacralizador que comienza con el título mismo, *La Catedral de los Negros*, la narración coloca al lector frente a disyuntivas inesperadas y crea esa cierta forma de inestabilidad sobre la que se articula ejemplarmente la poética del asombro. Si el prestigio religioso, pero también arquitectónico y literario de las catedrales desplazado a lo metafórico permite que una universidad sea conocida como “The Cathedral of Learning” o que a un edificio bancario de Lisboa se lo denomine la Catedral del Dinero, con el título de su novela Marcial Gala dobla la apuesta. ¿Una Catedral *de* los Negros? Y mantengo el uso de las

mayúsculas que propone el texto. Ese “de” ¿sería signo de origen, de posesión, de pertenencia? O, de manera algo inesperada ¿un retorno a las prácticas teóricamente ya superadas de la segregación racial?

Una problemática que atraviesa a todos los personajes pero que quizá se pueda seguir con mayor intensidad en los más íntimamente ligados a Arturo Stewart, el líder violento y carismático que los convoca a la edificación del templo: Ibrahim Salazar y el arquitecto Rogelio Roca Cueva. Ambos comparten, desde perspectivas diversas, la fe alucinada de los constructores de catedrales y su fuerte apuesta a un futuro casi milenarista: “Un día [...] vas a ver que todo sacrificio fue útil, que nada fue en vano, ese día llegará” (121), argumenta Ibrahim quien no se desmoraliza frente al reclamo de su mujer por las miserias del presente. Resulta conmovedor también el orgullo del arquitecto cuando acepta la misión de emplazar la catedral “en Punta Gotica, un barrio de negros olvidados y de blancos desamparados” (74), cuando en la línea de los grandes arquitectos racionalistas apuesta a la modernidad: “quise que el edificio fuera perfecto en su sencillez, casi necesario, quise que toda su complejidad estuviera en la armonía y en la calidad de los materiales empleados” (81) y cuando el proyecto se opone programáticamente a la clausura, la exclusividad, el encierro: “Se puede acceder al interior del templo por varios lugares, el concepto es la accesibilidad, el permitir, el templo es como una mano abierta para que todos la estrechen...” (81). Es como si la idea fuerte del proyecto arquitectónico evocara, o mejor, sostuviera, en su ademán aperturista, en la horizontalidad que promueve, una vocación por prescindir de las jerarquías para privilegiar la comunicabilidad, un gesto equivalente a la estrategia que sostiene la escritura de la novela y que podríamos imaginar como su centro productor.

La exaltación intelectual y moral que alimenta las esperanzas utópicas, hacer de Cienfuegos “la Jerusalén celestial”, se quebrará hacia el final cuando Ibrahim crea comprender: “Luego todo empezó a nublarse. Ya el templo no era bueno y todo empezó a nublarse. Dios no lo

quería. Dios no deseaba ese templo y todo empezó a tornarse confuso" (220). También el arquitecto cree comprender: "Comprendí que el templo estaba maldito, corrupto, que era un canto, no al mero concepto de las personas con mucha melanina en la piel, sino que se llamaba *la Catedral de los Negros* por aquellos que tienen odio en el corazón y nada pudo hacerme desistir de esa certeza" (118). Renuncia dolorosamente a la que podría haber sido su obra consagratoria y a veces visita sus ruinas, lo mismo que Berta las re-visita en sus pensamientos que se tiñen de un tono melancólicamente apocalíptico en el que parecería retomar las palabras de Lezama Lima: "Cuba tiene sus catedrales en el futuro". Cuando improbables viajeros del tiempo por venir la encuentren, "¿cómo sabrán que esta catedral nunca llegó a terminarse? Pensarán que un día fue el templo principal de una ciudad de seres felices y que por sus pasillos corrieron los hijos de los feligreses, y al cabo del tiempo ¿acaso importará que no haya sido así?" (231).

Las ruinas de la catedral, como las ruinas de la planta nuclear abandonada de Jaraguá que de manera incidental se mencionan aquí aunque serán el escenario de un delirante festival de rock en *Monasterio*, la tercera novela de Marcial Gala, se conectan entre otros estragos, a las imágenes de la decadencia de La Habana, tan fuertes ya en la autobiografía de Reinaldo Arenas (1992), tematizadas luego en las narraciones de los noventa, notoriamente en *Un arte de hacer ruinas* de Antonio José Ponte (2005). Una recuperación en las novelas y en muchos de los cuentos de Marcial Gala de esa intemperie bajo la cual los personajes deambulan y que la transformación y el quiebre de los lenguajes realza.

Una novela coral

En la tradición de John Dos Passos, si se quiere también de textos como *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska y de algunas películas más o menos recientes (entre otras el ciclo de Alejandro González Iñárritu y en particular *Babel* de 2006, o *El capital humano* de Paolo Virzi

en 2014), veinticinco voces se van alternando para ofrecer los tres actos de una tragedia en la que se cuelan acentos faulknerianos tal como lo ha señalado Alberto Guerra Naranjo (2013). Asentada en el escenario de miseria de Punta Gotica enfrenta sin alardes el orden casi satisfecho de sí mismo de las almas bellas más acá o más allá de Punta Gorda: dos extremos de la geografía física, política y moral de una ciudad literaria que es posible relacionar con el paisaje urbano de Cienfuegos. Desde allí se va tramando una historia de amor y muerte, soberbia y locura cuyo origen las voces afincan en el mal que viene de afuera. Ya desde el inicio las palabras del barrio reprochan a los recién llegados lo que consideran signos de ostentación: la cantidad de muebles que traen, la belleza de la hija, la religiosidad paterna pero también la violencia brutal y discriminatoria hacia los propios hijos, la modestia de la madre (que les parece engañosa), los nombres pretenciosos de los dos varones (David King, Samuel Prince) a los que, además, de inmediato se les atribuye estupidez y mariconería respectivamente. En el coro que se va articulando, las diversas voces conectan, aclaran, replican, advierten, desmienten. Aunque claramente diferenciadas por el tono, los diversos niveles en el uso coloquial de la lengua, la profusión de dichos populares, refranes y eventualmente groserías, van diseñando a su vez los perfiles propios de cada uno de los personajes, testigos y partícipes del drama que se va a representar: colegiales, vecinas más o menos indiscretas y memoriosas, profesionales, dirigentes religiosos y sociales, muchachos que rivalizan en su brutalidad física y verbal, poetas y artistas, autoridades escolares, vecinales y policiales y un asesino serial.

Algunas voces

"Yo había matado a mi primer tipo" irrumpe El Gringo con una narración de sus crímenes en primera persona que puede ser leída como una confesión y que se combina con diálogos y soliloquios que irán apuntalando la complejidad del personaje. La pertenencia de El Gringo a "el palo": un sistema animista de creencias de origen africano y heredado

de los siglos de la trata, lo volverá, en palabras de El Tripa, un tipo "requeteincómodo". La marca de esa pertenencia religiosa se basa en el cumplimiento de una serie de pasos: que El Gringo esté "rayado al palo" significa que ha mezclado su propia sangre en la *Nganga* (a veces *Prenda*), con tierra, huesos humanos, palos, hierro. Un ritual que lo habilita para comunicarse con los muertos a través de la figura de "el palero", el padrino, y que lo rodea de un aura de invencibilidad avalada además por la creencia en la reencarnación después de la muerte. La religiosidad implícita en el culto de "el palo" se constituye en el rasgo que caracteriza a ese personaje en sus aspectos más inquietantes y, de alguna manera, justificaría su habilidad para medrar, la falta de escrúpulos, la frialdad y la determinación para adoptar y justificar decisiones criminales. Decisiones que, según su padrino, nunca han dependido de él: "Yo soy el padrino de mucha gente, no solo del Gringo o de Prince, ¿qué culpa tengo yo de que estos resultaran criminales?" (223)

Entre las vecinas destaca Maribel, cuya memoria, aguda y al mismo tiempo ingenua, puede remontarse a los años treinta, tiempos mejores para el barrio cuando un sobrino del entonces presidente Machado no sólo vivió allí sino que "además conoció al hijo de Martí, el Ismaelillo, y la verdad, parece que Martí no era tan famoso como ahora que hasta por la sopa lo sacan y no puedes encender ni la tele porque siempre hay alguien que dice *como dijo el Apóstol* y vaya, resulta algo cansón" (34). Su voz unida a las otras voces del coro que narran cuando la historia ya está cerrada y la mayor parte de los destinos cumplidos, sólo pueden alertar sobre el más bien ominoso probable rumbo de los personajes. Lo mismo que Casandra, anuncia los peligros que corre esa familia, la tragedia que la sobrevuela y las desgracias que se ciernen sobre ella y, a través de ella, sobre todos los habitantes del barrio a partir de, entre otros factores, del infausto papel que cumplirá El Gringo como infiltrado entre los ingenuos constructores de la catedral comandados por el inflexible Stewart, como enamorado de la hija del pastor y como mentor de Prince. En el desarrollo de la novela se irá viendo también cómo las débiles y

menguadas intervenciones tendientes a desplazar ese mal no lograrán impedir el cumplimiento de un futuro desgraciado.

Las voces comprometen al lector en un movimiento casi vertiginoso al comienzo cuando se deslizan apellidos, nombres y apodos, cuando los giros de lenguaje apelan sobre todo a la jerga juvenil barriobajera, brutal y desbocada de El Tripa, de Bárbaro, de su madre y cuando se alude a ritos relacionados con las religiones heredadas de la trata. El sentido de refranes y expresiones populares, en las que muchas veces se cuelan sutiles toques de humor, puede recuperarse en el contexto aunque no, como es natural, con la plenitud de un hablante cubano. Circunstancia que, en general, ya había sido advertida por Borges quien percibió que las formas del lenguaje popular, así como las traducciones, pueden parecer más pobres que su original: "también los versos de Evaristo Carriego parecerán más pobres al ser escuchados por un chileno que al ser escuchados por mí, que les maliciaré las tardecitas orilleras, los tipos y hasta pormenores de paisaje no registrados en ellos, pero latentes [...]. Es decir, a un forastero no le parecerán más pobres; serán más pobres. Su caudal representativo será menor" (1997).

Es bastante probable que los lectores perdamos parte de la riqueza del texto pero es más probable aún que ampliemos y disfrutemos de la extrañeza y el fulgor de algunos dichos, refranes y apodos como cuando los chicos presumen que uno de los hermanos puede ser maricón porque lo vieron leyendo y Bárbaro, Barbarito lo bautiza *el Gelatina* y remata: "este si no es pato, sabe dónde queda la laguna". Víctima del prejuicio homofóbico y la presión machista del discurso materno, Barbarito sufrirá luego la humillación de ser golpeado por el Gelatina con un libro que para asombro premonitorio de Maribel: "no era una Biblia, ni un manual de Lenin, ni un tomo de las obras completas de Martí. Era algo de poesía" (39). En otro orden, serán continuas y numerosas las referencias a los matices del color de la piel espacio que Antonio Benítez Rojo (1989) define con agudeza: "la piel es un territorio en continuo conflicto". Era "una negra linda", "la negrita de Camagüey", "esa negra es piola, esa

negra no come negro", "nos salió blanquera". "No se me ponga así, mulato [...]. Porque vaya, sin ofender, yo no como prietas". "¿Una negra vale más que dos blancas? Sin ofender". "Le dio por andar con un blanquito de pelo largo". "Mi familia la había aceptado, no le importaba que fuera tan oscura de piel. Mi vieja soñaba con tener un par de nietos mulaticos preciosos". Los términos de comparación, a veces curiosos, suelen estar además teñidos por el deseo de identificación con modelos prestigiosos por su elegancia y belleza, se menciona a los actores de Hollywood Denzel Washington y Beyoncé. También, y más de una vez, a Michael Jackson pero por el lado del chiste: "estaba tan pálida que parecía Michael Jackson" (85).

En el conjunto de voces se destacan por la cantidad de intervenciones y por el peso en la trama argumental, la de Ricardo Mora Gutiérrez conocido como El Gringo, la de El Tripa y las de Maribel y Berta mientras que otras voces, aunque fundamentales para el desarrollo del argumento, la de Ibrahim Salazar, la del arquitecto contratado para construir la catedral tienen una participación menor aunque no tanto como las de otros personajes o las de algunos poetas o artistas cienfuegueros compañeros de Berta y de Prince, que también remiten a estéticas, modelos de escritores, ídolos de la música popular y a otros escritores jóvenes entre los que figura alguien con el mismo nombre del autor de la novela. Los miembros de la familia camagüeyana, siempre sujeto de interpretación del resto de los personajes, también serán siempre hablados por otros hasta que en el final, antes del cierre, las voces que se adueñan de Prince lo recriminan por sus crímenes entre los que se incluye un reproche singular: "¿quién le dijo que un negro tenía el derecho a ser poeta?" (230).

Entretanto, la trayectoria criminal de El Gringo se va desplegando en una serie de fragmentos que arman su prontuario primero en Cuba y luego en los Estados Unidos. Un asesino serial que para hacerse de dinero, "baro", en el lenguaje del personaje, como llave de acceso a la respetabilidad, incluso al amor, aprovecha la indefensión de quienes han

logrado acumular divisas con la ambición de adquirir bienes de origen clandestino. En esos resquicios opera El Gringo quien no vacila en eliminar a los ingenuos compradores, campesinos, "guajiros" llegados del interior. Con su base de operaciones en la puerta de La Casa Mimbre (la Mimbre en la novela), narra sus trapicheos y dialoga con su cómplice el Lechón, también nombrado la Puerca y Salvador, y a veces con sus víctimas con quienes, preocupado por borrar sus huellas, ejerce el difícil arte adivinatorio del estafador: qué quieren, de dónde vienen, cuánto tienen, quién, si alguien, los espera.

La culminación de la carrera criminal de El Gringo en Cuba pasaría por su habilidad, supuestamente heredada, de matarife. Asesino de "bueyes de dos patas", con alardes barriobajeros y burdas metáforas se refiere a su víctima como "el ternero" y compara sus ojos con "los de una vaca muerta". La vinculación de los crímenes con la comercialización y el consumo de carne humana en éste y en otros relatos de esos años en Cuba (por ejemplo "Carne" de Ronaldo Meléndez), podría ser leída en varias claves, entre otras, como mito urbano o también como variante desprejuiciada y salvaje de "La carne" (1944), el cuento de Virgilio Piñera que se sostiene, aunque no sólo, en su poética del absurdo. En la novela, el alarde de cotidianidad, junto con detalles escabrosos que no eluden cierta picaresca, tampoco excluye en esta zona algún posible nexo con lo ritual; naturaliza el canibalismo para insistir en una motivación puramente monetaria aunque, a los beneficios de la venta de carne en Punta Gorda (y nunca en Punta Gotica), añade su prurito de revanchismo: "esos blancos van a estar comiendo carne de muerto una semana" (49).

Si la tematización de la antropofagia en la cultura latinoamericana tiene una larga tradición que pasaría en el siglo XVI por el miedo de Bernal Díaz del Castillo y el del viajero alemán Hans Staden y más tarde, por la recuperación cultural del concepto en el "Manifiesto antropófago" de Oswald de Andrade (1928) y en las vueltas que le da Borges en el "Informe de Brodie" (1970), sólo en "El antropófago" de Pablo Palacio (1927) se constituirá en el absoluto escándalo que roza y traspasa uno de

los límites posibles de la humanidad. Palacio no sólo hace que el personaje y toda la situación ingresen en el orden de lo siniestro, sino que también repone el miedo a que la carne devorada sea la propia carne (*El mordisco imaginario*). Quizás lo que relacione esta tradición con la tematización del canibalismo en la novela de Marcial Gala coincida con uno de los sentidos que proponen tanto Pablo Palacio como Virgilio Piñera quienes al poner en evidencia aquello que está oculto, al arrancar el velo de familiaridad con que se nos oculta el mundo también están diciendo que, de alguna manera, todos nos devoramos unos a otros. Como en *El castillo de los destinos cruzados* de Italo Calvino, el autor de *La Catedral de los Negros* ha logrado articular un conjunto de historias que se entrecruzan y dialogan, ha organizado una narración abierta a múltiples interpretaciones para proponer, más allá de los destinos individuales, un interrogante que ronda en torno a las posibilidades y los límites de las esperanzas utópicas. Ha instalado una pregunta sin aparente solución, un misterio que nos interpela.

Buenos Aires

17 de julio de 2015

Referencias

Andrade, Oswald de. “Manifiesto Antropófago” [1928]. En Celina Manzoni (selección y prólogo). Vanguardistas en su tinta. Documentos de la Vanguardia en América Latina. Buenos Aires: Corregidor, 2007.

Arcos, Jorge Luis. Desde el légamo. Ensayos sobre pensamiento poético. Madrid: Colibrí, 2007.

Arenas, Reinaldo. Antes que anochezca. México: Tusquets, 1992.

Bajtín, Mijaíl M. Problemas de la poética de Dostoievski. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.

Benítez Rojo, Antonio. La isla que se repite: el Caribe y la perspectiva posmoderna. Hanover: Ediciones del Norte, 1989.

Birkenmaier, Anke y Roberto González Echevarría (compilación). Cuba: un siglo de literatura (1902-2002). Madrid: Colibrí, 2004.

Borges, Jorge Luis. “Las dos maneras de traducir”. En Textos recobrados.

1919-1929. Barcelona: Emecé, 1997.
Borges, Jorge Luis. “El informe de Brodie”. En El informe de Brodie. Buenos Aires: Emecé, 1970.
Cabrera Infante, Guillermo. Tres tristes tigres. Barcelona: Seix Barral, 1967.
Calvino, Italo. El castillo de los destinos cruzados. Buenos Aires: Librerías Fausto, 1977.
Díaz del Castillo, Bernal. Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (Manuscrito Guatemala). Edición crítica de José Antonio Barbón Rodríguez. México: El Colegio de México, 2005.
Díaz Gallego, Valle. “El fino retrato de Cuba en “Monasterio”, de Marcial Gala”. Mundo Literario, 7 abril de 2015. universolamaga.com [Consulta del 30/07/15].
Dos Passos, John. Manhattan Transfer [1925]. Barcelona: Bruguera, 1981.
Fernández de Juan, Laidi. “Sobre La Catedral de los Negros”. s/d
Fornet, Jorge. Elogio de la incertidumbre. La Habana: Unión, 2014.
Fuente, Alejandro de la. Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba, 1900-2000. Madrid: Colibrí, 2000.
Gomariz, José (coord.). “Cuba y el Caribe: diáspora, raza e identidad cultural”. América Sin Nombre. Universidad de Alicante, n° 19, diciembre de 2014.
Guerra Naranjo, Alberto. “Los negros de Marcial Gala”. En La Gaceta de Cuba, marzo-abril de 2013, p. 58.
Gutiérrez, Pedro Juan. El Rey de La Habana. Barcelona: Anagrama, 1999.
Knauer, Gabriele, Elina Miranda y Janett Reinstädler (eds.). Transgresiones cubanas. Cultura, literatura y lengua dentro y fuera de la isla. Madrid. Frankfurt: Iberoamericana. Vervuert, 2006.
Luis, Leopoldo. “No es muy temprano para Marcial Gala”. El Caimán Barbudo, 11 de abril de 2011. caimanbarbudo.cu [consulta del 30/07/15]
Maeseneer, Rita de (ed.). Convergencias e interferencias. Escribir desde los borde(r)s. Valencia: eXcultura, 2001.
Manzoni, Celina. El mordisco imaginario. Crítica de la crítica de Pablo Palacio. Buenos Aires: Biblos, 1994.
Manzoni, Celina. “Posibles de la imaginación: Virgilio Piñera y la escritura como desafío”. En Virgilio Piñera. Cuentos selectos. Buenos Aires : Corregidor, 2009.
Meléndez, Ronaldo. “Carne”. En Eduardo Becerra (edición y prólogo). Líneas aéreas. Madrid: Lengua de Trapo, 1999.
Palacio, Pablo. “El antropófago”. En Un hombre muerto a puntapiés /

Débora. Buenos Aires: Final Abierto, 2009.
Piñera, Virgilio. Cuentos completos. Madrid: Alfaguara, 1999.
Poniatowska, Elena. La noche de Tlatelolco. México: Era, 1971.
Ponte, Antonio José. Un arte de hacer ruinas y otros cuentos. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.
Reinstädler, Janett. Ottmar Ette (eds.). Todas las islas la isla. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2000.
Staden, Hans. Verdadera historia y descripción de un país de salvajes desnudos. Barcelona: Argos Vergara, 1983.
Valdés Zamora, Armando. "Las catedrales de Marcial Gala" En La Balsa de la Medusa. Blog, 14 de septiembre de 2014. labalsadelamusa.over-blog.com [consulta del 30/07/2015]
Valle, Amir. Brevísimas demencias. Narrativa joven cubana de los 90. La Habana: Extramuros, 2001.

Filmografía
Babel (2006). Director Alejandro González Iñárritu. Guión: Guillermo Arriaga. Música: Gustavo Santaolalla.
El capital humano (Italia/Francia, 2014). Director Paolo Virzi. Sobre una novela de Stephen Amidon. Guión: Paolo Virzi, Francesco Bruni, Francesco Piccolo.

Cuba tiene sus catedrales en el futuro.

José Lezama Lima

PRIMERA PARTE

Maribel García Medina:

Además de David King y Samuel Prince había una más grande, Mary Johannes se llamaba… o se llama, porque está viva y le va mejor que a nosotros. Un día llegaron en un viejo camión Ford con chapa de Camagüey a Punta Gotica. Los recuerdo descargando sus tarecos. "Demasiados muebles para alguien que se muda a un barrio como este", pensé desde el principio.

Yohandris Carlos Fernández Ramírez, alias el Tripa:

Yo estaba jugando fútbol cuando llegaron. "Aquí no cae nada bueno", pensé, porque la muchacha iba en la cabina del camión echándose aire con un abanico y mirando al barrio como si la hubieran dejado en la mismita puerta del infierno. *Un punto más*, dije en voz alta y seguí en lo mío. Los muchachos apenas eran unos niños entonces; el Grillo, el mayor, ya tenía cara de arrebata'o. "A este lo rebajo yo, lo desmocho como a una palma", pensé, porque era muy alto. *Tripa, no hay guanajo que le pique el culo*, me dijo Nacho el Bemba y luego me pasó el balón.

Maribel García Medina:

Llevo muchos años viviendo aquí, aunque no por eso soy un cáncamo, lo que pasa que este, antes de que empezara a llegar la lacra, era el pasaje de los marineros; eso fue en tiempos del otro gobierno, y en uno de los cuartos vivió un sobrino del mismísimo presidente Machado, que además conoció al hijo de Martí, el Ismaelillo, y la verdad, parece que Martí no era tan famoso como ahora que hasta por la sopa lo sacan y no puedes encender ni la tele porque siempre hay alguien que dice: *como dijo el apóstol*, y vaya, resulta algo cansón. Según cuentan, el Ismaelillo se dedicaba al alquiler de cuartos, y uno de sus clientes era este sobrino de Machado que le debía como seis meses. No se los cobró porque un día que fue personalmente a botarlo de la casa estaban todas las obras de Martí en un librero, cuidaditas como si fueran de oro, y el Ismaelillo se puso sentimental y perdonó al pariente de Machado que, pensándolo bien, seguro que era sobrino político, porque por muy tacaño que

fuera el expresidente no iba a tener al hijo de su hermana alquilado en uno de estos cuarticos que en tardes de calor son de ampanga, mire usted qué cosa. Pero volviendo a los camagüeyanos, cuando llegaron yo hacía tres meses que me había peleado con el Chago, y vaya, la tenía cogida con todo lo que viniera de Oriente, y cuando me dijeron que eran de por allá, fui a contemplar la mudada, sobre todo para soltar alguna que otra puyita y ver si a la nueva vecina le daba por brincar y decirme algo, y se supiera al momento que eran de orilla.

Berta:

Yo no los vi llegar, pues estaba para la escuela, fue mi madre quien me contó que para el cuarto del difunto Castillo se había mudado una familia con una niña más o menos de mi edad, pero que no quería juntamenta desde el principio. *Pues antes hay que conocer a las personas, que por eso es que te pasan las cosas, dijo, por confiada*. Yo le dije que estaba bien, que en definitiva no quería conocer a nadie, que en fin, pero luego que me cambié el uniforme, como no tenía nada que hacer, me senté a la puerta de la casa y miré para lo de Castillo, un viejo que según las malas lenguas había fallecido de cirrosis.

Maribel García Medina:

Todo eso hubiera podido evitarse si no les hubieran dado tanta entrada, pero desde que llegaron con esos pantalones toca'os y esas caritas de aguafiestas, la gente de la cuartería empezó a darles coba. *Ya conociste a los camagüeyanos*, me dijo Lucy, la que vende chicle, llevándole un platico de boniatillo a la muchacha, que, según la madre, era delicada de salud. Yo a esa jovencita la había visto y parecía más sana que un roble, delgada ella y con los ojos rasgados, una negra linda, sí, pero

creída, ahora vive en Italia, todas las que son como ella se van para allá.

El camagüeyano desayunaba, almorzaba y comía Jesucristo, siempre lo tenía en la boca. El día de la llegada, les soltó cinco pesos a los muchachos que jugaban fútbol para que lo ayudaran a descargar los trastes y luego vino a saludarnos. Tenía una sonrisa cordial y una mano delgada, fuerte y seca. *Bendiciones, dijo, me llamo Arturo, y esta es mi mujer, Carmen. Bendiciones*, dijo también la Carmen, que caminaba unos pasos detrás y se veía que estaba demasiado buena para un tipo como él, un cincuentón bastante acabado, se veía que eso iba a terminar mal. Yo me quedé en una pieza cuando presentó a los muchachos pues no parecían de ella. Los tres eran altos, sobre todo el mayor de los varones, David, ese era una vara de tumbar gatos y solo tenía trece años. El menor, Prince, nos tendió una mano fina, algo sudada, y nos miró con los mismos ojos rasgados de la madre y la hermana, y yo pensé, "este es maricón".

—¿Por favor, pueden decirme dónde queda la iglesia del Santo Sacramento? –preguntó el tipo.

—¿Iglesia del Santo Sacramento? –le dijeron–. Aquí nunca ha habido nada de eso.

El Tripa:

El Gelatina le puso Barbarito, el de la Lupe, que desde que lo vio leyendo en pleno mediodía como si no hubiera un fútbol que jugar, una chica a la cual mirarle hueco, un papalote que empinar, un peo que tirarse, me dijo: *Tripa, este si no es pato, sabe dónde queda la laguna*, y más que el muchacho se gastaba unos pantaloncitos apretados y algo cortos que estaban de ampanga. *Esa es la moda de Camagüey*, metió la cuchareta Berta, que ya desde entonces lo defendía diciendo que se parecía a Michael Jackson antes de descolorarse, que era un negro lindo como no había otro en el barrio y que estaba para comérselo; *no como al hermano que se nota que está ido de mente*.

—Este lleva en su alma la Bayamesa –porfió Barbarito–. Tú verás.

Alain Silva Acosta:

En realidad éramos unos inocentes, aunque ya desde entonces no teníamos futuro. El que cae en este barrio no sale, había puesto alguien en la pared de una casa, y es que el barrio estaba malo, pero malo de verdad. Uno nace negro y está embarcado, imagínate si además tiene que vivir en la cuartería de un barrio así; y yo soy universitario, psicólogo, e incluso tengo un máster en dirección de empresas, no era para que estuviera tan jodido. Pero con cuatrocientos pesos de sueldo, sin estimulación en divisas, ¿qué se puede inventar? Nada, te coge el Armagedón. Yo no los vi llegar; a mí me llamaron cuando el más chico de ellos, Prince, le rajó la cabeza a Bárbaro, el de la Lupe. Fue con un libro, terrible, sangre por todos lados, y yo dije: *Aquí va a haber un muerto*, porque esa Lupe no entiende, es una morena gorda, con unos brazos que parece Mohammed Alí y una rabia que, vaya, no sé lo que parece, pejera es poco. *¿Ya la mamá lo sabe?*, pregunté mientras limpiaba la herida del muchacho.

—Todavía, está para la lucha.

—Cuando se entere va a formar una –dije.

—El Gelatina ese me las paga, él va a tener que mamarme la pinga, cojones, lo voy a despingar to', qué cojones, pinga –dijo Barbarito, y tenía los ojos aguados y no se veía muy capaz de dañar a nadie.

El Tripa:

El Gelatina: porque era como una cosa oscura que parece agua, pero cuando la miras bien te das cuenta de que es gorda, viscosa y pesada; el Gelatina, porque nos miraba con sus ojos largos de muchacha, era

delgadito, sonreía por cualquier cosa y luego se daba unas fajadas terribles. Sabía fajarse, no con la mano, sino cogiendo piedras, arena, palos, latas, lo que hubiera. A Barbarito le dio con el canto del libro, fue un golpe rápido, hábil, diestro, como si lo hubiera practicado mucho. “Este chama tiene un futuro en el barrio”, pensé, “si no es que la Lupe los saca a los cinco a patadas por el culo, les mete un escándalo tan fuerte que cogen sus matules y salen echando de vuelta a Camagüey, porque no parecen tener lengua para responder al pejerismo de la Lupe cuando llegue a averiguar por la cabeza rota del hijo y se pare con las patas escarranchás a exigir responsabilidades a voz de gritos y a mandar a todo el mundo pa’ la pinga y a cagarse en la madre de todos los camagüeyanos, avileños, orientales y hasta haitianos”.

Aurora, vecina:

Tres días llevaban en Cienfuegos y ya le habían roto la cabeza a alguien, y no a cualquiera: a Bárbaro, el hijo de la Lupe, el entenado de Urbieta. Ese día, los padres y la muchacha, la tal Johannes que siempre me cayó como una bomba, habían salido. En la casa solo estaban los dos hijos varones, así que el menor, luego de que Bárbaro saliera dando gritos y soltando sangre, entró como si nada y creo que se puso a ver televisión, no dijo: *A mí el que me diga maricón lo mato, no dijo: Yo soy maricón pero el que me lo diga tiene que singarme o lo mato, no dijo: A mí hay que tocarme la pinga*, no dijo: *Usted es un falta de respeto*; nada de eso, sencillamente, cuando el Bárbaro se acercó a él y le dijo: *Tú eres como una gelatinita que lo que dan es ganas de tomársela, estás más bueno que tu hermana y mira que tu hermana está buena*, levantó el libro, lo puso de canto y, con una velocidad que nos dejó patitiesos, lo dejó caer, y hasta ahí llegó la guapería de Barbarito, hasta ahí llegó.

Maribel García Medina:

En fin, a qué negro se le ocurre ponerle David King y Samuel Prince a los hijos, eso es condenarlos a que crean merecérselo todo. Yo les hubiera puesto Nardo a uno, y Paco al otro, y sanseacabó, y si no les gusta que le echen azúcar, aunque pensándolo bien cualquier nombre es bueno para joderse o para que te jodan.

El libro era uno de esos de carátula dura, aunque no era una *Biblia*, ni un manual de Lenin, ni un tomo de las obras completas de Martí; era algo de poesía, estoy segura porque tenía muchas figuritas en la portada y no parecía que iba a tratar de algo muy serio, en fin, tremendo librazo le sonó al Bárbaro. “Si las letras no le entraron hoy, ya no le entran de ninguna manera”, pensé. Hay que ser muy macho para acabado de llegar golpear a alguien así, muy macho o muy poco enterado de cómo son las cosas en un barrio como este, hay que ser más bien pinareño y no camagüeyano.

Bárbaro Suárez Rosales:

Pégale, dale duro en la barriga, luego llévalo hasta la línea y machácale la cabeza contra los rieles y espera que venga el tren, entonces oblígalo a poner una pierna en la línea; si es zurdo, la zurda; si es derecho, la otra, luego orínalo, primero una vez, luego otra, orínalo, y si todavía tienes deseos, cágale la cara, pero no dejes que te toque el culo cuando lo estás cagando, no vayan a pensar que eres maricón, acaba con él que no vale un medio, acábalo, que te respeten o qué pinga se piensan. Eso me dijo mi madre cuando el Gelatina me rompió la cabeza, luego me dijo: *Vamos, cojones, vamos para que le rompas la cabeza tú a él, y al que se meta lo despingo*.

—Vamos.

El Tripa:

Llegaron y estaban dando las aventuras, no las de ahora que no hay quien se las dispare, sino las de antes, las de los hermanos Villalobos, y todos los muchachos estábamos concentrados en la tele. Sin embargo, los tres golpes a la puerta sonaron como el cañonazo de las nueve.

Bárbaro Suárez Rosales:

El tal Arturo nos abrió.

—Bendiciones, ¿qué desean las buenas gentes? –nos dijo con esa manera suya tan suave de hablar que parecía tener un mojón atorado.

—Yo no creo ni en la madre que me parió –dijo mi madre–. Y déjese de historias, que el punto de su hijo le partió la cabeza a Barbarito y tiene que salir a fajarse, porque el Barbarito no es ningún tareco, a él hay que respetarlo. Así que saque a la rosita de maíz que tiene por hijo o qué pinga es. Yo sí no entiendo, yo te revuelco to'a esta mierda.

Yo sí no entiendo, yo te revuelco to'a esta mierda. Mi madre hablaba así. Luego, cuando le dio el derrame cerebral, Urbieta, que ya había salido de la cárcel, la dejó por otra, y mi madre a los cincuenta y pico de años tuvo que dedicarse a limpiar pisos, pisos de blancos, y como había quedado medio turulata nadie la respetaba. *La Lupe, tu hijo es travesti*, le decían, *maricón*.

—Júrame que no es verdad –decía ella en cuanto me veía aparecer por esa puerta.

—Claro que no es verdad –le aseguraba yo–. Soy un hombre, lo mío es el arte, me pinto y me visto de mujer porque lo mío es el arte.

—Fue el Gelatina el que te metió en la cazuela, el que te hizo un daño, ese cabrón. Tú eras muy macho, hijo mío, muy macho. A ti nunca te gustaron las pingas, yo lo sé, nunca te gustaron.

—No, mamá –decía yo y cerraba los ojos, y volvía a estar en esa tarde

de abril cuando mi madre y yo fuimos a casa de los Stuart a partirle la cabeza al Gelatina.

—David King, lléguese aquí –pidió Stuart.

Y el Grillo asomó su cara de loco.

—Ese no fue –dije yo–. Fue el otro.

—¿Cómo que el otro? –dijo el padre–. Míralo bien, niño, seguro que fue este.

—No –dije yo–. Fue el otro, el suavecito.

—Imposible, el otro es un varón irreprochable.

—Irreprochable, pinga –dijo mi madre–. Mándelo a salir antes de que entre yo a buscarlo.

—Entra, David King –dijo el hombre, y luego–: Oiga, señora, por qué no solventamos esto dentro de la casa, estoy seguro de que con el favor de Dios ya nos pondremos de acuerdo.

—Que no –dijo mi madre–. Dígale al punto de su hijo que acabe de salir, o si no, voy a entrar y la que le voy a pegar soy yo.

—Me disculpa, pero usted no entra a mi casa sin mi permiso, y le aseguro que su hijo tiene que estar equivocado. Samuel Prince es incapaz de tratar así a uno de sus semejantes… Entre por las buenas y resolvamos esto. Al fin y al cabo no somos animales, en nosotros habita el espíritu de Dios.

—Habitará en usted.

—Entre –insistió el hombre–. Por favor.

Maribel García Medina:

Un tipo que lo resuelve todo con dinero como los meros blancos de Punta Gorda, tenía ese defecto o esa cualidad según se mire. Le pagó quinientos pesos a la Lupe para que se estuviera quieta, al menos eso contó ella, a lo mejor se contentó con cincuenta; la Lupe, guapa y todo, siempre fue una arrastrá, a mí hubiera tenido que matarme, al que toque

un hijo mío le saco los sesos. “El tipo es un paganini”, se propagó por el barrio, y los vendedores empezaron a asediar su puerta, si alguien se fachaba una bicicleta iban a verlo: *Arturo, ¿le cuadra un chivo? Mire que está nuevecito y es de la shopping*. Si una mujer debutaba en la lucha, aprovechaba la ausencia de Carmen para ir a verlo: *Oiga, Arturo, me hacen falta cien pesos y no tengo con qué pagárselos... en fin, aquí está mi cuerpo*. Pero él: *Bendiciones, hermanos*, les respondía a todos por igual, sin entrar en negocios; y en cuanto a las putas, pronto dejaron de visitarlo. En esos días fue cuando al más grande de los muchachos le dio por cantar; entonces le pusimos el Grillo porque lo que salía de su boca era mermelada de frambuesa, podía estar en un grupo de reggaetón, lo que soltaba por esa boca era mucho.

El Tripa:

Al Grillo sí le dimos entrada desde el principio. Era medio loco pero al menos no parecía maricón y jugaba un fútbol pasable. Aunque lo de él era la pelota. Cuando le dijimos: *Oye, macho, en esta cuartería no se juega pelota, para meterle al béisbol tienes que cogerla de aquí*, se puso medio triste, pero luego se le olvidó. Yo estaba seguro de que era algo retrasado, como mi hermano Tere que estuvo ingresado en Tato Madruga, la escuela de retardados, y le preguntaba cosas: *A ver, Grillo, ¿cuánto es seis por seis?*

—Treinta y seis –decía él, y yo decía para mí mismo: “No puede ser treinta y seis, este bobo no sabe tanto”, pero cuando les preguntaba a otros también decían que eran treinta y seis desde hacía mucho y debían seguir siéndolo, a no ser que la matemática hubiera cambiado y la novedad no llegase aún al barrio. Luego yo le preguntaba:

—A ver, Grillo, ¿qué pasa con América? ¿Quién la descubrió?

—Colón –decía él.

—¿Y Colón era blanco o negro? –preguntaba yo.

—Blanco, Tripa, rubio y de los ojos azules.

En fin, sabía un mundo para estar tosta'o, porque eso era lo que estaba, tosta'o, pero me caía bien; al otro era al que no podía resistir, era demasiado lindo, siempre limpiecito, siempre leyendo, los padres lo trataban con más miramientos que a la chica, que sí estaba buena.

Maribel:

Odiaba que el hijo cantara. Si de pronto llegaba del trabajo y oía la voz del Grillo, saludaba a todos: *Bendiciones*, y luego decía: *Con una artista en la familia basta; entra, David King*, y el muchacho entraba a la casa sin atreverse a levantar la cabeza para mirar al padre. Pronto supimos que le pegaba, el Tripa fue el que lo dijo; se subió por el techo, se asomó a una ventana y vio cómo el viejo Stuart se quitaba el amplio cinturón de cuero para pegarle a su hijo en la espalda. Después de eso, uno pensaba que el Grillo no cantaría más, pero lo que tenía ese muchacho por el canto era obsesión. Nada más que el viejo Stuart salía con sus herramientas de mecánico camino del taller, el Grillo empezaba a cantar. Le daba lo mismo una canción de Marco Antonio Solís que un bolero de Orlando Contreras, le daba lo mismo un día de lluvia que una tarde de sol, le daba lo mismo que Aurora la madre de Berta sacara la guitarra para acompañarlo o que Nacho el Bemba empezara a tocar una rumba de cajón, y cuando no había acompañamiento lo hacía a capela, el Grillo cantaba como quiera. La madre se asomaba a la puerta y decía: *David, por favor, deja eso, que después tu padre la coge conmigo*.

Ibrahim Salazar:

Iglesia del Santo Sacramento del Cristo Redivivo… Cuando Stuart llegó de Camagüey, no más de unas decenas de cienfuegueros habían oído hablar de nuestra congregación, y en toda la provincia no

llegábamos a veinte los miembros, ocho de los cuales vivían en Aguada y tres en Cruces, por lo que era muy difícil contar con ellos para algo práctico. El pastor de los sacramentarios cienfuegueros se llamaba Basulto y era un joven inteligente pero de carácter frío y poco comunicativo. Arturo Stuart tenía don de masas y carisma, era un líder natural, y una iglesia como la sacramentaria, que no es más que una rigorosa vuelta al rito griego antiguo, le venía como anillo al dedo a alguien dado a la etiqueta y al misterio. Además, contaba con su hijo, Prince. El muchacho sabía hablar. Sabía convencer. Había leído detenidamente la *Biblia* y sabía citar versículos de manera adecuada. Hasta sus hermanos se quedaban lelos mirándolo como si por su boca se expresara el mismo ángel del Señor. Eso gustaba, el cubano es un ser dado al sentimentalismo y a la ñoñería, y los domingos, día del culto, la casa de Basulto se llenaba. Claro que también influía el hecho de que Arturo tenía bien soldadas amistades con pastores de la denominación en varios estados norteamericanos, y los mismos empezaron a mandar contribuciones, o ayudas, como también les decíamos. Tales ayudas iban desde máquinas de afeitar, jabones, juguetes para los niños, zapatos, ropas y utensilios de cocina, hasta *Biblias*, libros de culto y videos, mirando los cuales uno se daba cuenta del poder de la iglesia sacramentaria en los EE.UU. En seis meses, de veinte personas pasamos a casi mil; pocos, en cierto sentido, pero para una congregación tan estricta como la sacramentaria éramos legiones. Entonces, la casa de Basulto, a pesar de ser grande, se tornó del todo insuficiente, y decidimos realizar el culto en casa de Elizabet, una buena hermana.

Ricardo Mora Gutiérrez, alias el Gringo:

Yo había matado a mi primer tipo. Le había cortado el pescuezo, y hasta que los ojos se le pusieron como los de una vaca muerta no había parado. *Esto para que sepas que a mí hay que tocarme la pinga*, le dije, y

luego limpié la navaja en ese pulóver desmangado con el que había venido a alardear.

—¿Ahora qué hacemos, Gringo? –me preguntó el Lechón.

—Eso es lo fácil. Vamos a picarlo, que el tipo vino de Cabaiguán y nadie lo va a extrañar. Tú verás. Coge la bicicleta, pero pedalea despacito, que nadie se meta contigo, y ve diciéndoles a los puntos que tenemos carnita de la buena. Cuando acabes con eso ve al escondite y trae los matavacas. Pero primero báñate y cámbiate de ropa, que tienes una peste a aguardiente del carajo.

—Pero si no tenemos –dijo el Lechón.

—¿Pero si no tenemos qué? ¿Jabón?

—Carne, Gringo, carne.

—¿Y esta? –dije yo–. Es carne de primera.

—Pinga, Gringo, tú eres un taco.

—Tú no sabes na'... Muévete, pero con calma. Yo voy preparando al ternero este.

"Venir de Santiespíritu a pasmar, verdad que hay tipos que son unos verras", pensé mirando al difunto, que había quedado con una cara de tareco que daba un tin de lástima, pero: *Singa que la vida es pinga*, decía mi madre, y este había venido a singarnos, así que bien muerto estaba.

Lo primero que hice fue quitarle el cadenón de oro, luego saqué el fajo de billetes de la mochila y encontré el timbre, una Makarov de esas que casi siempre se traban. "Qué clase de tareco eres", pensé, "a quién se le ocurre guardar una pistola en la mochila, en Cabaiguán está el socotroco que hace olas".

Yunta, ¿tú sabes donde se puede comprar una moto, pero una de las buenas, una MZT o algo así, nada de Carpati, ni Benjovina?, me había preguntado el tipo en la misma puerta de la Mimbre. Yo estaba vendiendo gafas, pero desde que lo vi me dije: "Este guajiro tiene baro".

—Tal vez sepa algo –le dije–. Sí, nadie sabe si sé algo; para adivino, Dios.

—Pero tiene que tener todos los papeles en regla. Yo vine de

Cabaiguán porque me guardaron una, y cuando llegué le faltaba el traspaso.

—Esta tiene de todo, solo está esperando que un tipo como tú la monte… está casi nueva.

—Eso me gusta, ¿es una MZT?

—No, una Halidavison que mi primo el marinero trajo de Panamá.

—¿Sí?

—Como te lo digo.

—Saldrá carísima.

—No, casi igual que un Jawa, y es un motorón que, vaya, cuando usted llegue montado en eso a Cabaiguán, todos los guajiros se van a caer de nalgas.

—Vamos a verla.

—¿Tienes el dinero encima? –le pregunté, y el muy tareco dijo que sí, y luego algo vio en mis ojos porque se arrepintió y dijo que lo había guardado en casa de una novia por si las moscas, y yo le dije–: ¿Tú no serás mono?

—¿Mono, yo? Ni loco, yo soy un tipo de la calle.

—Se nota, pero ya estamos hablando de más. Vamos a casa de mi primo para que veas el hierro.

—Vamos–dijo, y yo lo metí en San Lázaro, y él–: En qué lugar más malo vive tu primo –y yo le dije: *Es que la mujer lo botó de la casa y tuvo que meterse con moto y todo en un chinchal, y tiene miedo de que se la roben, por eso la va a vender, para no pasmar*.

Llegamos frente al cuarto del Lechón:

—¿Primo? Oye, tarugo, ¿estás ahí?

—Qué sorpresa, Gringo, ¿cómo está la vida, viejo? –dijo la Puerca desde adentro con una sonrisa de oreja a oreja, creyendo que yo venía a cobrar el money que me debía, pero se notaba que había bebido, tenía una peste a Chispa'etren y a mea'o de ampanga, y el guajiro se coheteó.

—Yo los espero afuera.

—Como beben estos marineros –afirmé yo con una sonrisa–. Pero

toma asiento, asere, toma asiento.

El guajiro se sentó, y yo le pregunté a la Puerca:

—Oye, tarugo, ¿y la moto?

¿Qué moto?, iba a preguntar él, pero le guiñé un ojo, y dijo:

—Sí, la moto, ahí está, la presté.

—¿La prestaste? Esas cosas no se prestan. ¿A quién?

—Al yuma de Mariana.

—Ah, bueno, con ese no hay problema… ¿Y cuándo te la traen? Es que el colega está interesado en el hierro.

—Dentro de un rato, el yumón la necesitaba para ir a Varadero.

—En un equipo así se va a Varadero en unos minutos, eso corre más que un Ferrari.

—¿Que si corre? Vuela. Y más que la tengo afiladita, no le falta nada.

—Aparte de que la Hali es un clásico, lo mejor que hay en moto.

—Y dilo.

—Mira, coge, busca seis cervecitas ahí, pero que sean Bucaneros – dije, e hice ademán de meterme la mano en el bolsillo, pero el guajiro fue más rápido. *Deja*, dijo, abrió la mochila y sacó el fajo de billetes, y ese fue su error; claro, él se veía tan joven y fuerte con su cuello de toro y sus manazas, él mismo se metió en la cueva de los leones a tomar cerveza. Qué verraco, aún me asombra. Tuve que esperar que se tomara tres Bucaneros para entonces decir: *Voy al baño*, y en lo que el Lechón le daba conversación ponérmele por atrás, sacar la navaja y degollarlo rápido para que no gritara.

Cuando el Lechón regresó, ya yo había contado el dinero y tenía al tipo desnudo encima del fregadero. *¿Trajiste todo?*, pregunté, y él abrió el saco y me mostró el martillo, los cuchillos y la mocha.

—¿Les dijiste a los puntos que teníamos filete?

—Sí, claro.

—¿Con quiénes hablaste?

—Con los de Punta Gorda, esos blancos van a estar comiendo carne de muerto una semana.

—Se lo merecen, pero vamos a empezar –le dije y cogí el matavacas.

—Tú eres de ampanga, Gringo.

—Yo lo que soy es un tipo con dinero –le dije y le mostré el fajetón de billetes–. ¿Tú sabes cuánto hay? Mil billetes de a cien.

—¿Y eso cuánto es?

—¿Cuánto tú crees?

—No sé, dime tú.

—Qué bruto eres, la Puerca, qué bruto.

—Suerte tú de ser inteligente.

—En fin, ahora vamos a ver si la negrita de Camagüey no me da entrada, vamos a ver.

El Tripa:

Al Gringo desde que la vio le gustó. *Una negra de salir, tiene el cuerpo de Beyonce y la cara de un ángel, y va a ser mía*, dijo, y fue como si la salara, nadie en el barrio se atrevió a meterse con ella.

—¡Pásala, loco, pásala! –le gritaba yo al Grillo porque ese era su problema, se creía Messi, no le daba bola a nadie, bastantes veces lo invité a fajarse cuando perdíamos un partido por creerse que podía echarlas todas como si fuera el mismo Ronaldinho Gaucho Da Silva. Yo le iba arriba: *¡Para la otra la pasas o te despingo todo!* Eso fue antes de que se supiera que el Gringo estaba puesto para el cartón de la hermana y era peligroso amenazar al Grillo con golpearlo, porque el Gringo era un tipo requete incómodo, estaba rayado al palo, y además, de pronto parecía estar podrido en plata; un día se apareció en el barrio montando una bicicleta de la shopping, tocó el timbre y gritó: *¡A mí sí hay que respetarme!*, y todo el mundo supo que el Gringo estaba forrado, y más cuando invitó a la cuartería en pleno a tomar cerveza, claro que cerveza de pipa, nada de latica, ni siquiera de botella. Lagarto a granel, pero bueno, paró la pipa, con tractor y todo, delante de una de las entradas de la cuartería, y tocó a

un cubo por familia. A las diez de la noche todo el mundo estaba borracho, hasta los niños. Se armó un despelote padre. Todas las familias tomaron, menos los camagüeyanos, pues cuando el Gringo se apareció en la puerta de los Stuart con ocho latas de Bucanero y dos refrescos de cola, el viejo casi lo expulsó.

El Gringo:

—Buenas –le dije.

—Bendiciones –dijo él–. ¿Qué desea?

—Compartir, colega, compartir –empecé yo, y ese fue mi primer error porque al viejo no le gustó que lo llamara así.

—Yo no soy su colega.

—Sí, ya lo sé, es una manera de hablar. ¿Cómo quiere que le diga? ¿Compañero? Pues bien, no hay problemas; le digo compañero y ya.

—Compañeros son los bueyes. Mejor dígame señor Stuart, y si le molesta, dígame Arturo Stuart o Arturo a secas.

—Como quiera… Mire, señor Arturo, yo quisiera compartir con ustedes estas cervecitas, y estos refrescos para los niños, que sé que no toman, y hablar con su hija Johannes, solo un minuto.

El viejo me permitió que soltara todo eso de carretilla, pero cuando terminé no me dio entrada, se paró delante de la puerta como portero del Barcelona y negó rotundamente con la cabeza. *Esta es una familia cristiana y nosotros no aceptamos este tipo de convite*. Así mismo dijo, que me adelanten el día de mi muerte si miento. Ese vejestorio era lo más imperfecto que yo había visto. Detrás de él estaba la esposa, Carmen, casi tan linda como la hija, pero con una carita de atarantada que daba miedo. "¿De dónde la sacó?", pensé, "¿de una cueva?"… En fin, no pude ver a Johannes hasta el otro día en la puerta de su escuela.

Ella estudiaba pintura en la academia de arte de la ciudad, la "Benny Moré", era la única negra que estudiaba eso; en música y danza sí estaba

el petróleo que hacía olas. Yo llegaba en mi bicicleta, y ellas me miraban. "Ese es el Gringo", pensaban, "qué buen mozo", y se acercaban a preguntarme: *¿Esa bicicleta es italiana? ¿Cuántas velocidades coge?* Tenía un montón de negritas puestas para mí, y algunas blancas, pero para la Johannes no existía. "Qué negra tan orgullosa", pensaba yo, "¿qué se cree?". Pero me mataba su manera de andar, su paso ágil que parecía estar bailando.

—Estás pasmando –me dijo el Lechón–. Esa negra es piola, esa negra no come negro, ¿tú no ves que se cree cosas?

—Pinga, no seas tiñosa, Puerca.

—Es que necesito plata –dijo él, que ya se había gastado los diez mil pesos que le di después de tumbar al guajiro–. Nos hace falta matar otra vaquita de esas... Tengo a los clientes atrás preguntándome: "Mira a ver, Salvador, si consigues ternera de esa, de la fina de verdad, que los turistas quedaron satisfechos, te la vamos a pagar doble, pero tiene que ser ahora que estamos en temporada alta". Están detrás de mí, y yo tengo que decirles que esperen.

—Se nota que ni tú ni ellos tuvieron que picar al tipo y hacerlo bistec, es mejor ir al campo y matar una vaca de las de verdad.

—Es muy trabajoso... Hay que caminar como tolete, y los guajiros siempre te pueden coger, aparte de que hay que trasladar la carne en sacos con tremendo riesgo, y si te pillan te echan lo mismo que por darle *ñámpite* a un tipo.

—Habla bajito, Puerca de pinga, ¿o tú quieres que te oigan? Fíjate que si yo me embarco por culpa tuya, el que va terminar siendo filete eres tú.

—Aquí nadie oye ni cojones, todo el mundo está puesto para las putas.

Estábamos en el bar del Ruso, y una de sus putas más lindas bailaba enseñando las tetas. El Lechón se dio un trago largo y entonces me dio un consejo:

—Si quieres conquistar a la tal Johannes, entonces tienes que

amoldarte al padre... hacerte el cristiano, y la negra es tuya.

El Tripa:

A mí las letras no me entraban, era una cosa de ampanga. Me sentaba detrás del Grillo en el aula y me daba un deseo de joder del carajo; no podía estarme quieto, empezaba a mover las rodillas rápidamente, hasta que Magali, sentada en la misma mesa que yo, decía:

—Tripa, estate quieto por favor.

—¿Si me enseñas los blúmeres? –decía yo, y ella se subía el borde de la saya, y yo bajaba la cabeza para poder contemplar sus piernas flacas, hasta que el profesor paraba la charla y decía:

—Al que no le interese lo que estoy hablando, puede salir.

Yo salía al pasillo y me fumaba un cigarro esperando que dieran la merienda, luego me iba a casa. A ese profesor, Suárez de apellido, yo lo tenía amenazado; una vez velé que entrara al baño de los maestros y le saqué un cuchillo porque la tenía cogida conmigo, se le había metido en el coco que yo repitiera octavo grado, a todo el mundo le decía las pruebas, menos a mí, a mí me llevaba recio, y ya había ponchado dos parciales. Ese día que le saqué el cuchillo se armó una de madre, el tipo empezó a soltar gritos, salió corriendo para la dirección; yo salí pitando para mi casa, la policía fue a buscarme, me montaron en la perseguidora, me llevaron para el sector, allí estaban la directora de la escuela y el profesor. Me acusaron de que vendía postalitas de pornografía y que me masturbaba.

—Yohandri Carlos Fernández Ramírez va derechito para la cárcel de menores, allí donde están las fieras de verdad, ese es su lugar –dijo Pancho, el instructor policial, y firmó un papelito.

Pero al otro día mi papá llamó a mi tío el del Comité Central, y me mandaron de vuelta para la escuela. Hasta disculpas me dieron, lo único que faltó fue que el profe se parara de espaldas a la pizarra para decir que

yo era lo mejor que había parido madre; pero las letras no me entraban, ni los números. Al Grillo sí. “Cómo sabe este bobo”, pensaba yo, y a veces sentía deseos de meterle el puño. Es de pinga comprobar que un ataranta’o sabe más que uno.

—Es que se fija, Tripa –me dijo Nacho el Bemba, que había ponchado sexto grado por segunda vez.

—No se fija nada, el punto lo que tiene es un motor en la cabeza, cuando lo enciende se las sabe todas, y a mí la cabeza nada más me sirve para cabecear, vaya.

A pesar de su inteligencia, el Grillo tenía mucho de soquete; a veces se quedaba parado mirando al sol, olvidado del mundo, llegaba hasta babearse, y flaco y largo como era parecía una cosa mala, una garza prieta queriendo volar sin alas. *¿Grillo?*, lo llamaba yo, pues esas cosas de él me daban miedo, y entonces empezaba a cantar y aquello era el acabose. “Este está tostado”.

Maribel:

De la madre hay muy poco que decir. Como casi nunca salía de la casa, en los quince años que vivió aquí si hablé más de cuatro cosas con ella fueron muchas; eso sí, era compartidora, no tenía nada de ella. Bastaba pedirle algo para que te complaciera, claro que luego te endilgaba una frasecita de esas, cristianas. A mí me tenía jodida con ese su cristianismo.

El Gringo:

Me cansé de andar en bicicleta, de buena marca y todo había que dar un pedal de ampanga, así que le dije al Lechón:

—Asere, prepara las cosas que mañana temprano voy de cacería. No

te quiero borracho, ni mal vestío, cuando llegue a tu casa con el buey de dos patas todo debe estar okey, ¿está claro?

—Más claro que el agua.

—Matar un tipo no es fácil, esto lo hago porque estamos en la fuácata, pero si hubiera otro modo de buscarme la vida no haría esto, la verdad.

—Ni yo jefe, ni yo –dijo el Lechón–. Yo quisiera ser bueno, no estar en na', pero qué se le va a hacer, el dinero está perdío.

—Y dilo.

Esa mañana me vestí con lo mejor que tenía, esperé que abrieran la Mimbre y me paré muy cerca de la puerta de entrada; cada vez que veía un guajirón bien vestido le susurraba bajito:

—¿Quiere comprar una moto?

Mariano Mesa Guillot, exdirector de la secundaria "Rafael Espinosa":

El inteligente era el menor, Samuel Prince. El hermano solo tenía retentiva, una memoria bastante buena y pasaba por ser un filtro. Pero solo era un alumno promedio. Prince era brillante. Yo les di clase a los dos, y eran personalidades muy distintas. El Grillo, o sea, David King, solo quería encajar, llevarse bien con sus compañeros y que lo aceptaran; participaba en las clases y era bastante buen deportista a pesar de la descoordinación evidente por lo largo de sus extremidades; Samuel Prince, al contrario, era orgulloso y calculador. Nunca levantaba la mano, pero cuando te dirigías a él: A *ver Samuel, dinos...*, te respondía exhaustivamente. En la educación física tampoco era de los peores, se defendía bien, sobre todo en el atletismo, en las pruebas de resistencia no había quien le ganara. Pero cuando los entrenadores quisieron captarlo para la EIDE dijo que no. En fin, yo fui director de esa escuela durante treinta años consecutivos, y por ella ha pasado lo mejor y la tralla más mala, pero lo que hicieron esos Stuart para mí no tiene sentido, es como un símbolo de los nuevos tiempos, de lo que vendrá, por decirlo así. No

puedo relacionar a esos muchachitos que yo conocí, a los que de vez en cuando puse la mano en las cabezas, con eso, vaya, me deja sin aliento, la verdad.

Cada hombre al venir a la tierra tiene derecho a que se le eduque y después en pago contribuir a la educación de los demás, dijo Martí, y yo traté de educar a esos jóvenes, darles un concepto de lo que es la moral y la ética, pero fracasé porque estaban podridos. Desde la raíz estaban podridos, algo se escondía detrás de ese cristianismo del que alardeaban los padres, algo.

Maribel:

¿Así que el Gringo está en una cárcel de máxima seguridad en Texas, esperando que lo liquiden? Ahora se mete veinte años en el pasillo de la muerte, porque esos yanquis para pasar por la chágara a alguien necesitan pensarlo más de cien veces, es como si les diera pena. Y el Gringo fue malo, malo, ese sí era la bestia cromañona. ¿Tú sabes lo qué es alimentar con carne de muerto a la mitad de Punta Gorda? Lo pienso y me da grima, pero, para que veas, tuvo la gentileza de nunca venderla aquí en el barrio, en ese sentido se limitó, y mira que le dije: *Oye, Gringuito, viejo, véndeme un pedacito que yo te pago a fin de mes, no tengo nada en qué hincar el diente, se me van a atrofiar las muelas si sigo comiendo picadillo de soya*.

—Esa carne no te conviene Maribel, te da alergia –me dijo la primera vez, y yo insistí:

—Dale, Gringuito, viejo, resuélveme un pedazo.

—¿Si me la chupas? –me dijo él.

—Dale –le dije yo, pero luego me dijo que era una broma, en fin…

El Gringo tiene mucho que ver con lo que pasó con los Stuart. Como estaba interesado en la Johannes se metió a cristiano. Yo lo vi aparecer un día, vestido con ropas que nunca le había visto, un pantalón gris de

salir y una camisa de hilo color marfil, y esperar que los Stuart abrieran la puerta para irse al templo con ellos.

El Gringo:

El viejo tontaina me dio entrada; llegué una tarde a la carpintería donde trabajaba, esperé que saliera y me le acerqué:

—Señor Stuart, tuve una visión. Vi a Jesucristo bajar por una escalera rodeado de ángeles y decirme: *Ricardo Mora Gutiérrez, pórtate bien, que el día está cerca*.

Yo acababa de tumbar mi segundo buey de dos patas y tenía los bolsillos cundíos de dinero, así que cuando el viejo, después de meterme una muela de dos horas, me dijo que por desgracia los del Santo Sacramento del Cristo Redivivo no tenían templo en Cienfuegos, y las contribuciones eran muy pocas, metí la mano en el bolsillo, saqué dos billetes de veinte dólares y se los solté ahí mismo.

—Gracias, que Dios lo bendiga. Venga hoy por la noche si le es posible, nos estamos congregando en casa de María Elizabet.

—Allí voy a estar –le dije.

Tumbar a un tipo no es fácil, y este segundo no era tan gil como el primero y no le interesaban las motos; era un guajiro de Placetas que andaba buscando un televisor de plasma, y cuando le dije de ir a casa de mi primo, el marinero recién llegado de Panamá, a ver un Sony que estaba que decía la hora, tenía 64 pulgadas, entrada de memoria, DVD incorporado, sistema satelital y ojo mágico, movió la cabeza de un lado a otro y dijo que se lo trajéramos hasta la casa de un socio donde estaba parando.

—Usted tiene que estar *crazy*, ¿usted sabe lo que pesa un televisor de ese tamaño o se está haciendo el vaina? ¿Usted es de la jugada o qué?

—No me vengas con esa, mulato; estabas vendiendo una moto y ahora también tienes un televisor que es una maravilla, ¿en qué tú estás?

—En todo y en nada, yo tengo conectos. Hasta una casa en medio del Prado te vendo, un apartamento en Pueblo Griffo o un perro esquimal, lo que quieras. ¿Quieres ver un cuadro de tortilla? ¿Quieres?

—¿Y eso a cómo sale?

—Son dos habaneritas acabadas de llegar. Vinieron huyéndole a la monada, no tienen un medio y están que se regalan. Por treinta dólares ves el cuadro y te las singas a las dos después.

—Cojones, por ese dinero yo singo siete veces en mi pueblo, está caro.

—Usted no sabe lo que está hablando. Es carne de primera, una de ellas fue querida del Tosco, ¿a que no sabes quién es el Tosco?

—¿Cómo no voy a saber? El músico.

—Equelecuá, pero eso no está a tu altura; vuelve a Placeta y sigue singando puercas.

—Sin falta de respeto.

—Váyase pa' la pinga –le dije y le di la espalda, y entonces fue el tipo el que me cayó atrás.

—No se me ponga así, mulato, vamos a ver el televisor y de paso le echo una ojeada a las jevitas esas. ¿No serán un par de negras? Porque, vaya, sin ofender, yo no como prietas.

—Qué va, las dos son blancas; la única mulata es la otra.

—¿La otra?

—Sí, una que fue modelo en Varadero, mulata de ojos verdes y con un pelo por la espalda, pero esa no entra en tortilla.

—¿Y esa a cómo sale?

—Más o menos lo mismo.

—¿Una negra vale más que dos blancas? Sin ofender.

—Esa es la tarifa, ¿qué tú quieres que yo haga?

—Habla con ellas, se me va a descompletar el dinero del televisor.

—No sé, tú sabes cómo son las ninfas. Si les digo algo a lo mejor piensan que es que las quiero tumbar y luego me dan de lado, y no me conviene.

—Habla con ellas.

—Está bien, pero no te prometo nada, vamos –dije.

Y él me siguió como un corderito hasta la mismita casa del Lechón. En fin, lo que tenía en el bolsillo no llegaba a mil dólares, de esos le di doscientos al Lechón, y a la carne le sacamos cuatro mil pesos cubanos más porque el tipo estaba algo flaco, por suerte era alto y tenía buenas piernas. Cuando le saqué la Makarov no pude evitar que gritara, pero se dejó amarrar como si nada y me dijo: *Yo sabía que esto era un tumbe, eso me pasa a mí por hacerles caso a unos negros, pero les juro que los voy a buscar hasta debajo de la tierra y me van a tener que devolver mi dinero*.

—¿A quién tú vas a buscar, muchachito? –le dije, y no le dije más porque me daba lástima tanta inocencia.

Le puse un trapo en la boca y luego lo degollé. El Lechón cerró los ojos para no ver cómo se le salía la sangre, así que le dije en broma: *Si te preguntan por el grito, diles que estabas singando*.

—Aquí no se oye nada –dijo el Lechón–. Aparte, era grito de hombre.

—¿Y los maricones no singan?

—No jodas, Gringo.

Tuve que vender la bicicleta para completar, pero a la mañana siguiente estaba yo en la Mimbre probando una de esas motorinas que ensamblan en Villa Clara. "Tiene gracia", pensé, "lo que me dan los villaclareños su industria me lo quita".

Rogelio Roca Cueva, arquitecto:

A ella no le gustaba el Gringo, era una negrita fina de verdad, y aunque el Gringo era un mulato bien parecido, vestía bien y había cambiado la bicicleta por una motorina de esas de pila que no corren nada pero lucen mucho, ella lo hallaba ridículo, se le quedaba mirando muy seria y respondía con monosílabos cuando él le hablaba. Yo iba mucho a casa de los Stuart entonces, pues a Arturo lo habían nombrado tesorero de la congregación del Santo Sacramento y reunía los fondos

para la construcción del templo. Luego de que consiguieron los permisos en el Poder Popular y en Vivienda hablaron conmigo para que les diseñara el edificio y eran muy puntillosos, sobre todo Stuart, que a cada rato se presentaba en la oficina provincial de diseño donde yo laboraba a preguntar por mí. A veces llevaba consigo a uno de sus hijos, por lo general el menor, Prince, que en ese entonces era un muchacho muy tranquilo; creo que el Gringo fue el que lo echó a perder.

El Gringo:

Nunca le hablé de tumbar un vacuno de dos patas, ni de estafar a alguien, ni loco que yo estuviera; solo le dije que tenía que cambiar, que no podía seguir creyéndole al peste a pata del padre, que la vida era otra cosa además de cristianismo y pescado los viernes por la tarde. Se lo dije porque era un chama brillante, se le notaba a pesar del amaneramiento, y porque sabía lo que le había hecho a Barbarito el de la Lupe, que en realidad era solo un tarequito, pero en fin, no estaba mal para empezar; se lo dije porque lo miré y pensé: "Este negrito puede llegar a presidente si se lo propone".

El Tripa:

Yo sí no nací malo, lo que pasa es que las letras no me entraban y ya había tenido varios roces con la policía, y mi tío el del Comité Central se fue del aire con Pérez Roque y Carlos Lage, así que cuando fui a Ariza a ver a Nacho el Bemba, que había caído por tumbarle una cámara digital a un yuma, le dije:

—Oye, Nacho, asere, guárdame una litera.

—Voy a ver qué se puede hacer, broder –dijo él–. Aquí esto está de espanto. Hay una pila de bugarrones guapos, y uno no tiene reputación;

hay que dormir con un ojo cerrado y otro abierto para que no te cojan el culo.

—De pinga, asere –le dije, y cuando llegué al barrio fui a ver al Gringo. Él estaba haciéndose pasar por cristiano, pero a mí no me engañaba. Esperé que arribara en la motorina esa de gerente y me le acerqué.

—Oye, Gringuito, tú eras ambia de mi hermano el difunto, así que te voy a pedir un favor.

—Bendiciones –dijo él–. ¿Cuánto te hace falta?

—Oye, Gringo, viejo, con el mayor respeto, deja la talla y háblame claro, conmigo tú no tienes que filmar.

—Bueno, habla, dime.

—Gringo, estoy a un pelo de caer en el tanque, asere, y me hace falta una luz, ¿qué puedo hacer para que me respeten y no quieran cogerme el culo?

—Fácil, tienes que romper a alguien. Pero no a cualquier tipo: a un presidiario, y no a cualquier expresidiario: a una majasasa vieja, un tipo de respeto, esa es la única manera de entrar con reputación en Ariza.

—Ño, Gringo, usted es un cerebro, gracias –le dije, y así fue que empecé a embarcarme, me dije: "Tripa, tú vas a echar de menos el fútbol de la tarde y a las jevitas, pero cada cual debe seguir su propio destino, como Aquiles el de la *Ilíada*, único libro que merece la pena leer, la verdad".

Rogelio el arquitecto:

En esos días llegó el pastor de Oklahoma. Era un negro alto, canoso y de vientre rotundo; fue a casa de los Stuart y se reunió con Basulto, el pastor de los del Santo Sacramento en Cienfuegos, con Arturo y conmigo. Yo le enseñé los planos, él asintió y apenas me hizo sugerencias; en lo que sí no estuvimos de acuerdo fue en la altura del

techo, él opinó que debería ser más alto. *Pues nuestra gente es muy carismática*, dijo, luego nos fuimos todos para casa de María Elizabet, que, como había sido profesora de piano, tenía un patio amplio y enlozado y un montón de sillas plásticas, además, los hermanos en Cristo completaron las sillas que faltaban, y a las nueve de la noche, cuando toda la congregación estuvo reunida, el de Oklahoma se dirigió a nosotros en un español bastante claro. Dijo que era la primera vez que venía a Cienfuegos, pero que conocía a Arturo Stuart de las tres veces que había estado en Camagüey y que debíamos estar contentos de que un varón con tales virtudes estuviera entre nosotros, sin demeritar, claro, a otros limpios varones, como Ángel Basulto, que a pesar de su juventud cumplía a cabalidad su labor de pastoreado… también debíamos agradecer a las buenas damas que encabezadas por Carmen Stuart ayudaban a los hombres a llevar adelante la buena obra y la construcción del templo.

—Y ya que hablamos de eso, sus hermanos allá en la iglesia del Santo Sacramento de Oklahoma les donan esta modesta cantidad –concluyó el americano, y depositó en manos de Basulto un abultado sobre que acto seguido este pasó a manos de Arturo Stuart, que era el tesorero.

—Diez mil dólares es poco como expresión del amor que les tenemos –indicó el americano, y de la boca de las casi mil personas congregadas en la casa de María Elizabet emergió un rotundo suspiro de admiración.

El Gringo:

Yo estaba allí cuando ese vejestorio prieto donó los diez mil dólares, yo vi como Arturo Stuart abrió el sobre y nos mostró los cien billetes de a cien. La boca se me hizo agua, pero me puse de pie y aplaudí con los demás. Luego les dio por dar testimonio, eso es demostrar el poder de Cristo para cambiar las vidas, y el mayor testimonio que había, por supuesto, era el mío.

—Aquí tenemos a Ricardo Mora Gutiérrez alias el Gringo, un joven que andaba por muy malos caminos de brujería, que abusaba del alcohol, de las drogas, que era violento y andaba en negocios ilícitos, y que gracias al poder de la palabra ya dejó de ser el Gringo para ser solo Ricardo, nuestro hermano en Dios –todo eso lo soltó de carretilla el tal Basulto, el pastor, un tarequito que no era ni la mitad de un piñazo mío y luego dijo–: Pero dejemos que sea él mismo quien nos hable de su experiencia.

Y allí yo tuve que ponerme de pie y avanzar al centro y contar por enésima vez que había soñado con el niño Jesús y con ángeles bajando por una escalera toda de mármol y después *tra-la-lá*, gracias al hermano Arturo Stuart que me guió *tra-la-lá*, en el seno del Señor había encontrado tra-la-lá, la paz. Yo llegaba hasta a sentirme contento luego de soltar toda esa monserga, pues me sentía ya casi yerno de Stuart, y miraba a la Johannes y me parecía que ella me miraba con algo lindo en los ojos también. Luego se lo conté al Lechón.

—Puerca, asere, esa jeva empieza a quererme.

—Qué bueno –dijo–, ahorita la tumbas, pero, ¿puedo pedirte un favor sin que te me pongas bravo, eh, consorte?

—Dime.

—Asere, no me digas más la Puerca. Yo me llamo Salvador Betancourt, y si te parece demasiado largo, dime Lechón, vaya.

Estábamos en el bar del Ruso con una Bucanero delante de cada uno, la Puerca vestía casi tan bien como yo, un pitusa de marca, pulóver también de marca, y para las patas un par de Adidas.

—La Puerca eres y la Puerca serás –le dije con todas las letras–. Y si no te gusta, échale azúcar.

—Usted es de pinga, asere.

—Tú no lo sabes bien.

—Tenemos que tumbar a otro.

—Ah, sí, y, ¿quién lo va a tumbar? ¿Tú?

—Herma, tú sabes que yo no tengo labia para eso, lo mío es llegarme

a Punta Gorda de parte tuya y repartir filetes.

—Entonces lo vas a romper.

—Yo no puedo, hermano, la verdad, para qué te voy a engañar. Yo no me veo dándole una puñalada a nadie, soy demasiado lento para eso.

—No puedes tumbar, ni romper a nadie, pero sí gastas el dinero como si fuera agua. ¿No me digas que te quedaste pela'o?

—Uno tiene muchos gastos.

—Sí, pasmar con las putas y emborracharte. Guarda pan para mayo, que esto no puede ser para siempre.

—Si tú lo dices, Gringo.

—O qué tú piensas, que voy a pasarme la vida rompiendo cristianos. Si lo vuelvo a hacer es porque esta motorina ya me tiene el culo pela'o, quiero una moto de verdad... Pero luego hablamos de eso, que hoy estoy contento. Sabes, Puerca, esa jevita empieza a fijarse en mí.

—¿Tú crees, Gringo?

Hace unos días, ese gordo pastor de Oklahoma vino a verme aquí, al pasillo de la muerte, me trajo una *Biblia* de carátula negra que puse junto a las otras, cigarros, y uno de esos pasteles de limón en que los yumas son especialistas. Yo hubiera querido que me trajera alguna novela aunque fuera en inglés, pero así son estos del Santo Sacramento. Al menos pasé un rato entretenido con él y recordé mis tiempos en Cuba. Llegó a preguntarme si me arrepentía de algo. *De todo, por supuesto*, le dije yo, y él sonrió de lo más satisfecho, le estaba dando en la vena del gusto, así son ellos. Pero cuando se iba le conté: *Yo sigo rayado al palo*. Claro que no entendió mucho, pero imaginó que nada bueno podía ser.

Bicho malo nunca muere, y al final va a pasar algo y no lograrán aplicármela, se echará a perder el líquido de freno que meten en las venas y en vez de eso me inyectarán heroína, no sé, pero algo va a pasar. Si el Lechón estuviera aquí le decía: *Puerca, yo me embarqué por amor, por amor empecé a liquidar guajiros y después le cogí el gusto*. El Lechón diría: *Na, tú*

estás aquí porque naciste malo, fíjate que en el país de los gringos ya no te llaman el Gringo, ahora te dicen Satanás. Habrías sido el bribón que llegó más lejos en el barrio si no fuera por los hermanitos Stuart; aunque tú fuiste el maestro de Gelatina, el peor de ellos dos. Eso diría la jodida Puerca, y es mentira, yo no fui maestro de nadie, yo solo quise ayudarlo a que se ganara el respeto porque lo veía con potencial, él fue el que me preguntó un día:

—¿Y esas cortaduras en su brazo, qué son, Ricardo? ¿Puede usted explicármelo?

Estábamos sentados en la sala de su casa, la madre trajinaba en la cocina. Ni el padre, ni Johannes ni el Grillo estaban en casa, pero de todas formas me demoré un segundo antes de responder:

—Es que estoy rayado al palo, Prince, rayado al palo.

—¿Y cómo es eso, Ricardo? Explíquemelo, por favor.

—Se lo voy a contar, Prince, si me promete no decírselo a nadie, y menos a sus papás, ni a la Johannes.

—¿Ni a Johannes?

—Ni a ella. Su hermana es un poco despreciativa conmigo, y mire que yo la llevo.

—Ella es así, pero no le haga caso. A ver, cuénteme, prometo no decírselo a nadie.

—Está bien. Mire, el Palo es la religión natural de nosotros los negros porque, Prince, hay un espíritu en cada cosa, créame.

—¿Usted cree? Dice mi padre que solo hay un Dios y que ni un pelo de mi cabeza se mueve sin la autorización de Él.

—¿Y tú le crees? Tú papá es un poco zonzobérico, se la pasa embarrado de grasa y de aserrín de la mañana a la noche, y mírame a mí: joven y con una motorina que hay que decirle *usted*, mucha plata y una pila de jevitas atrás… Hablando de jevitas, sin que se me ponga bravo, joven Prince, ¿es usted maricón o no? Dígame, y créame que si dice que sí no me va a importar, cada cual hace de su culo un tambor.

—No, no soy maricón, al menos creo que no.

—Entonces, sepa que para tener jevas hay que dejarse de tanta bobería.

—Yo lo sé, por eso quiero estudiar para perderme de toda esta mierda.

Juan Pablo Sosa Romero, pintor y grabador cienfueguero:

Yo por esos días empecé a andar con Johannes. Desde que llegó a la escuela me fijé en ella, me gustaba cómo su mano se movía rápido por la cartulina trazando el dibujo, me gustaba su forma de hablar, y que a pesar de ser linda y tener talento no se creyera cosas, sino que fuera sencilla, a veces demasiado sencilla; lo que no me gustaba era esa familia tan rara, el padre y la madre siempre con Dios en la boca y los hermanos... desde el principio me parecieron un caso psiquiátrico. Yo me inclinaba mucho por la escultura, pero con tal de estar cerca de ella empecé a dedicarle más tiempo al óleo. Teníamos un profesor, Juan Francisco, que era muy comunicativo, y a veces cuando casi todos se habían marchado nos quedábamos solos con él, cada uno en su respectivo caballete, y aunque casi no hablábamos yo me sentía en paz.

Rogelio:

Le dio por andar con un blanquito de pelo largo, pitusas rotos por la rodilla y tatuajes en ambos brazos. Desde que el padre lo vio, dijo que el muchacho era satánico, y que si seguía andando con ese roquerito la sacaba de la escuela de arte, que él nunca había estado de acuerdo con eso, que una joven lo que tiene que estudiar es algo práctico, economía o secretaría, que los artistas se mueren de hambre. Todo eso me lo contó el mismo Arturo Stuart la tarde en que poníamos los cimientos de la nueva iglesia.

El Gringo:

Me preguntó:

—¿Y por qué te dicen el Gringo?

—Porque me pongo cobas que solo los yumas se ponen, ropa de marca para que me tengan consideración y cuando me vean digan: *Ahí va un negro con clase*, y no *qué clase de negro*. ¿comprendes? Si aquí no hubiera perro calor yo siempre anduviera en traje y corbata de seda, parecería Denzel Washington, porque yo no soy ningún peste a pata, Prince, ningún peste a pasta, yo soy un nombrado.

—¿Y eso qué es?

—Un tipo de respeto.

—Ah.

—¿Quieres ser un tipo de respeto?

—Bueno.

—“Bueno” no, ¿sí o no?

—Sí.

—Tienes que empezar desde ahora que solo eres un niño, pues para ser un tipo de respeto tienes que aprender mucho; ir a donde van los hombres, no los ratones de iglesia, quitarte esa onda de bitonguito.

—Está bien, llévame.

—Primero tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie.

—Prometido.

—¿Y qué dijo tu hermana?

—Nada, que tú le caías bien, pero que por ahora no quería novio.

—¿Qué le gustará a ella que le regalen por el día de los enamorados?

—No sé... un libro de artes plásticas, de Leonardo da Vinci, quizás.

Juan Pablo Sosa Romero, pintor y grabador cienfueguero:

Un día me dijo: *Esto se acabó*, y ya, se acabó. Por eso yo digo que era

como su padre, tajante, no entendía, hubiera podido explicarme, hubiera podido decirme que a ninguno de los dos nos convenía. Mi familia la había aceptado, no le importaba que fuera tan oscura de piel. Mi vieja soñaba ya con tener un par de nietos mulaticos preciosos, altos, porque Johannes y yo somos altos y de cuerpos esbeltos. Creo que se debió a la presión del padre y de ese loco, el Gringo, que, aunque yo le decía que iba a casa de Johannes solo a estudiar, me miraba de malos modos. Ahora comprendo que tuve una suerte de ampanga pues ese animal me hubiera matado como mató a todas esas personas. En fin, creo que lo que más influyó en el fin de mi relación con Johannes fueron otras dos cosas: la primera, que no empastamos sexualmente, las cuatro o cinco veces que nos acostamos ella no tuvo orgasmos. Yo no era hombre para ella, lo reconozco, y Johannes es del tipo de mujer que aunque no lo parezca necesita sentirse realizada en la cama, por eso cuando me dicen que se casó con su primer italiano por interés, yo no digo nada, al fin y al cabo soy un hombre discreto, pero pienso que están equivocados, muy equivocados. En la época que fuimos novios ya yo vivía en esta casona, en medio del Prado cienfueguero, solo con mis padres, y ella hubiera podido perfectamente venirse a vivir con nosotros, mi mamá la hubiera acogido perfectamente. Pero no, prefirió seguir viviendo en aquel pasaje de Punta Gotica con sus dos hermanos además de los padres, lugar donde casi tenía que pintar en la azotea por falta de espacio, todo porque no me quería lo suficiente, al menos no como novio, porque seguimos siendo amigos hasta que se fue…y esa última es la tercera y para mí más importante causa de nuestro fracaso como relación, el hecho de que siempre supo que se iba a ir de toda esta mierda y no quería dejar recuerdos tristes.

—¿Para La Habana?– le pregunté la primera vez que me lo dijo.

—No, de aquí. Me voy a ir completo.

—Vámonos juntos, tengo una tía en EE.UU., hablo con ella y ella me reclama.

—No –dijo ella–. No me voy a cargar cajas en una *shopping*, ni a cuidar

viejos o a trabajar de camarera, para nada de eso sirvo. Me voy a ir como pintora, voy a triunfar como artista y para eso necesito estar sola, no quiero que nada me desconcentre.

Eso me lo soltó tres días antes de pelearse conmigo definitivamente, y yo pensé que era una ilusa, pues muy pocos artistas en el mundo logran vivir de sus creaciones, pero luego resultó que el que se equivocó fui yo, ahora ella es famosa. Ayer en una librería de viejos vi una revista del año pasado donde hablaban de la futura boda de la conocida artista italiana de origen cubano Judith Alonso con un futbolista del Nápoles, un tal Vicente o Vicenzo. En el artículo se especificaba que el tal acababa de firmar un contrato con el Real Madrid, y que los tifosis, nada contentos, prometían ir hasta Monte Carlos, donde se realizaría el enlace matrimonial, a causar problemas; de la tal artista plástica no decían mucho más, pero yo, fijándome en la foto, volví a ver a Johannes, seguía siendo muy parecida a como era aquí en Cienfuegos, solo que estaba más clara, descolorida, casi podía pasar por trigueña. *Se ve que no coge sol*, me dijo mi madre, pues compré la revista y se la llevé para que viera en qué había ido a parar la que pudo llegar a ser su hija política. *Pero está más flaca*, siguió diciendo mi madre, *y ese vestido no va con su edad, ella no es una princesa ni nada que se le parezca*. Esto último sé que mi madre lo dijo para consolarme, pues Johannes estaba preciosa, y aunque yo ya no la quería, e incluso no sé si la quise algún día o si todo lo que hubo entre nosotros no fue más que embullo juvenil, ella había logrado su sueño y yo seguía aquí varado, realizando esculturas de peloteros y de viejos músicos, obras de un realismo seco que aunque me daban dinero no me llevaban a nada, participando en concursos de menor cuantía y aspirando a que un día se acordaran de mí y me dieran el Machete de Mambí Sureño o la Roseta, símbolos de la ciudad de Cienfuegos.

El Tripa:

—¿Le has mirado hueco a tu hermana, Grillo?

—Eso es pecado.

—¿Y quién lo dice? ¿Tu papá? Ese viejo es pato y tu hermano también es pato y tú también eres algo pato.

—No comas pinga que te despingo.

—Es una broma, Grillo, ¿pero de verdad que tú no le has mirado hueco a Johannes?

—Claro que no, es mi hermana.

—¿Y si no fuera tu hermana le mirarías hueco?

—No lo sé, quizá… ¿tú le miras a la tuya, Tripa?

—Pues claro, y me rallo pajas, en fin, ella no se entera.

—Eres un enfermo y un pecador.

—Sí, pero gozo… Vamos a mirar hueco, dale, hazme la media.

—Que no, eso es pecado.

—No a tu hermana, ni a la mía. A Berta, que ahorita llega de la escuela y se baña desnuda en el pasillo de su casa, tú verás que bollo tiene.

—¿Y si nos cogen?

—No nos van a coger.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Vamos a subirnos en el techo de tu casa y tú verás que no nos cogen.

—¿Y si nos cogen? Si mi mamá se lo dice al puro, el viejo me mata… mira lo que me hizo.

—Cojones, tu viejo está loco pa' la pinga y eso que es cristiano.

—Tú no sabes na'.

—¿Y con qué te hizo eso?

—Con el cinto, ¿tú no ves la forma de la hebilla?

—Pinga, si es a mí lo mato.

—Es mi padre.

—Bueno, allá tú, ¿miramos hueco o no?

—Dale.

Maribel:

Yo la oía gritar: *¡Arturo, suéltalo, Arturo, por favor, ya es suficiente!* Eso era a veces, pues por lo general solo sentía un ruido sordo que era como si alguien sacudiera una alfombra, eso y los gemidos del muchacho. Al otro, a Gelatina, nunca le pegaba, lo más raro del mundo. Una vez me atreví y le pregunté a Carmen si los tres eran hijos del mismo padre.

—Claro –dijo ella–, ¿de quién van a ser?

—¿Y por qué uno coge tantos golpes y al otro ni con una rosa lo tocan? Hasta la muchacha coge galletas de vez en cuando, pero a Prince… ni que fuera un santo.

—¿Por casualidad tú estás pendiente de lo que pasa en mi casa?

—No, Carmen, disculpe –dije, y ella me miró con esa su carita de mosquita muerta que a mí no se me despintaba. "Esta sabe más de cuatro cosas", pensaba yo, "¿qué habrán hecho en Camagüey? Porque para salir huyendo de esa ciudad y venir a enterrarse aquí en la cuartería, algo muy grande tiene que haber pasado".

Rogelio:

Parecía de palo, me refiero a su cuerpo, solo fibra y huesos; su cara parecía también de palo, con una expresión de disgusto que pocas veces variaba, era como si le debieras algo. *Bendiciones*, decía como único saludo, y parecía que el que bendecía era él y no Dios. La violencia se le notaba por encima de la ropa, aunque a primera vista era un hombre suave, muy suave. Casi siempre con la *Biblia* en las manos, justamente como si los evangelios fueran su escudo. Él fue el que decidió la ubicación de la iglesia, por encima de mi criterio de arquitecto. Enredó a Basulto y le llenó la cabeza de humo. Yo le dije:

—Basulto, esta es la iglesia del Santo Sacramento de todo Cienfuegos, no solo la del barrio de Punta Gotica; llevo veinte años de arquitecto, y si

no se me va a hacer caso, búsquense otro.

Dejé los planos arriba de la mesa de comer, cogí mi bicicleta y me fui a casa. A la hora tocaron a la puerta. *Bendiciones*, dijo una voz seca.

—Bendiciones –dijo mi esposa–. Pero pase, Arturo, ¿quiere tomar agua?

—Sí, gracias, hace mucho calor.

Mi mujer fue a buscar el agua, y yo salí del cuarto y le di la mano a Stuart. Luego nos sentamos en los sillones, y cuando se tomó el agua empezó a hablarnos de lo importante que era para un barrio como Punta Gotica, un barrio de negros olvidados y de blancos desamparados, tener esa iglesia justo en el medio, donde todos podían verla; luego fue a lo concreto:

—Doscientos pesos diarios –dijo, echándole un vistazo a mi casa grande pero deteriorada.

—¿Qué quieres decir? –le pregunté.

—Me entendiste.

Así era él, siempre con Dios en la boca, pero convencido de que todo podía arreglarse con dinero y demagogia. Tenía una labia espesa. Casi todos los que trabajaron en ese templo lo hicieron gratis, de voluntarios.

El Gringo:

—Oye –me dijo la Puerca nada más que entré al bar del Ruso–, están averiguando por un tal Aramís Ramírez.

—¿Y a mí qué?

—Es de Cabaiguán.

—¿Quién pregunta?

—Un mulato de camisa de cuadros que tiene cara de policía.

—Déjalo que pregunte. Dale espacio para que averigüe lo que le dé la gana, que se va a dar un mareo, aquí nadie sabe nada.

—Aquí no, pero en San Lázaro mucha gente tiene que haber visto al

guajirón ese cuando lo llevaste a mi casa.

—Nadie se acuerda de eso, Puerca, no seas traste.

—¿Tú estás drogado o qué pinga te pasa? Mira a ver cómo me hablas.

—Es que, en lo que tú andas en motorina haciéndole favores a la iglesia, yo tengo que darle el pecho a los problemas.

—Es que se me acabó el dinero, Gringo, y estoy en la fuácata. Tírame un salve, vaya.

—Yo voy a pensar que usted come billete. Ahorre, asere, ahorre.

Rogelio el arquitecto:

El templo inconcluso del Santo Sacramento, eso es lo único que quedó del paso de Arturo Stuart por Cienfuegos y es bastante. Yo estoy orgulloso de ese templo, a veces cuando estoy de vena me monto en la bicicleta y voy a verlo. Está arruinado pero sigue siendo un edificio bello. Mi único fruto luego de veinte años dedicados a la arquitectura. No hay ni un pedazo de mármol o bronce que diga el nombre del arquitecto que lo diseñó, dentro de veinte años nadie se acordará de mí, y será como si el templo se hubiera levantado solo; quizás sea justo, porque esa catedral está maldita.

Ya yo no voy con Dios, ahora ando solo, ya no le cuento a nadie que la forma del templo me la sugirió un ángel sin alas. Me dijo: *Así será mi iglesia*, y me levantó sobre su espalda y vi el Cienfuegos del futuro, una ciudad bella, llena de edificios hermosos y más limpia que nunca, y en Punta Gotica vi un edificio futurista, con muchos rosetones de cristal tornasolado, y ese era el templo. “Cienfuegos es la Jerusalén celestial”, pensé, desperté, y mi esposa tuvo que lavar las sábanas: me había vuelto a orinar como cuando era un niño.

Al otro día llegué con mis planos a casa de Stuart, allí estaban Basulto, varios miembros de la congregación y, por supuesto, el dueño de la casa.

El Gringo:

Todos los barrios donde viven los pobres se parecen, mejor, son igualitos: cloacas que se desbordan cuando llueve, calles llenas de baches y muros con carteles. Los seis meses que pasé en el Downtown de Miami fue como si nunca hubiera podido salir de Punta Gotica, así que un día me dije: "Yo no la cogí de Cienfuegos para seguir siendo un ciudadano de segunda".

Yo hablaba un inglés pasable, pero tenía demasiado acento, así que me gasté algunos de los dólares que me quedaban en perfeccionar el idioma. Esa fue mi primera época en *América*, como le dicen los yumas a este jodido país.

Ayer por la tarde un periodista, ganador del premio Pulitzer, vino para que le contara la historia de mi vida, que me iba a pagar diez mil dólares de entrada, dijo, y si el libro se vendía bien, los dos terminaríamos millonarios pues estas son las historias que les gustan a los americanos. *Empiece desde el principio, me dijo, y yo tuve que echarme a reír. ¿Para qué yo quiero el dinero, si ya estoy en el corredor de la muerte?*, le dije, y él me preguntó si no tenía un familiar en Cuba o en EE.UU. a quien dejarle la plata.

—No –le dije–, no tengo a nadie, solo a Lucy, mi exesposa, y esa perra maldita no ha venido a verme ni un día.

—Pero, bueno –insistió el periodista, uno bajito y medio gordo, de origen salvadoreño según me había contado antes–. El libro puede ser muy bueno para su causa. Usted sabe cómo son los americanos, tal vez se sensibilicen con una infancia como la suya, tan cargada de vicisitudes, e influyan sobre el gobernador del estado, tal vez, no sé...

—¿Cómo sabe que mi infancia está cargada de vicisitudes? ¿Usted es adivino?

—Siempre es así, la infancia nos hace lo que somos.

—No: a mí me embarcó el amor. Yo era un mulato lindo que vendía gafas y ropa de marca en la entrada de la mejor tienda de Cienfuegos, La

Casa Mimbre, el dinero me entraba fácil y de vez en cuando prestaba al garrote, con lo que me caían unos baritos más. Estaba de lo más bien hasta que al barrio se mudó una familia de negros prietos y conocí a la mujer más bella del mundo; por ella me embarqué, por ella empecé a hacer lo que hice.

—¿Y qué fue lo que hizo?

—¿Para qué se lo voy a decir? Con saber lo que hice en EE.UU. ya usted tiene más que suficiente. Solo sepa que el hombre es como un lobo, que cuando se le desata su sed de matar ya no hay arreglo, ya no hay vuelta atrás.

—Usted sigue siendo un hombre bello –me suelta el tipo en inglés, de pronto, y tuve que decirle en el mismo idioma que yo no como culo de macho, con lo que mi guardián preferido, Billy Holden, que es un negro que mide 1,90 y pesa doscientas cincuenta libras, se echó a reír.

—Se lo decía porque nuestra revista está dispuesta a pagarle para que pose desnudo, no sabe usted cuantas admiradoras tiene aquí en Texas –aclaró el tipo mirándome a través del cristal blindado, rascándose la barbilla con el teléfono.

—Sí que lo sé –le dije–. Recibo mucha correspondencia. Creen que soy un galanazo porque me casé con todas esas cacatúas para luego liquidarlas.

El Tripa:

Fuente Ovejuna, señor, esa es una de las pocas cosas de las que me acuerdo de toda mi etapa escolar; claro, sé leer, escribir, contar y todo lo demás, pero vaya, las letras no me entraban y eso me preocupa. “¿Seré yo el mongólico?”, me digo a veces y luego me respondo que no, porque escapé como Jonás el de la ballena, estoy viviendo pasable aquí en Barcelona, y mira que yo hice cosas malas en mis tiempos de Cuba. Recuerdo que cuando vivía en Punta Gotica yo solo quería una blanca.

Dios mío, rezaba yo, *hazme tarrú, pero dame una blanca, no una mulata, ni una india, ni una trigueña, dame una blanca de esas a las que las venas se les transparentan bajo la piel; dale, Dios, y claro, que esté buena*. En Cuba ese tipo de jeva abunda poco. En mi aula solo había una hembra así, vivía en el Prado y la madre era irlandesa. Aquí estoy rodeado de rubias y con unas piernas, ¡qué piernonas tienen las catalanas estas! En Cuba, para poder ver blancas buenas había que ir a mirar hueco a Punta Gorda, yo le decía al Grillo: *Recoge y vamos, que mañana tenemos función*, y él al principio me empezaba con los peros: *Pero nos van a coger; pero, vaya, yo soy cristiano; pero…* Luego le cogió el gusto y él era quien me invitaba.

Maribel:

Todos sabían que el Grillo miraba hueco, pero a nadie le importaba. Casi todos los jóvenes de aquí parten huecos, y una les da entrada o no, según te caiga quien te mire. Yo lo dejaba a veces, pues sabía lo mucho que trabajaba en la construcción del templo loco que levantaba el padre y me daba lástima. "Dale, mira para que te entretengas", pensaba cuando sentía sus suaves pasos en el tejado, y si hacía calor cogía mi cubito de agua e iba a bañarme al pasillo de mi casa, entonces me quitaba la ropa despacio y empezaba a echarme el agua lentamente para darle gusto, me demoraba un mundo en darme jabón en las tetas, luego en las piernas; claro, que yo no era la caguama que soy ahora, yo era una mulata de cuerpo, tenía cuarenta años pero había que decirme *usted*, luego me cogió la diabetes y me está llevando a paso y sin tumbadora. Dicen que en el Yuma hay unas pastillitas que te curan enseguida, pero yo no tengo familia allá, y el Gringo está en el corredor de la muerte, así que si le mando a pedir las pastillas lo más seguro es que me mande pa'l carajo.

El Gringo:

El día anterior a su cumpleaños le dije: *¿Qué quieres que te regale? Él me dijo: Usted no tiene que regalarme nada, Ricardo, con su amistad me basta. Pero yo insistí: Dale, pide por esa boca. ¿Un iPod? Pide sin pena.*

—¿Cómo?

—Lléveme a ver a su padrino.

—Lo que oyó.

—Bueno, si usted lo dice, déjeme amarrar la cita y yo le aviso.

El Tripa:

Yo lo veía con el Gringo pa' arriba y pa' abajo. "El Gringo se lo está singando", pensé al principio, pero no, porque se veía más macho incluso. "El Gringo se metió a cristiano de verdad y andan en sus quimbaderas de Jesucristo y todo lo demás", pensé, pero el Gringo se las pasaba todas las noches en el bar del Ruso consumiendo güisqui y mirando tetas. "Esa juntadera con un puntazo de los más malos como es el Gringo no le conviene a un chiquillo tan delicado que tiene un cutis de jovencita", pensé, "tiene su culo en remojo, porque si no se lo coge el Gringo, que en definitiva nunca ha tenido bolá de bugarrón, se lo coge otro, tal vez Salvador la Puerca, que a ese sí le da lo mismo una mujer, una perra, un travesti, una mata de plátano, lo de ese es meterla en algún hueco".

Rogelio:

Adorno es crimen, dijo un gran arquitecto, y esa fue mi premisa, quise que el edificio fuera perfecto en su sencillez, casi necesario, quise que toda su complejidad estuviera en la armonía y en la calidad de los materiales empleados, quise llevar una parte de la modernidad a una dormida ciudad cubana, quise que ese inmundo barrio de Punta Gotica tuviera al menos algo que mostrar al mundo y me esforcé para conseguirlo.

—Nosotros habíamos pensado en otra cosa, no sé, más tradicional –me dijo Basulto y me mostró la foto de la iglesia del Santo Sacramento de

Oklahoma donde oficiaba el reverendo James Harrison Fitzgerald, el corpulento pastor negro que tanto había hecho a fin de recaudar el dinero necesario para la construcción.

Yo me había pasado la noche sin dormir y estaba algo irritable.

—Si tengo que volver a proyectar esto, se acabó, búsquense otro arquitecto.

—No es que no nos guste –dijo entonces Arturo Stuart–. Es que es tan diferente, y parece muy caro. Aparte, ¿de dónde vas a sacar los operarios que hagan algo así? En Cuba ya no hay constructores que trabajen con calidad, solamente los mosaicos son un dolor de cabeza.

—Los materiales y el personal aparecen.

—Sí, pero a qué costo –dijo Basulto–. Solo tenemos veinte mil dólares y el dinero no pare.

—¿Se entra por aquí? –preguntó Stuart, señalando algo en el plano desplegado sobre la mesa.

—Se puede acceder al interior del templo por varios lugares. El concepto es la accesibilidad, el permitir, el templo es como una mano abierta para que todos la estrechen... Quizás en el plano de perspectiva se vea mejor –dije–, pero no me dio tiempo terminarlo.

—Pues hágalo –dijo Stuart–. Hágalo y tráigalo, y entonces hablamos.

El Gringo:

Toc, toc, golpearon duro, y yo supe que era la policía. Abrí y allí estaban: un mulato gordo de camisa a cuadros y el jefe de sector.

—Bendiciones –les dije y les sonreí ampliamente–. Entren y siéntense.

Se sentaron en el sofá y yo lo hice frente a ellos, en una de las butacas.

—Cómo ha prosperado usted, Ricardo Mora Gutiérrez –dijo el jefe de sector–. Esto parece una casa de la *shopping*, estás viviendo mejor que Rockefeller. No me digas que empezaste a trabajar, porque tú nada más que sirves para la construcción y eso no da tanto. ¿En qué tú estás, Ricardo Mora, en qué?

—En nada, yo me convertí, ahora sigo los pasos del Señor.

—¿Sí? Qué bueno, ¿y desde cuándo es esa conversión?

—Desde hace nueve meses.

—¿Nueve meses? Parece un embarazo –dijo el jefe de sector y soltó su risita de hiena triste.

—En cierto sentido lo es, Dios es algo que te llena.

—Gringo el cristiano, vaya, vaya, lo que se ve aquí no se ve en ninguna parte.

—Para que vea... ¿Quieren café?

—¿Por qué no? Tráenos una taza a cada uno, pero no las vayas a escupir.

—Incapaz yo –les dije y fui a poner el café.

Cuando regresé, el jefe de sector me preguntó cuánto me había costado el juego de muebles.

—Me lo dejaron barato, quinientos pesos.

—Está regalado. ¿Quién los hace? Para comprarme uno, dame el teléfono o la dirección.

—En dólares.

—Vaya, hubieras empezado por ahí. Eso es mucho dinero, yo nunca he visto esa cantidad reunida y mira que yo trabajo... ¿De dónde lo sacaste, Gringuito? No me digas que te ganaste la lotería.

—Mi hermano me mandó el dinero.

—Cojones, qué buena gente es tu hermano.

—Para que vea.

—Y yo que pensé que desde que se fue más nunca te había escrito.

—Le dio por estudiar después de viejo. Se graduó de enfermero y trabaja en uno de los mejores hospitales de Miami, y le ha dado por

ayudarme.

—Qué clase de hermanito, es de oro.

—Siempre fuimos muy unidos.

—Ni que lo digas, mataban vacas juntos.

—Si usted lo dice… Con el permiso, ya está colando el café.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo huelo.

—Qué clase de olfato, deberías meterte a policía, Gringuito… Pero ve, no vaya a ser que explote la cafetera… Muy sabroso –dijo el jefe de sector luego, cuando sorbió el café–. ¿Te estarás preguntando qué hacemos aquí en tu casa? ¿Sí o no?

—Claro.

—¿Y no se te ocurre nada?

—No soy adivino.

—Ah, no eres adivino… Pues te voy a ayudar. Buscamos a un sujeto, un espirituano, dicen los puntos que lo vieron contigo.

—¿Conmigo?

Berta:

El 27 de febrero del 2007, empezó el aparecido a atormentarme. La primera vez que lo vi, sentado en la entrada de la cuartería, miraba hacia delante muy concentrado, como si esperara algo. Supe que estaba muerto porque tenía los ojos en blanco y estaba desnudo. Eran casi las seis de la tarde, hora en la cual los muchachos juegan fútbol y la calle está llena de adultos que regresan del trabajo o van a sus negocios. Nadie se daba cuenta. Solo yo lo percibí, muy fuerte de cuerpo, tenía tatuado un escorpión en el hombro derecho y una serpiente alrededor del ombligo, era alto y hubiera sido bonito si una herida de bordes abiertos no le cruzara el cuello de un lado a otro. Se señaló la herida con el índice de la mano derecha y los ojos llenos de lágrimas. Yo eché a correr.

Ese día no comí.

—Se me apareció un muerto en cueros –le dije a mi madre.

—Tú siempre con tus bromas–dijo ella.

—En serio.

—Pues tráelo para que cocine, tú no sabes hacer nada y yo ya estoy cansada de la peste a manteca.

No corras, me llamo Aramís y soy de Cabaiguán, me dijo la segunda vez que lo vi, un martes de mucho calor. Yo estaba en la escuela y le había pedido permiso al profesor de química para ir al baño, no había hecho más que sentarme en la taza cuando se aparece él y me dice eso. Yo solo atiné a mirarlo y a decirle: *Tú no existes*, luego cerré los ojos y al abrirlos ya no estaba, cuando regresé al aula estaba tan pálida que parecía Michael Jackson.

—Ya te iba a mandar a buscar –dijo el profesor–. Pensé que te habías ido por la taza del baño.

—Me siento mal, vi un muerto.

—Se nota –dijo él con una sonrisa, pero luego me autorizó a que me fuera.

Fui para mi casa, aproveché que mi mamá no estaba, cogí dos pastillas de diazepam, me las tomé, me senté en uno de los sillones de la sala y me balanceé hasta que las pastillas empezaron a hacerme efecto; entonces, cuando ya los ojos se me cerraban, fui a acostarme y allí en la cama estaba el muerto.

—Me llamo Aramís y soy de Cabaiguán. Vine a Cienfuegos buscando una moto porque quería darle la sorpresa a Araceli, que me viera en moto quería, pero ya ves, me mataron y no encuentro la forma de regresar a mi pueblo y decirle que estoy muerto; llego a la terminal pero no puedo montarme en la guagua, cuando pongo el pie en la escalerilla la guagua se hace humo y me vuelvo a ver en esa casa donde me hicieron esto.

El muerto se llevó la mano al cuello y luego pidió:

—Ayúdame.

Ibrahim:

A pesar de todo eran días buenos, mi esposa preparaba el café, luego de beberlo yo cogía la bicicleta y me iba hasta el templo. Por temprano que fuera, allí estaba ya el hermano Arturo haciendo algo: organizando los instrumentos de trabajo o realizando una guardia vieja. Orábamos juntos y esperábamos la llegada de los otros hermanos en Cristo, del arquitecto y de los albañiles para desayunar y empezar las tareas del día. Ibrahim es nombre sirio, y a mí desde siempre me han dicho el árabe, aunque no tengo a nadie en tierras islámicas: me llamo Ibrahim por una telenovela que vio mi madre hace años.

—¿Usted no duerme, maestro? –pregunté una vez, y Stuart me miró con sus ojos profundos que a pesar de todo me atrevo a llamar de profeta, y me dijo:

—Árabe, cuando esté la iglesia dormiré tanto que todos en mi casa pensarán que he muerto.

Levantar un templo donde no había nada, solo malezas, verlo crecer, tomar forma, convertirse de cuatro estacas en el piso en un edificio cuyas paredes suben cada día…

Al principio se burlaban de nosotros y, a pesar de que teníamos todos los permisos habidos y por haber, la policía y los inspectores venían a acosarnos. Cuando más entusiasmados estábamos llamaban al arquitecto y le decían que había que parar y buscar todos los recibos que probaran que el cemento había sido adquirido en una tienda de divisas y no de manera ilegal. Rogelio, entonces, tenía que ir a su casa en bicicleta a buscar esos recibos y luego enseñarlos, solo así podíamos continuar. Otro día preguntaban por los bloques, por la pintura, por lo que fuera, y eran varios los inspectores, así que se turnaban. Una de las que nos dio más guerra fue una señora bajita, regordeta y de eterno pañuelo en la cabeza. Esa llegaba en una motorina parecida a la del Gringo, se paraba muy cerca de la obra, abría una carpeta negra, sacaba una agenda y empezaba a tomar notas sin dejar de mirarnos. Intentaba ponernos nerviosos, pero

no podía con nosotros ya que el espíritu del Señor nos acompañaba. Trabajábamos cantándole himnos a Cristo. Sobre todo aquel que dice: *Cristo ha resucitado*. Muchos de los vecinos nos hacían coro y algunos de ellos trabajaban con nosotros, aunque era necesario tomar muchas precauciones pues al menor descuido te llevaban un instrumento de trabajo, una lata de pintura, medio saco de cemento, lo que fuera, todo para venderlo y tomar calambuco.

El Gringo:

—Sí, contigo… Te voy a refrescar la memoria: uno él, blanco, alto, fuerte, de unos veinticinco años.

—Ah, ese… Ese tipo se fue del país, vino a buscarlo una lancha rápida.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo. *Me voy*, dijo, y *más nunca me van a ver el pelo*.

—¿Sí? ¿Y para qué fue a verte?

—Buscaba la dirección de mi hermano, pues se conocían de cuando mi broder vivió en Cabaiguán, y quería encontrarse con él en Miami.

—¿Y tú se la diste?

—Claro que no se la di, mi hermano tiene ya suficientes problemas para ocuparse de un punto de Santiespíritu.

Los dos tipos me miraron unos segundos sin decir nada, luego el mulato dijo:

—Este tipo miente. Aramís nunca se iría del país, era un joven integrado y trabajador, de una familia intachable, dudo mucho que haya conocido al hermano de acá. Además, ¿a quién se le ocurre, viviendo cerca de la costa norte, venir a Cienfuegos para irse?

—Eso mismo le dije yo. *Hermano*, le dije, *¿no te es más negocio irte por Sagua la Grande, que está a un ratico de Miami?* Y él me respondió que aquello estaba malo, los guardafronteras estaban supervigilantes y el viaje costaba el doble.

—A la familia les dijo que iba a Cienfuegos a comprar una moto.

—Ese fue el paripé, pero en realidad se piraba.

—¿Y vino y te lo dijo a ti sin apenas conocerte?

—Para que usted vea.

—Qué raro –dijo el mulato.

—Raro no, rarísimo –dijo el otro–. Aquí hay gato en jaba. ¿Y adónde iban Aramís y tú cuando los vieron?

—A la casa de un par de jevitas, era fan a las mulatas.

—¿Jevitas? ¿Qué jevitas? Nombre y dirección.

—Yo se las diera, pero una de ella es casada.

—Vaya, buscando jevitas… ¿No me dijiste ahora mismo que eras cristiano?

—¿Y los cristianos no singan?

—Claro que sí, Gringuito, claro que sí… Y bueno, vieron a las jevitas. ¿Y después?

—Él cogió su camino y yo el mío.

—¿Y cuál era el camino de él?

—Eso no puedo decírselo.

—¿Por?

—No lo sé.

—Tú nunca sabes nada.

Ibrahim:

Sabía hablar, si me preguntan digo que predicaba mejor que el pastor, y tenía tal retentiva que podía citar todas las escrituras sin equivocarse, y eso apenas con quince años sin cumplir. Pero había algo errado en él, algo malo, era orgulloso, se creía predestinado para lo grande y eso lo hacía de difícil trato, apenas colaboró en la construcción del templo. El hermano, solo un año mayor, sí trabajaba como un mulo a pesar de que el padre se ensañaba con él, lo trataba como si lo odiara, como si el

muchacho se viera obligado a pagar día a día por no ser perfecto. A mí no me gustaba eso y un día se lo dije. Estábamos colocando la cuarta hilada. A David King, que fungía de ayudante mío, se le cayó uno de esos ladrillos, que apenas se partió por una esquina, y el padre se puso tan furioso que parecía a punto de volverse loco:

—¿¡Tú sabes cuánto cuestan esos ladrillos!? –gritó.

—No, papá.

—Entonces ten más cuidado.

—Sí, papá.

—A cualquiera le pasa –dije yo.

—Métase donde le llaman –me dijo el viejo Stuart y se encaró conmigo, era como si me fuera a pegar allí delante de todos. Así era él, muy tranquilo en apariencia pero con una rabia contenida dispuesta a soltarse en cualquier momento.

El Gringo:

Yo quería traerla conmigo, aunque tuviera que pagar doble por la lancha. "Ese es un dinero que se recupera", pensaba yo, y a veces pienso en lo distinta que hubiera sido mi vida si la Johannes me hubiera dicho: *Me voy contigo*, cuando se lo propuse, a lo mejor yo no estuviera aquí esperando que me pasen por la chágara, a lo mejor me hubiera integrado y fuera uno de esos tipos que ponen banderitas americanas en el capó del carro y se sientan los domingos por la tarde a preparar su barbacoa, y después tú los ves, muy gordos, con una cerveza en las manos, discutiendo con los vecinos sobre la Serie Mundial. Si me hubiera llevado a Johannes todo hubiera sido distinto, estoy seguro, no me hubiera acabado de enredar; tal vez hubiera prosperado, porque aquí para salir adelante no hace falta tumbar a nadie, aquí lo que hace falta sobre todas las cosas es alguien que te quiera; si tienes eso, lo tienes todo, y, ah, alguien a quien tú puedas querer, algo más difícil todavía. Si aquella

tarde, cuando regresaba de su escuela cargada de cartulinas y de pinceles, la Johannes me hubiera dado bola al decirle yo: *Vamos a sentarnos en el parque Martí, que tenemos que hablar*, y luego estando ya allí y preguntarle si quería una cerveza, pues era mucho lo que tenía que decirle, si en ese momento ella hubiera dicho que sí: *Tráeme una cerveza*, y me hubiera sonreído, mi vida fuera otra, estoy seguro, pero la Johannes dijo que no a lo de la cerveza, y luego, por más que le hablé, siguió negando:

—No, Ricardo, no voy a dejar mi futuro por ti, ni por nadie.

—¿Qué futuro tú tienes en este país de mierda? Además, yo te quiero, ¿lo sabes? Por ti cambié y ahora soy otro.

—Yo te quiero solo como amigo, Ricardo, ya te lo he dado a entender de muchas maneras. Así son las cosas y no se pueden cambiar, lo siento.

Así son estos bichos malos, las mujeres, siempre lo están sintiendo, te sacan el corazón y luego lo sienten, así de sencillo. Yo ya no creo en ninguna. No creo ni en mi madre, la verdad. Los otros días se me apareció un fantasma, vino desde Cuba a preguntarme por qué lo había matado si él estaba en la flor de la vida.

—Eso es así, uno va haciendo el mayor daño que pueda hasta que le toca a uno que lo hagan tierra, y ya ves, mi minuto ha llegado, lo que me queda son días, así que no te preocupes, pronto estarás más contento; pero cuando esté muerto no te quiero ver, si te veo allá en el otro lado te voy a dar una entrada a palo que a todo el mundo le va a gustar menos a ti.

Así le dije, porque a ellos, los fantasmas, hay que hablarles fuerte para que se pongan en su lugar.

También hubiera podido traer a la Puerca, para que me sirviera al menos de secretario, no dejarlo enredado como lo hice, pensando que la Puerca aquí no se iba a adaptar, cuando en realidad el que no se adaptó fui yo. Me lo hubiera traído conmigo, si, en definitiva, yo sabía que el viaje me iba a salir gratis, para algo tenía mi Makarov.

Después Johannes me dijo, porque al final guardan la última bomba, así son ellas, las mujeres:

—Yo nunca voy a quererlo, Ricardo, porque usted es malo, lo sé, malo. Usted puede engañar a mi padre, pero a mí no me engaña, usted es malo.

—¿Y no puedo haber cambiado?

—No lo creo –dijo y se puso de pie–. Adiós.

Y me miró directamente a los ojos, muy seria, y me tendió la mano, y yo hubiera querido que se hubiera abierto un abismo y que la tierra me tragara en ese momento, pero esas cosas nunca pasan, al menos no tan rápido, así que le estreché la mano y le pregunté si no podía guardar aunque fuera la más mínima esperanza, y por qué decía que yo era malo, cuando yo solo era un luchador como todos los demás.

—Lo que le hiciste a la Ingrid estuvo muy mal.

—¿Qué Ingrid?

—Lo sabes muy bien, la blanquita que estudia danza. La dejaste preñada y no la acompañaste a hacerse el legrado, eso no se le hace a nadie.

"Esa tontería", pensé yo, qué ingenua era la Johannes.

Berta:

—No conozco a nadie en Cabaiguán, ni siquiera estoy segura de saber dónde queda –le dije al aparecido, y él me siguió mirando con unos ojos llenos de lágrimas, y yo tuve que decirle que no se preocupara, que iría al Cabaiguán ese a ver a la tal Araceli y contarle lo que pasó, pero que, por favor, dejara de salirme, que ya tenía los nervios de punta.

—Gracias, sé que si me acompañas podré encontrar el camino –dijo él y empezó a ponerse tenue y cada vez más tenue hasta que era apenas una herida y unos ojos tristes, y yo gracias al diazepam me quedé dormida.

Yo tenía catorce años recién cumplidos, y apenas había salido de Cienfuegos y menos sola, pero al otro día luego de acabar las clases fui a averiguar si había ómnibus para el pueblo de Cabaiguán. La terminal estaba sucia, llena de indigentes, de ancianos que vendían desde

periódicos hasta máquinas de afeitar, y de viajeros, y yo esperaba encontrarme en cualquier momento al aparecido y a sus ojos en blanco, por lo que andaba encogida como si tuviera fiebre, y una mujer que con una escoba trataba de quitarle un poco de churre al piso me preguntó:

—¿Niña, qué te pasa?

—Nada. ¿A qué hora sale la guagua para Cabaiguán?

—Aquí nunca ha habido guagua para ese sitio. Pero si esperas a mañana puedes coger un camión que sale a las doce del día y te deja en el mismo Cabaiguán.

—¿Y cuánto vale?

—No sé, pero no debe de ser mucho, porque el camioncito está de ampanga.

—Gracias, señora.

—De nada, yo tengo una hija como tú y sé lo que es eso.

—¿A qué se refiere?

—A nada, yo me entiendo.

—Bueno.

Yo no sé qué era preferible: seguir viéndole la cara al muerto o soltarle a mi madre de sopetón que necesitaba ir a Cabaiguán, y aguantar lo mucho que seguramente tendría que decir respecto a ese viaje. Discurso que empezaría seguramente con un *no* rotundo y la afirmación de que yo estaba rara, pero rara de verdad. *¿Qué tú vas a hacer en Cabaiguán, si allí no se te ha perdido nada?, diría ella. Cumplir el mandato de un muerto*, tendría que responder yo, y mi madre sería capaz de mandarme de nuevo a la clínica para adolescentes, y no me convenía seguir ganándome la fama de loca que ya tenía en el barrio. Así que necesitaba viajar sin que mi mamá lo supiera y volver lo antes posible. Después le diría que me había quedado a dormir en casa de una de mis tantas tías, primas y amiguitas.

Al día siguiente, además de los libros, eché en la mochila dos blúmers, una toallita y el cepillo de dientes, y apenas llegué a la escuela le dije al profesor de Humanidades que tenía turno en el estomatólogo, y a

las once y media de la mañana abandoné el aula y me fui hasta la terminal. Entré y me dirigí a las cabinas, desde las cuales venden los boletines:

—¿Señor, usted sabe si ya llegó el camión que va para Cabaiguán? –le pregunté a un empleado.

—Sí, ya llegó –me dijo el hombre, mirándome como si le debiera algo.

—¿Cuánto cuesta?

—¿Hasta el mismo Cabaiguán?

—Sí.

—Cuarenta pesos.

Era todo lo que tenía, y eso porque había vendido un mp3 de Joaquín Sabina a la única persona que además de a mí le gustaba en todo el pasaje, a Johannes Stuart.

"Bueno, Aramís, te jodiste", pensé y me dirigí al Boulevard. "Yo más no puedo hacer. Robar no está en mis planes. Si te me sigues apareciendo tendré que acostumbrarme, como a la menstruación". Mi mamá no estaba en la casa. A esa hora, una de la tarde, el juego de dominó y la bulla están en su apogeo, y yo no tenía ningún deseo de volver al pasaje a enfrentarme con los alcohólicos que sin dudas se meterían conmigo: *Berta, estás echando tremendo cuerpo, vaya, qué lindas son las flaquitas con nalgas, si cocinas como caminas me como hasta la salsita*. Así que metí la mochila en un guardabolsos anexo al Encanto, entré a esa tienda y me puse a mirar la ropa y los zapatos que según mi mamá algún día nos compraríamos, luego salté para otra tienda y luego a otra, y cuando llegué a la Mimbre vi a un hombre desnudo sentado en la misma puerta de entrada, la gente pasaba por su lado sin inmutarse, pero yo me quedé congelada, y él alzó la cabeza y me sonrió.

—Yo te hacía en Cabaiguán –dijo.

—No me alcanzó el dinero.

—Juégate el ocho, pero tiene que ser temprano, antes de que los apuntadores cierren.

—¿Cuánto me juego?

—Ah, no sé, eso es cosa tuya.

El Gringo:

—Padrino, aquí hay alguien que quiere conocerlo.

—Dile que pase y pasa tú también –me dijo–. No te olvides de saludar a la Prenda.

—Sí, padrino.

—¿Puedo saludarla yo también? –preguntó Prince.

—Claro, salúdala.

—Gracias.

—Yo lo conozco a él de algún lado.

—Claro, padrino, es el hijo menor de los Stuart.

—Vaya, ¿sí? Dicen que habla de lo más bien.

—Si usted lo oyera, padrino, parece un presidente.

—¿Y qué hace aquí?

—Quiere que usted le dé una consulta.

—¿Para?

—Para aprender, padrino. Está cansado de la comemierdá que tiene su padre, que si Jehová para aquí, que si Jehová para allá, como si no hubiera otra cosa que hacer.

—¿Eso es verdad, muchacho?

—Sí, señor, es verdad.

—Vaya. ¿Y la catedral? Tremendo edificio está levantando tu gente, vaya, para que, a lo peor, no los dejen ni entrar: por negros, ahorita llegan los del Poder Popular o los del Ministerio de Educación, y lo utilizan para una escuela, tú verás. Pero se nota que están forrados, que tienen relaciones en el exterior. Yo estoy igual, tengo ahijados en Suecia, Dinamarca, Francia, el Canadá, los EE.UU.; hasta en Japón tengo yo un ahijado, Koizumi, que todos los años me trae té y cerámica, todos esos adornos me los ha ido trayendo él poco a poco… ¿Te aburro?

—No, señor, claro que no.

—Entonces saluden a la Prenda y vengan, siéntense; tú, Gringo, en ese sillón; el chico aquí, muy cerca de mí, que quiero verlo de cerca. Qué bonito es, y se nota que es inteligente. Esas son las relaciones que te convienen, Gringo, y no el Salvador ese que le dicen la Puerca, ese no vale un centavo partido por la mitad. Tienes que buscar gente que te aporte y no que te quiten, hijo mío, mira que te lo digo.

—Sí, Padrino, pero aquí, el joven, vino…

—Sí, ya sé a qué vino, en realidad sabía que vendría.

TERCERA PARTE

Nacho el Bemba:

Ya yo llevaba diez años preso cuando el Ruso me mandó a decir que para el Tiburón venía un muchacho joven, y que mi función era cuidarlo, y que lo mío estaba garantizado cuando saliera. *¿Quién es?*, le pregunté al llevaitrae, y al decirme el nombre me acordé del Grillo y de cómo cabeceábamos juntos los balones de fútbol que íbamos a robarnos a Punta Gorda. Me acordé, sí, y me acordé de cómo el Tripa y yo le mirábamos huecos a su hermanita Johannes, y a su mamá que también estaba buena. Acordarme de mi cuate el Tripa me dolió. Se había ido para la España esa que queda en las Europas, o sea, lejos como la casa de la pinga, sin despedirse de mí. Me acordé, sí, y aunque a mí el Ruso me tocaba los verocos, al fin y al cabo lo que él era en la calle, yo lo era el doble aquí en el Tiburón, le mandé a decir: *Está bien, a tu muchachito, singón de yumas y de blanquitas, no le va a pasar nada, nadita, no te preocupes... ya sé que está preso por ti.* "El muy tareco", pensé, porque yo sí no cumplo por nadie. Me sé el número del carné de identidad del presidente de Cuba, así que imagínense si le voy a coger miedo a alguien. *Que venga, le mandé a decir, nadie lo va a tocar porque fue mi ambia de la niñez, pero tiene que entrar por el aro para que esto funcione, ¿está claro?*

—Sí, Nacho –dijo el llevaitrae.

—¿"Sí, Nacho", qué? –le pregunté.

—Sí, Nacho el Bemba –dijo y me miró los labios, así con recelo, como si temiera que yo lo fuera a besar.

A mí hay que respetarme.

Llegó al otro día. Más parecía uno de esos deportistas brasileños que juegan en el Real Madrid. Su novia de las Europas lo había surtido de muy buenas cosas. Sonreía de oreja a oreja, era muy alto y estaba fuertecito, un fisicoculturista, acostumbrado a comer carne todos los días

y a romper bollitos nuevos cuando se le antojaba, parecía no darse cuenta que aquí era obligatorio entrar por mi aro, pues sin mí no era nada. Creía merecer respeto. Se reía de la Puerca, bugarrón y todo, un tipo duro que había sido ambia del Gringo, y el Gringo es la única persona que de verdad yo he respetado y respeto. No por lo de sus muertos, al fin al cabo yo he rifado más tipos que él, sino por la manera de mirarte.

Si el Gringo hubiera estado aquí, seguro que íbamos a chocar y a hacer historia, íbamos a dejar una huella para siempre en esta ergástula.

Este Grillo solo era un fantoche del Ruso. Un tipo capaz de cumplir por otro, y eso me caía mal.

Cuando me dijo:

—Voy a inyectarme sida para salir adelante y que me rebajen la condena, y demostrarles a los tipos que soy un pingú.

Le dije:

—Dale, adelanta, que para atrás no hay más pueblo.

No pensé que estuviera tan loco para eso.

Aquí hay para todo, hay quien se inyecta petróleo en una mano para que se le pudra el brazo y lograr vacaciones en el hospital.

Los sidosos venden agujas infectadas, pero solo las compran los que necesitan vengarse y los trastes.

Este chamaquito, el Grillo, no era ningún traste. Tenía una jevita de las Europas y era un protegido del Ruso. Además, lo que tenía echado eran doce años, y ese tiempo pasa rápido; además, seguro le rebajaban la condena. Sabía fajarse. Daba unos piñazos de respeto. Un día coheteé a la Puerca para probar al Grillo, para ver si era un hombrecito o una rata de albañal.

—Puerca –le dije–, si sigues dejando que el Grillo te coja la baja te las vas a tener que ver conmigo aunque hayas sido ambia del Gringo, así que ya sabes…

A la hora de bañarse, nada más entró el Grillo a las duchas, la Puerca le fue para arriba con un tenedor entizado.

—¡Sala'o!

—¡Cuidado, Grillo! –gritó alguien.

Él reaccionó rápido.

Un solo piñazo y a la Puerca hubo que echarle agua en las patas. No la mató porque no quiso. Se conformó con mearle la cara. Claro, la Puerca en el fondo no es nadie, no llega a ser ni siquiera un tarequito, y ahora, con el Gringo muerto, si la Puerca fuera más joven lo ponía a chuparme la pinga, pero ese golpe impresionó. La Puerca pesaba unos ciento treinta kilos y no solo de gordura.

Para mí, el Grillo estaba *crazy*, y extrañaba tanto a la negra Yusimí compartida por el Ruso y él que aunque la europea sobornaba a los guardias para venir a verlo en cada pabellón, no pudo aguantar y un día se dijo: *Tengo que salir de aquí*. Decirse eso va matando poco a poco a un hombre, lo va dejando seco por dentro, sin ánimo, lo convierte en un zombi. *Tengo que salir de aquí*, se dijo, y el único modo que vio fue ese, qué iluso, qué verraco. No pensó que con sida Yusimí no lo iba a mirar ni en pintura. Yo conozco a la Yusimí. La he visto desnuda en fotos y no sé qué le ven. Solo es una negra de ojos claros, sí, muy bien formada, pero flaquita. Esa Yusimí es la verdadera diabla. Hay más gente aquí, en prisión, por ella, que por asaltar a turistas. El primero de todos, la Puerca, perdió el dinero tratando de singársela y se fue en blanco, qué locura. Si un día yo me veo en la calle, es un decir, porque a mí no me dan pases, me tienen como un medio básico de la prisión, voy a ir hasta el tugurio del Ruso, a ver qué tipo de mujer es. También voy a ir a ver la Catedral de los Negros.

Simón Roger Dueñas, recluso:

Yo soy un ejemplo de lo que no se debe ser en la vida, soñadora, por eso acabaron conmigo, por no ser un traganíquel como tanta gente que son como el azadón, para ellos, para ellos nada más, sino que siempre quise compartir ser un mosquetero, un D’Artagñan del Caribe. Desde que

estaba en primaria ya era así. Todo lo daba, desde la merienda hasta los lápices, las libretas, todo, y abusaban de mí. Mis amigos me utilizaban para que yo, como siempre he sido así, pequeño y muy delgado, me colara por la ventana de la dirección a robarme tanto pruebas como expedientes escolares. Me utilizaban. Otra cosa que siempre he tenido es facilidad para el baile, lástima que siempre he sido muy femenino, demasiado para el gusto de los profesores de las escuelas de arte que, aunque la mayoría son tan pájaros como yo, no me aceptaban, al momento decían que me hacía falta virilidad, y como no pude ser bailarín de danza contemporánea, quise ser coreógrafo, pero no tenía memoria, y para ser coreógrafo hace falta tener tanta memoria que es espantoso, me quedaba lelo en las pruebas de coreografía, y no me quedó más remedio que empezar a trabajar de figurante en el único cabaret de Cienfuegos que admitía un espectáculo de travestis, en ese show me conocían como Edith Piaf, no porque me pareciera en algo a la diva francesa, ella era más fea que estate quieto, sino porque siempre tengo la cara triste, aunque sonría parezco triste, y es porque mi papá murió de cáncer siendo yo un niño. En ese cabaret, El Costa Sur, terminé de embarcarme, ¡mira que a los extranjeros les gustan los travestidos!, y más les encantaba yo, que siempre he sido un amante de las buenas maneras, y de la historia, porque esa es mi verdaderísima afición, la historia, y si es la medieval europea mucho más. No habían empezado a desnudarme, y ya yo les estaba hablando de Otón el Gordo, de Pipino el Breve y del gran Canuto I, conquistador danés de las islas británicas. Se quedaban lelos escuchándome. Uno de ellos fue el que me pegó el sida, austriaco por más señas, como Hitler, desde entonces a los germanos no los puedo ver, ojalá que pierdan todos los mundiales de fútbol habidos y por haber. Claro, y pensándolo bien, la culpa fue mía, debí haberle dicho que se pusiera preservativo, eso es de calle. Pero siempre he tenido debilidad por los rubitos, y este con su pelo amarillito brillante y sus ojos azules me fascinó desde que lo vi. “Se parece a Tristán”, me dije a mí misma cuando se bajó del Nissan y se acercó y me saludó en buen español, para luego

preguntarme si deseaba dar una vuelta.

—Por supuesto –le dije y me enganché a su brazo.

Pasamos seis meses de maravilla, me llevó a Soroa, al valle de Viñales, a Baracoa. Yo nunca había estado en esos lugares, la verdad. Era muy celoso e insistió en sacarme del show de travestis, y cuando regresaba a Austria me ponía una criada para que me ayudara, y me vigilara de paso, luego me traía ropa de la mejor, lencería fina y vestidos de clase. No esa mierda que se ponen las putas, no. También me traía libros de historia, uf, monografías sobre Federico Barbarroja, sobre Tomás Aquino, Giotto, Paracelso. Todo eso, libros y vestidos, tuve que venderlo después porque me quedé sin un centavo cuando él empezó a cambiar. Se volvió como todos los hombres, mentiroso. Me contaba una cosa, y luego descubría yo que era otra, y así.

Al final acabó conmigo. Me pegó el sida y me rompió el corazón. Estoy preso por él, porque cuando me enteré de que tenía otra relación en Punta Gorda, una de esas mujerengas que se creen la gran cosa porque sus padres estudiaron medicina, fui a verla y le metí un escándalo y le saqué un cuchillo, y se me fue la mano y le herí una mejilla. Nada le hice, apenas un rasguñito de tres por kilo, y sin embargo me mandaron para acá, para Ariza. Aquí, cuando me hicieron los análisis, me enteré que estaba contagiado, pasé tres meses en la enfermería, y me hubieran dado la libertad pero me compliqué; el afeminado de la cama de al lado, al que yo le había contado de mis amores con el austriaco, resultó ser muy burlón. Cuando terminé de contarle me dijo que yo era solo una puta patética y que todo era mentira, que yo estaba muy fea y flaca para que alguien me quisiera. *Cállate*, le advertí. Pero él siguió y siguió. A la enfermera se le habían quedado unas tijeras sobre la mesita metálica, y a mí se me fue la mano. Cogí las tijeras y se las clavé al maricón en la garganta. La verdad es que me porté mal con él, lo vi agonizar y no hice nada por ayudarlo. Susurraba: *Ayúdame, Edith, ayúdame*, pero yo estaba furioso, tan furioso que ni siquiera le saqué las tijeras, y cuando la enfermera se acercó, el pájaro había fallecido. Entonces me echaron

veinte años, y aquí estoy, de jefe de la galera de los sidosos homosexuales. Aquí nada se mueve sin mi consentimiento, así que cuando el llamado David King, más conocido por el Grillo, necesitó una jeringuilla infectada, vino a verme a mí. Yo estaba sentado en el área común, frente al televisor. Daban un programa educativo sobre la Cruzada del rey Luis el Santo, y a nadie le interesaba, así que solo yo y otro preso estábamos allí.

Me parece que lo estoy viendo, un muchachón enorme, casi un gigante, usando un perfume caro, de esos que apenas se consiguen en Cuba, calzando además unas de esas zapatillas Adidas que cuestan más de cien dólares, y que por tenerlas los pepillos matan. Parecía más un atleta que un presidario.

—Edith, necesito hablar contigo.

—Dime.

—Me hace falta material.

—¿Para?

—¿Cómo que "para"?

—Déjame explicarte algo sobre el sida, pimpollo, el VIH se divide por cepas, las hay más fuertes que son muy peligrosas, otras son débiles, apenas un catarro, esas son las ideales si quieres una larga vida, pero son más difíciles de descubrir. Pueden pasar meses antes de que el laboratorio detecte que estás enfermo. ¿Tú quieres el material para clavárselo a un tipo y vengarte, o para clavártelo a ti mismo y pasar unas vacaciones en la enfermería?

—Para lo segundo.

—Ok, te hace falta una cepa como la mía, que es bastante severa pero se detecta rápido, y si tomas el medicamento con disciplina es como una enfermedad crónica, una diabetes o algo así… son cincuenta dólares y diez cajas de cigarros.

—Está bien, ¿cuándo?

—Mañana, por la tarde, pero luego no te arrepientas.

—No me voy a arrepentir –dijo y se paró del lado mío.

—¿Qué perfume es ese? –le pregunté cuando ya se iba.

—Chanel número 5.

Berta:

Del paso de los Stuart por Cienfuegos solo quedan las ruinas de la catedral, alguna obra primeriza de Johannes y los poemas de Prince. La madre volvió a Camagüey, creo. Ella fue la más inocente en esta historia y la que más perdió. Hace un tiempo estuve a punto de ir a ver a Prince al hospital psiquiátrico. Antes llamé por teléfono.

—Esto no es solo un hospital sino también una penitenciaría... Ese paciente es un asesino peligroso, señora –me dijo la persona que atendió la llamada, luego de identificarse como la doctora Ania Teresa Pereira.

Estuve a punto de preguntarle si Prince había cambiado mucho, si seguía siendo un hombre bello, pero no lo hice. Me limité a darle las gracias y corté la comunicación. Esquizofrenia hebefrenia, se llama la enfermedad de Prince. Lo sé, porque lo leí en una revista digital sobre psiquiatría editada por la Universidad de La Habana, en fin: Prince está loco.

¿Estoy loca yo que hablo con fantasmas y a los treinta y cinco años sigo soñando con encontrar al hombre o a la mujer de mi vida? ¿Estoy loca? No lo sé. Prince creía que sacrificando a sus padres iba a poder salvar de la enfermedad y de la muerte a su hermano David King y actuó en consecuencia. No sé por qué lo hizo, ¿amaba tanto a su hermano, u odiaba a Arturo Stuart y a su esposa hasta el punto de utilizar esto como pretexto? No lo sé, y dudo mucho llegar a saberlo algún día, y más ahora que el Grillo murió y solo queda Prince encerrado para siempre en una clínica psiquiátrica. Por otro lado, ¿importan tanto las razones de las personas? ¿Importa tanto saber por qué somos tan malos, tan despiadados y falta de escrúpulos? No sé si importa tanto, no logro responderme a mí misma.

Cuando pasó, Prince acababa de publicar su primer libro, y en el periódico salió una crónica donde un periodista dado a la retórica lo llamaba *el príncipe de la poesía cienfueguera* y cubana. Recuerdo un agasajo que le tributaron en la Unión de Escritores y Artistas. Llevaba un elegante traje color crema, y nunca como esa noche se me pareció tanto a Michel Jackson antes de haberse blanqueado la piel. A ese ágape me invitaron a última hora. Araceli y yo ya no éramos amantes, por lo que llamé por teléfono a Marcial, el narrador, y estuvo de acuerdo en acompañarme. A la media hora llegó Araceli, vestida completamente de blanco, acompañada de un argentino, estudiante de Medicina. Nos miramos ella y yo con odio, pero nos miramos al fin, y volvimos a mirarnos cuando Prince empezó a leer, pues el poema trataba sin duda de nosotras, fue algo tan emotivo que lo cuento y tengo que secarme los ojos.

—Olvídala –me dijo Marcial, y yo se lo agradecí.

Prince parecía en ese momento tener la vida por delante, y a mí se me antojaba que mi propia vida se acababa, y sin embargo todo resultó tan distinto, pienso ahora, tan jodidamente, fastidiosamente distinto. Por fortuna para mí, que estoy aquí en La Habana, viviendo en un apartamento que no está del todo mal, aunque el muerto me dijo que tengo que mudarme pues pronto se derrumbará, que he ganado premios y he publicado libros que no me dejan satisfecha del todo pero, ¿qué voy a hacer si yo nací en Punta Gotica en un cuartucho enano, y a veces mi madre y yo solo teníamos un aguacate para las dos? *Estoy viva*, me digo por la mañana cuando abro el balcón y miro afuera, a la gente de la Víbora que semejantes a hormiguitas se dirigen al trabajo. *Estoy viva y ya conoceré a alguien*, me digo, pero antes iré a casa de ese jodido Pablo, mayombero de mierda, a quitarle el cráneo de Aramís, para que Aramís pueda elevarse y encuentre la paz tan necesaria. La paz que nos hace falta a todos y sin la cual no hay nada. La paz que no tuvo Prince, que derramó la sangre de su familia, y quizás en otra época le hubiera tocado ser un Rimbaud, un Ulrico de Hutten, un François Villon, pero que en este siglo

veintiuno no es más que un jodido enfermo.

Ya me callo. Me miro en el espejo y hago silencio. He vivido de las palabras y ahora las entrego, ya no son mías, son del aire, son de esa catedral que seguirá ahí en Cienfuegos cuando ya nosotros no estemos, de esa, de la Catedral de los Negros son mis palabras.

Emilio Sánchez Vázquez, director del presidio de Ariza:

Con él se aplicó el protocolo que por legislación y directiva nacional se le aplica a todo recluso que haya resultado positivo en los análisis de VIH. Ese protocolo contempla un traslado al hospitalito de la prisión, que por supuesto tiene un régimen un poco menos severo que Ariza 2, el llamado Tiburón. De allí logró evadirse. No es culpa de nadie, pues su caso no era de los más rigurosos. Con un buen comportamiento hubiera estado en libertad en cinco años más o menos, así que esa evasión confundió a todos. Dicen que la compañera Sira Gómez, una de las enfermeras de guardia la noche de actos, estuvo implicada. Pero lo cierto es que durante las investigaciones no se le logró probar nada, y la compañera pudo reincorporarse a sus labores sin problemas. En el tiempo que el tal David King Stuart Álvarez estuvo recluido en Ariza 2, su comportamiento puede catalogarse de pésimo. Tuvo una trifulca con un recluso de larga estadía y ocasionó varios conatos de riñas tumultuarias por su comportamiento rebelde. Era un elemento incapaz de amoldarse a la disciplina.

Yusimí:

El Grillo vino a verme para decirme que nos fuéramos juntos, pues Luisa, su novia gallega, estaba dispuesta a casarse, y entonces un hermano de ella me iba a poner una carta de invitación para que los tres

llegáramos juntos a Madrid, y allí nos íbamos a instalar, porque los bares de Madrid son los mejores del mundo, como dice Joaquín *el* Sabina en tantas canciones.

—¿Tú estás loco? –le dije yo–. Antón tiene conexiones en España, o es qué tú no lees; si lo hicieras, te darías cuenta del poder de la mafia rusa en el mundo.

—Carajo –dijo él.

—Yo soy una esclava del Ruso –le reiteré, y le volví a enseñar el escorpión que el Ruso nos había tatuado a todas las muchachitas para que no se nos olvidara de quién éramos, y también le dije que el Ruso había prometido sacarme los ojos si lo abandonaba, y a una negra ciega quién la va a querer.

—Yo la voy querer. Además, al Ruso me lo paso por la pinga, ya no es nadie. Fíjate cómo mi padre acabó con él, y si no es por mí, que fui preso en su lugar, ahora estaría en el Tiburón, pasando las de Caín, porque adentro el que manda es Nacho el Bemba, y a ese le importa un comino el Ruso.

—A propósito, ¿qué tú haces aquí en la calle? ¿Te dieron pase?

—Me fugué –respondió él, y yo me levanté de la cama, y así mismo desnuda como estaba le pedí que se fuera, pues no quería buscarme más problemas de los que tenía ya.

—Perdóname –le dije–, pero no vengas aquí más nunca... el Ruso encontró otro mulato pingoletudo y no tiene sentido que nos sigamos viendo.

Él me miró desde la cama con sus ojitos desconcertados de niño al que le quitan el juguete, y a mí me dio lástima, un poco. Reconozco que fui dura con él, pero para sobrevivir en la jungla de asfalto hay que ser de hierro, y ahora no me arrepiento de haberlo tratado así, y más cuando luego me enteré de que se había inyectado el VIH y tuvo el valor de venir a verme, el muy hijo de puta. Me saló la vida, porque a pesar de haberse puesto preservativo, alguna gente cree que yo tengo el sida y me miran mal, y vaya, yo soy de Oriente y no puedo regresar a mi casa así como así.

En Guantánamo la cosa está que trina, y aunque yo tengo algunos ahorritos he gastado mucho en mantener estas cuatro paredes que al fin me permitió tener el Ruso.

Cuando le dije que se fuera, hizo ademán de pegarme pero se contuvo a tiempo. Grande y todo como estaba, si me ponía la mano encima le partía la cabeza. A mí no me pega ni Antón, que fue el hombre que me mantuvo cuando yo llegué aquí con una mano adelante y otra atrás. ¿Así que él, que lo único que hizo desde que nos conocimos fue templar conmigo? Pues lo nuestro fue placer, puro placer y negocios. En realidad, camagüeyanos y orientales no tenemos nada en común. En la Guerra de Independencia, entre las tropas de Carlos *el* Manuel de Céspedes y las de Ignacio *el* Agramonte había más líos que entre los mambises y los españoles.

Cuando se iba, me dijo que si yo no lo quería se iba a poner una soga al cuello.

—Haga lo que quiera, pero recuerde que eso no es de hombre, y que ese tipo de locura lo sufren más las madres que nosotros.

—Dame el libro de mi hermano.

—No –le dije–, tú me lo regalaste –pero después me puse a pensar que no me convenía que me fuera a armar un escándalo, y cogí el librito de poemas y se lo di, y le dije que en definitiva lo estaban vendiendo en la librería y que a mí no me hacían falta sus regalos, y fui y cogí todos los vestidos y los relojes que me había regalado y se los tiré arriba, y él me agarró y me besó en la boca a la fuerza, y no debí permitírselo porque el muy maricón tenía sida, pero yo no lo sabía, aunque ahora concluyo que el VIH es como un catarro, al fin y al cabo es un virus que a veces te coge y a veces no. Me *voy*, dijo después, *hasta nunca*, y salió por esa puerta y hasta el sol de hoy. Lo que he sabido de él lo he sabido por la televisión y por carta. Pues cuando ya estaba en las últimas, en las últimas porque se negó a tomar el medicamento, me escribió una despedida, la cosa más linda que me han escrito en la vida, aún la guardo conmigo y la leo solo si estoy deprimida, pero deprimida de verdad.

Yo no fui al entierro, el Ruso no me dejó, me dijo que no sería apropiado. Me hubiera gustado ir, para que no entrara a la muerte tan solo como había vivido. Yo sé lo que es eso, que en tu entierro no esté la cara de nadie que te haya tenido aunque sea un tantico así de consideración. Dicen que dentro de la caja estaba irreconocible, flaco y maltrecho como el esqueleto de la momia. Lástima de muchacho, pero la vida es así, brutal como el verdadero vodka, no como esa mierda que a veces venden en la *shopping*. Yo quizás vaya a Rusia, eso me prometió el Ruso. *Pero a Rusia*, dije yo, *no a la Ucrania, ni nada parecido*, y Antón *el* Abramovich, que, aunque la policía le clausuró varios negocios, sigue teniendo un baro largo, me dijo:

—No hay problemas, hasta Moscú no paramos, te van a encantar el Kremlin y las noches blancas de San Petersburgo.

—¿Y Margarita y tus hijos? –inquirí, porque yo no soy ningún traste, yo sé respetar a otra mujer.

—Por supuesto que van con nosotros –dijo el Ruso–, pero antes te voy a adoptar para que Margot no se cohetee, y seas una más entre mis otros negritos, además, y esto no me lo vas a negar, quiero que entres a la iglesia ortodoxa.

"Pa'l carajo", pensé, "esta guantanamera, ortodoxa y todo".

El Tripa:

Paseo por las Ramblas, despacio, como si cargara algo muy frágil, y ese algo tan frágil es mi propia vida. Hoy hay una gran gritería, el Real Madrid ha caído de un modo vergonzoso, y viene gente de todas partes tocando el claxon y dando gritos de: *¡Barcelona, Barcelona!* Cuando la Rambla está así, me siento el hombre más solo del mundo. Llego a mi casa y mi mujer me abraza, su piel es blanquita como siempre la quise, y cuando ríe me muestra todos los dientes tan blancos que parecen falsos, pero son verdaderos, y sus ojos son verdes como los de Yusimí, mujer que

nunca probé. No porque le temiera al Ruso, sino porque esa negra tenía el culo fatal, y a mí no me iba a echar a perder la vida. Luego llegan José y Aitana, mis hijos, los jimaguas, y también me abrazan y me llaman *negro*. En Barcelona me gusta que me digan así, siempre que lo digan con cariño, no como en Cuba, donde siempre estaba defendiendo mi condición de mulato. Me gusta saberme aquí en Cataluña, tan lejos de todo aquello, y cuando me da morriña, voy a ver la catedral de Gaudí y me acuerdo de Cienfuegos, del barrio y de los Stuart. Me acuerdo de cómo esos hijos mataron a su propio padre. Sí, me acuerdo, y a veces, cuando estoy de vena, digo: ¡Qué tipos más locos!, y me conformo con pensar cosas así, o a veces pienso que detrás de todo eso tiene que haber una explicación que no llegamos a entender porque el cerebro no nos alcanza. Matar al padre y a la madre para salvar a tu hermano de sida, qué locura. Yo siempre supe que el Grillo odiaba al viejo Arturo, que no había podido perdonarle aquella vez que estuvo a punto de morir de tantos golpes que le dio en la cabeza cuando lo atrapó mirándole hueco a esa perdida de Maribel, que debe estar ya hecha un asco de puro vieja. Pero, ¿el Gelatina? Nunca le hicieron nada. Ni lo tocaron con el pétalo de una rosa. Siempre fue el niño lindo. El mejor vestido de la cuadra. Incluso, cuando el Gringo se fue le dejó la motorina. No lo entiendo. Los otros días aquí, en Barcelona, vi a Guido, el italiano que fue el primer marido de Johannes, y le pregunté. No sé, dijo él, que andaba con una camisa a cuadros y un shortcito, montado en una Harley Davidson alardeando de roquero, con unas jovencitas a las que le doblaba la edad. *No me hables de Cuba y de sus negros, todo eso está muerto para mí*, me dijo, y yo a punto estuve de golpearlo en la boca, pero me contuve. Eso fue por la Diagonal, así que me volví a montar en el carro y apreté el acelerador alejándome lo más posible del tal Guido. La muerte tiene eso. Te atrae como la más perfecta blanca, ya no barcelonesa, sino inglesa. Te atrae y te lleva a donde quiere, y cuando te tiene allí, se ríe. A ellos dos les pasó como a mí, que iba a romper a un hombre por el solo consejo del Gringo. *Rompe a una majasasa vieja, Tripa, hazte de una reputación*, me dijo, y a mí me

bastó, fui a buscar a un individuo en su casa y pretendí que saliera a la calle para acuchillarlo. A mí me bastó. Así que pienso que a ellos les bastó también. La mañana o la tarde que el Grillo fue a ver a Prince para decirle que se había inyectado sida y estaba asustado, y ambos fueron a ver al padrino mayombero de Prince para que los aconsejara, y este les dijo lo que debían hacer: un trabajo que implicara sangre del mayor parentesco posible, esa mañana, ya todo estaba escrito como sobre el hielo, un tipo de escritura imborrable, y hasta si me pongo a pensar estoy seguro de que el padrino nunca pensó que ellos lo hicieran. Les dijo una de esas cosas que se dicen en un agosto de mucho calor cuando quieres descansar y viene alguien a interrumpirte. *Hagan esto*, les dijo el padrino en su tremenda, jodida inocencia, pensando que estaba tratando con adultos, al fin y al cabo los dos sobrepasaban fácilmente el uno ochenta de estatura, pero eran unos niños, unos niños malos como todos nosotros, unos niños sin infancia, hijos de la bronca y de la maldad.

Ibrahim:

Luego todo empezó a nublarse. Ya el templo no era bueno, y todo empezó a nublarse. Dios no lo quería. Dios no deseaba ese templo, y todo empezó a tornarse confuso. Gente buena murió porque Dios no ama la arrogancia humana, lo dice en tantos de sus salmos que si empiezo a citarlos no acabaría nunca. Arturo Stuart murió, y nos disgregamos como solo lo hacen las tribus de Israel, y entonces comprendimos que éramos una tribu, la tribu perdida, y la catedral quedó sola, desafiando el viento, sirviéndole de gigantesco nido a los pájaros. Quedó sola como cohete que nunca despegó, y los negros americanos dejaron de donar dinero, y el Poder Popular de ayudarnos con sus brigadas de la construcción, sus camiones y sus grúas, y durante un tiempo solo quedamos nosotros, evitando que se robaran las piedras, el cemento, la arena, por si llegaba alguna otra señal de Dios y nos decía como continuar.

Mario García Puebla, instructor policial:

Serían las seis y cinco de la mañana. Yo acababa de salir de la guardia. Había tenido que ponerme un cartopril debajo de la lengua pues mi presión andaba por los cielos. Irene, mi mujer, viene y me dice: *Mario, teléfono*. Fui a la sala y tomé el aparato. Entonces oigo una voz que suelta: *Ven para acá que al viejo Stuart lo liquidaron.* Yo pensé que había sido la gente de esa aura tiñosa rubia, el ruso Abramovich. Pero cuando llegué a la Unidad me dijeron que había un testigo. Ese testigo era la esposa del occiso, Carmen Álvarez. Aseguraba que habían sido sus propios hijos, los varones. La hembra estudiaba en La Habana. *Coge para Punta Gotica y haz el levantamiento de la escena del crimen*, me dijo el jefe, y yo fui al pasaje donde los vecinos y los compañeros de religión del muerto estaban soliviantados: querían linchar a cualquiera que les resultara extraño. Nos vimos obligados a solicitar la cooperación de varios policías de infantería para poder despejar el lugar y así concentrarnos en el trabajo. A las 10 a.m. fue que pudimos procesar la escena del crimen.

El occiso estaba en el cuarto matrimonial, desnudo de la cintura para arriba. Tenía una sola herida en el cuello, causada con un arma filo-contundente que al parecer le había interesado la aorta. Después de examinarlo someramente, la temperatura corporal y los depósitos de sangre indicaban que el deceso debió ocurrir entre las tres o las cuatro de la madrugada. Finalmente, le dije al fotógrafo que tirara las fotos de rigor y procedí a levantar el cadáver.

A los muchachos los encontró la brigada de búsqueda y captura muy cerca de la costa, cuando procedían a secuestrar una embarcación con el propósito de abandonar el país. Les ocuparon veinte mil 163 dólares.

El pueblo quería ahorcarlos, así que se hizo necesario solicitar la cooperación del ejército para trasladarlos a la sede del departamento técnico de investigaciones. Desde el principio se reconocieron culpables.

Ania Martínez Sainz, oficial de la PNR:

Ella estaba en un estado de nervios imposible de describir y no era para menos, había sido testigo de cómo sus hijos, las criaturas que ella sacó del vientre, mataban a su propio padre, y la tenían a ella amarrada para matarla también. Yo soy mujer y madre, además de policía, y no quiero ni imaginar que a mí me pase algo parecido. Ella, una mujer fina, bastante bonita, a pesar de la edad, no lograba armar un discurso coherente, aunque se esforzaba. Tenía que interrumpirse para llorar y luego empezaba desde el principio. Su declaración duró casi dos horas. Nos dijo que a eso de las dos de la mañana se había presentado Samuel Prince Stuart Álvarez, su hijo menor, con el otro, el recluso, David King Stuart Álvarez, y que parecían alucinados. Habían dicho que ellos, los padres, necesitaban sacrificarse para redimir a la humanidad y para que a David King Stuart se le quitara el sida, y si eran tan cristianos debían entender. Entonces mataron al padre, Arturo Stuart, sin que él atinara a hacer nada. Sobre todo porque quería mucho a Prince y no podía creer lo que estaba oyendo. *¿Eso te lo metió en la cabeza este?*, fue lo único que pudo preguntar el difunto antes de que Prince le clavara el cuchillo en el cuello, gritando: *¡Muere!*

A ella la amarraron. Escapó porque estaban empastillados. Sin dudas estaban empastillados, y las ligaduras no eran muy duras. Escapó mientras ellos dos hacían los conjuros satánicos alrededor del cuerpo del viejo para que a David King se le quitara el sida.

—No es culpa de ellos –dijo la mujer finalmente–, es que están poseídos por los demonios.

Luego rompió a llorar y no hubo quien la hiciera declarar nada más.

El padrino:

Yo no le dije que matara a nadie, eso es mentira. Yo ni siquiera sabía

que el hermano tenía sida. Solo le dije la forma en que los muertos quitan un mal tan grande como ese, y se lo dije porque él me lo preguntó. Yo no tengo nada que ver con el asesinato. Esa muchachita, la escritora, la tal Berta, vino aquí desde La Habana y me ofendió mucho. Me exigió el cráneo de un tal Aramís, *o si no voy a ver a la policía*, dijo. Yo no tengo el cráneo de nadie, pero tampoco puedo andar sacando cosas de la Nganga, o si no el efumbe se me atraviesa y puede hasta matarme. *Yo soy el padrino de mucha gente, no solo del Gringo o de Prince, ¿qué culpa tengo yo de que estos resultaran criminales? ¿Qué culpa tengo yo?*, le dije.

El verdadero culpable fue el difunto Arturo Stuart, quiso burlar a la naturaleza y a los dioses, y su propio Dios le dio la espalda. No sé por qué vienen a verme a mí. Yo solo le dije a Prince lo mismo que le dije a la policía, y que le diré a cualquiera que me pregunte. *La fórmula para salir de enfermedades terminales es aportar sangre del familiar más cercano, le diré, los orishas la crearon en la oscuridad de los tiempos, ¿quién soy yo para cambiarla?* Eso dije y volveré a decir cada vez que me pregunten.

Araceli:

Pero lo que nunca va a saber Berta es que Prince y yo éramos amantes, que estuve con él en la misma época en que estaba con ella, que a veces yo le decía que tenía que ir a algún lugar y era para verme con Prince, que juntos recorrimos los pocos hoteles baratos de Cienfuegos, y a veces los caros, porque a mí me quedaba algún dinero todavía, y él se lo robaba al padre, no me lo dijo, pero yo sé que se lo robaba al padre, eso no lo sabrá nunca Berta, a no ser que el muerto se lo diga, el pobre Aramís que después de muerto nunca quiso conversar conmigo, como si yo fuera culpable de algo, como si yo le hubiera dicho: *Ve a Cienfuegos y cómprate una moto*, como si olvidara que lo único que yo le pedía a mi pobre guajirito muerto hace ya tanto tiempo era que me salvara de Ferreiro, mi marido, pero así es la vida, desesperante. Yo ya no he escrito

más nada. Cuando me fui de Cienfuegos me agoté, además, me va bien en la tele. *Tienes la cara bonita*, dice la gente, y de tanto oírlo he acabado por creérmelo ahora que comienzo a envejecer y todos los días surge alguien más joven y más bello. Yo no nací para ser tortillera. Nunca volveré a afrontar el hecho de ser la mujer de otra mujer. Yo nací para ser de ellos, ni siquiera de los extranjeros, nací para ser de los hombres cubanos. Quizá sea masoquista y me gusta que me maltraten, pero es así. Mi amante actual es un camionero que viene a verme siempre que vuelve de Santiago de Cuba donde trabaja, y me pega, no muy duro, ni por la cara, pero lo hace. Me gusta que me pegue, pero no muy duro. Me gusta que nadie en la televisión soporte a mi hombre y me pregunten:*¿Araceli, cómo usted, tan fina, pudo ajuntarse con un bruto como ese?* Yo entonces, cuando quiero, los mando a singar al estilo cienfueguero. Creo que en ningún lugar de Cuba se manda a la gente a singar de una manera tan rica, tan inesperada. *Váyanse a singar*, les digo, y ellos entonces comprenden que de fina no tengo nada, que soy de lo más ordinario. Me gusta que lo sepan para que estén preparados. Me gusta que nadie espere algo de mí. *Soy un culo más*, les digo cuando me dicen que alguno de los últimos poemas que escribí salió en determinada antología. *Yo no lo autoricé*, digo, y es porque es Berta, a la que, un día de locura sexual, le regalé todos mis poemas, la que los publica en mi nombre. "Qué loca es", pienso, porque yo no me he leído ninguna de sus novelas y no pienso leerlas en el futuro. No me importan, ni me importaron sus poemas. Lo único que siempre me importó de ella fue ella misma, lo mismo que me importaba de Prince, él mismo. Aunque yo sabía que era malo, peor que la mordida de una puerca, como dicen en mi pueblo. Una vez me orinó la cara y no cuando estábamos singando. Estaba durmiendo y siento un chorro caliente en la mejilla, y era Prince orinándose en mí como si yo fuera un puñetero inodoro. Fue en el hotel Jagua, en una habitación pagada con mi dinero, yo acababa de chupársela para complacerlo, cosa que no era de mi agrado, desde niña siempre he detestado meterme cosas en la boca, y sin embargo, para demostrarme su gran amor, su aprecio,

tuvo que orinarme la cara, y es que él sabía que yo también era amante de Berta y que ella amaba mi rostro, por eso lo hizo, para humillarla. Era malo, repito, si no, no hubiera cometido ese acto horrible cuando tenía un mundo por delante. A estas alturas Prince fuera un Dios de la poesía, lo sé porque aunque ya no escribo, leo mucho. No le importó el futuro porque se odiaba a sí mismo. Es mentira que amara tanto al hermano, ese loco que se inyectó sida en la cárcel para ver a un putón de cuatro centavos como era la tal Yusimí, y luego cuando ella lo rechazó no tuvo el valor para afrontarlo, para decirse a sí mismo: *Soy un sidoso con toda la dignidad del mundo*, y fue a ver al otro para que lo sacara del atoro y, ¿qué hicieron entonces? Apretaron: matar al padre y tener a la madre en remojo para curarse del sida, lo último.

A mí me tienen otro carro asignado y, cuando venda este Fiat polaco de mierda, completaré los dólares para comprarlo. El dinero que tengo ahora me lo han dado varios grupos de salsa y reggaetón para que los promocione en mi programa. He demorado cuatro años, pero ya tengo quince mil dólares. Cualquier día voy a la consignataria y adquiriré un Peugeot o un Audi. No quiero nada de esa mierda china que está inundando el mercado. Quiero un carro elegante y europeo que me rejuvenezca. Cuando lo compre iré a ver a Berta, y si estoy de vena la voy a dejar que me bese, y si sigo estando de vena le voy a permitir que se acueste conmigo y me vuelque encima toda su frustración de novelista, que con tantos libros publicados no le alcanza el dinero, y sigue viviendo en un apartamentico de la Víbora. La voy a dejar que hable, pero cuando me canse de ser el muro de las lamentaciones, le diré: *¿No recuerdas cuando fuiste a verme con tus zapatillitas baratas y tu cara de hambre y los ojos botaos que parecías una loca, para hablarme de los deseos de un muerto? ¿No recuerdas? Siempre fuiste de orilla*, concluiré, a ver si se anima y me da una galleta, que hace tiempo no me pegan duro de verdad. Hasta el camionero me tiene miedo, pues la última vez le dije que si volvía a pegarme le iba a picar el culo. Prince sí golpeaba muy bien. Pegaba a gusto, y como no le gustaba que le dijeran Michael Jackson, yo gritaba:

¡Auxilio, el Michael me está matando!, y él se ponía hecho una furia. Un día nos fuimos para la casa de un tal Edgar, que alquilaba un cuarto en uno de los apartamentos del Boulevard de Cienfuegos, y luego de singar se quedó dormido, y entonces agarré aquel bloc donde guardaba sus poemas y se lo quemé. *Eso por mearme la cara*, le dije cuando despertó. Él no dijo nada. No me aclaró que tenía copias, pero dejó de acostarse conmigo. Fue como si yo me tornara invisible. No me veía, y yo para vengarme de él empecé a acostarme con Héctor, un argentino, estudiante de Medicina, y a la que terminé castigando fue a Berta, porque así hacemos todos, iniciamos una acción y al final nada pasa, todo queda en el aire. Me llamo Araceli, y hace tanto tiempo que no voy a Cabaiguán que me parece que nací en Cienfuegos, lugar al que llegué en realidad teniendo ya dieciocho años y siendo casada con un bruto que regentaba un almacén de víveres, y teniendo un amante, un guajiro jovencito, al que un mulato grande, al que le decían el Gringo, mató de porque sí pues nada le había hecho, un guajirito que quiso comprarse una moto en Cienfuegos y terminó en el vientre de los habitantes de Punta Gorda, esa barriada exclusiva, a la que tan poco íbamos Berta, Prince y yo cuando éramos amantes, y nos decían a ella y a mí *pan con pasta*, y a él y a mí *vainilla y chocolate* porque siempre he sido tan pálida. Yo le decía *corazón malo*.

Le decía:

—Prince, eres un corazón malo y no quieres a nadie.

—Es verdad, no quiero a nadie.

—¿Ni a mí?

—Ni a ti.

—¿Y a tu madre y a tu padre?

—Tampoco.

—¿A tus hermanos?

—Menos que menos.

—¿Y a la poesía?

—La poesía es una mierda que con un poco de suerte me dará para vivir.

—¿Tú crees? Nadie vive de esto.

—Yo sí voy a vivir –decía él.

Y entonces cuando yo me cansaba de jugar, le preguntaba muy en serio, tanto que se me crispaban los músculos de la cara:

—¿Y a Dios, Prince, tú quieres a Dios?

Él solía callar, pero un día me contestó por lo claro: A Dios menos que a nadie. ¿Ya estaba loco en aquel entonces? No lo sé, pero no lo creo, sencillamente, tenía algo de Aquiles, era fatalista y sabía que se iba a embarcar como se embarcó el Gringo, su amigo, su cuate, y quiso embarcarse a lo grande, de ese modo pragmático, loco, que tenía. Fue el hombre más bello con el que me he acostado, aunque eso no es mucho decir porque a mí me gustan los hombres feos. Bellas me gustan las mujeres, como Berta a los quince años cuando la conocí, con su cuello esbelto y ese pelo rizado de mulata enmarcándole la cara, o como Johannes, la pintora famosa que viene a Cuba por primera vez después de veinte años para recibir la Distinción por la Cultura Nacional, qué locura, ¿no estamos locos todos? Seguro que la llevan a mi programa y me ordenan a mí como a un perro: *Entrevístala, Araceli*, claro que lo haré, por eso me pagan y mucho, le soltaré una que otra bobería y luego le preguntaré mirándole a los ojos carmelitas claros: *¿Usted no se acuerda de mí?* Si me dice que no, me daré el gusto de, aunque me expulsen de la televisión, decirle: *Pues yo sí, su familia construyó una catedral en Cienfuegos que es lo más loco que existe, y su hermano, Prince, poeta y asesino por más señas, fue mi amante, quiero que lo sepa*. No me importa que me cierren el programa, al fin y al cabo ya tengo el dinero para el carro, e iré a ver a Berta, y nos iremos juntas, a pasear pero nada más, nunca tendré el valor de volverme a aceptar como la mujer de otra mujer, repito.

Prince:

Entonces quedó todo como un poema inconcluso, como algo que se

apaga y no podemos impedirlo, no podemos, entonces quedó todo. Me están llamando y voy, me dicen: *Prince, lléguese aquí, y yo lo hago, cuéntenos lo que pasó para reírnos, y luego cante como un gallo y diga que usted mató a sus padres para ir a la fiesta de los huérfanos, dígalo, Prince, o le vamos a soltar a los perros de la noche para que vayan a asustarlo, a decirle qué pasó con usted, por qué es tan malo y tan loco, cuéntelo pero desde el principio, háblenos de su hermana Johannes, la que está rica, y de su hermano el Grillo, el singón que cogió sida, háblenos de cuando a un loco como usted se le ocurrió ser poeta, cuéntelo todo, joven Prince, sin que quede nada por decir, o ya verá, usted está loco, ¿lo sabía? Y si no: entérese, usted mató a su padre. Todos una que otra vez queremos matar a nuestros padres, pero usted lo hizo, joven Prince, por eso está aquí hasta que se muera, y nadie quiere saber de usted, nadie, está embarcado, joven Prince, está embarcado, ¿a quién se le ocurre, matar a su madre o a su padre, que es más o menos lo mismo? Su madre escapó porque zafó la soga con que la tenían amarrada, y todo eso para curar de sida a su hermano, ni que lo quisiera tanto, ¿se curó acaso? No, se murió en la cárcel de sida, tuvo esa suerte, no como usted que se las va a pasar aquí hasta el fin y solo después de muerto saldrá por esa puerta, para ser enterrado en una puta tumba, un jodido hueco sin nombre, y así nadie recuerde que usted existió, joven Prince, para que lo olviden por siempre jamás, y en la hora de su muerte, jodido poeta loco, ¿quién le dijo que un negro tenía el derecho a ser poeta? En la hora de su muerte lo va a estar esperando su Dios, joven Prince, ese en el que usted no ha dejado de creer, para vengarse, porque por su culpa la catedral está inconclusa, ¡ay joven Prince! dure bastante, aférrese a la vida bastante porque lo que le espera es mucho, ¡ay joven Prince!, jodido negro loco, si se acuerda de uno de sus poemas, léanoslo, y quizá le demos una ración extra de pan, dicen que su hermano, el otro negro loco, tenía una pinga de espanto, ¿es verdad eso, joven Prince? déjeme ver la suya, déjeme tocársela al menos. Si se deja, le rebajo la ración de pastillas, se lo prometo, déjese.*

Pues no está del todo mal, todos ustedes son así, pingoletudos por gusto, joven Prince, por gusto.

Berta:

Un día las palomas se van a apoderar de la catedral inconclusa, la van a sumergir con sus alas, y cuando ese día llegue voy a estar en Cienfuegos para verlo. Luego pasará el tiempo, yo moriré, y conmigo los que vivieron en esta época, pero quedarán las fotos. Luego morirán las fotos, o morirá todo aquel que podía interpretar lo que era un rostro humano, más adelante aumentará el calor, y Cuba entera quedará bajo las aguas, y con Cuba la catedral, pero después, cuando todo se seque y no haya quedado nada, y los viajeros extraterrestres la encuentren, ¿cómo sabrán que esta catedral nunca llegó a terminarse? Pensarán que un día fue el templo principal de una ciudad de seres felices y que por sus pasillos corrieron los hijos de los feligreses, y al cabo del tiempo, ¿acaso importará que no haya sido así?

SEGUNDA PARTE

Berta:

Debí haberme jugado los cuarenta pesos, pero mi madre dice que mi mayor problema es la indecisión y tiene toda la razón del mundo. Solo me jugué veinte pesos. Estuve a punto de apuntarlos con Chulo, el listero que vive en la cuartería, pero temí que me metiera una línea, así que fui hasta casa de Cacha la Manca y toqué. Salió el marido, un viejo él, que se cree que está lindo.

—¿Qué quiere la belleza? –preguntó.

—Hablar con Cacha.

—Cacha, te buscan –gritó el tipo, y Cacha la Manca apareció arrastrando las chancletas.

—Pero pasa y siéntate, mijita, que no vas a crecer más… Pensaste lo que te dije.

—Sí, Cacha, pero no me interesa.

—Bueno, te lo pierdes… Con ese cuerpazo y esa cara de bobita, tendrás a los yumas babeados detrás de ti.

—Cacha, yo vine a apuntar un número.

—Ahora te dio por el juego. Eso está bien, a ver si progresas… Que da pena el trabajo que tu mamá y tú están pasando, y porque te da la gana, ya yo te dije lo que tienes que hacer.

—Deja a la chiquita en paz, Cacha –dijo el tipo, que se había sentado en uno de los sillones de la sala y desde allí me miraba–. Ella sabrá lo que hace… ¿Verdad, dulzura?

—Cacha, yo quiero apuntarle veinte pesos al ocho.

—¿Al muerto chiquito?… Ese número no sale, mejor apúntale al veinticuatro, está por salir, te lo digo yo, lleva días acercándose.

—No, Cacha, tiene que ser el ocho.

—Ah, ¿sí? ¿Tuviste un sueño acaso? ¿Una revelación?

—No es para mí, es un favor que estoy haciendo.

—Es para tu mamá, seguro que le dio por el trago de nuevo, nadie escapa a su destino.

—Es para Aramís.

—¿Y ese quién pinga es? ¿Tu novio?

—Un amigo.

—Ten cuidado con los amigos con que andas, no vaya a ser de la jugada y yo me vaya a buscar un lío.

—No, Cacha, es un muchacho de la escuela y es como un hermano para mí.

—¿Es blanco?

—Sí.

—Vaya, nos salió blanquera. Ese es tu asunto, por eso no quieres meterte un yuma. Pero para blancos, ellos, mijita; los de aquí son empercudidos.

—Si usted lo dice, Cacha, pero estoy algo apurada… Tengo que estudiar.

—Tengo que estudiar, ni tengo que estudiar, eso no da nada… Dame el dinero.

El Gringo:

—Viste qué fácil, sin tanta muela, sin tanta bobería.

—Es verdad, Ricardo.

—Yo te lo dije, que te iba a encantar, el padrino es el mejor.

Pablo Argüelles Lara, el padrino:

El Gringo me lo trajo, sí, pero ya Zarabanda Siete Rayos me había dicho que venía y que tuviera cuidado, que lo observara mucho, que no

me guiara por las apariencias. Sí, era un muchacho muy bonito. Sí, tenía un cutis sin un grano, sin una marca, era como si le hubieran quitado el papel de celofán hacía muy poco. Yo no le dije mucho, no le hablé de su futuro, ni le dije esto, ni lo otro, ni que le iba a tirar los caracoles, ni nada, ni lo aconsejé, ¿quién soy yo para decirle nada a quien viene para aprender y sin embargo te mira como si ya lo supiera todo, como si te estuviera haciendo la merced de visitarte para que te creas cosas y después lo pongas en una tarja: *Aquí estuvo Samuel Prince Stuart una tarde de mucho calor*?

“Este muchacho no es bueno”, pensé cuando salió, “el Gringo tampoco es bueno, pero no es ni la chancleta del otro, juntos hacen un dúo que se las trae”.

El Tripa:

Yo estaba buscando la forma de hacerme de un nombre, así que me dirigí a casa de Ordóñez, que acababa de salir de la prisión, y le caí a golpes a la puerta. *¿Quién carajo es?*, se oyó una voz gorda desde adentro. La puerta chirrió al abrirse, y la mujer de Ordóñez asomó primero su cabeza llena de rolos, luego su cuerpo a medio cubrir con una gastada bata de casa, y me miró con odio.

—¿Qué te pasa? –dijo.

Yo la miré de arriba abajo porque estaba buena, y se le veían un muslo casi completo y el empezar de las tetas.

—¿Ordóñez está?

—Ordóñez, te busca un chama –dijo ella, y yo pensé: “Chama, pinga; lo que te espera es mucho. Ve preparando el cuerpo porque te vas a quedar viuda, y tú lo único que sabes hacer es singar”.

Aparte de todo, a Ordoñez yo lo tenía atravesado desde hacía mucho. Él tuvo que ver con la muerte de mi primo Luis; él no lo mató pero estaba en la mesa tomando cuando al Luis le dieron la puñalada, todo el mundo

lo decía: *Ordóñez no sirve*, pero le tenían miedo. Yo no le tenía miedo, lo iba a pasar por la chágara.

—Sal –le dije cuando asomó su carota gorda–. Busca un pérfilo cortante y sal.

—¿Para? –dijo él, haciéndose el guilla'o.

—Tú lo sabes.

—Yo no tengo que ir a ningún lado.

—Ordóñez, ¿qué le pasa a este verra contigo? –preguntó la mujer, y luego–: Tú acabaste de salir del tanque, no te busques problemas, Ordóñez, porque ahora sí no te voy a cargar jaba. Ordóñez, págale lo que le debes, Ordóñez, mira, dale algo aunque sea, si es mucho.

—Yo no le debo nada a nadie.

—Sí que me debes –dije–. Luis está muerto.

—Pero yo no lo maté.

—Pero estabas ahí.

—¿Y qué tiene que ver eso? Oye, chama, por favor, sigue tu camino, que yo acabo de salir y quiero estar tranquilo, no me jodas la vida.

—Sí, Tripa, por favor, sigue tu vida, muchachito –dijo ella–. Mira, entra, tómate un jugo de naranja para que refresques, oye, yo te conozco de toda la vida.

—Yo no quiero refresco, ni quiero nada, yo lo que quiero es que esta rata de alcantarilla busque un cuchillo y venga conmigo.

Berta:

Al otro día la Cacha va a verme. *Te sacaste el número*, dice y me da el dinero envuelto en papel de periódico. *Cómprate ropa*, dice. Yo no le cuento que es para ir a Cabaiguán a satisfacer el pedido de un muerto, le doy las gracias y le pido que no se lo cuente a nadie, menos a mi madre, porque va a empezar a pelear y yo no estoy para eso.

—Ay, hija, a quién se lo voy a contar, tú haces con tu vida un barco,

me ofendes.

—Discúlpeme, Cacha.

—Juégate otro número –dijo ella–, aprovecha la racha, que eso no se repite.

—Gracias, pero mi madre me mata si se entera.

Eran dos mil pesos, la mayor cantidad de dinero que yo había visto en mi vida, así que escondí mil quinientos bajo el colchón, guardé lo otro en la mochila y a la mañana siguiente salí para la escuela. *Hasta la tarde*, le dije a mi madre y le di un beso.

—¿Qué te pasa que estás tan cariñosa? –preguntó ella.

—Nada, mamá.

El Gringo:

Ahora hay un negro presidente, eso me dijo Billy Holden con una sonrisa de oreja a oreja, suponiendo que yo debería estar muy alegre. Me lo dijo ayer, cuando me trajo la comida. *Oye, uno de los nuestros es el presidente de América*, me dijo. *Qué bueno*, coincidí yo, aunque en el fondo a mí qué me importa, no me va a indultar por muy prieto que sea. Cuando le digan lo que hice, quizás hasta acelere la ejecución, así que a mí lo mismo.

La Puerca, si estuviera aquí, seguro que estaría muy alegre. La Puerca sigue igual de gil. Yo ya no soy ningún gil; un negro presidente y qué, a quién le importa.

Berta:

Llegar a un pueblo que uno cree chiquito y sin embargo es grande, lleno de casa de placas, de guajiros en motos que pasan aceleradas soltando humo del tubo de escape, y de guajiras que se creen la gran cosa

y miran de arriba abajo tus zapatillas chinas, y luego se miran sus zapatillas Adidas y piensan que eres lo peor. Llegar a ese pueblo luego de un viaje de cuatro horas en un camión abarrotado de gentes y sin apenas ventanillas, y preguntar:

—¿Oiga, usted por casualidad no conoce a una tal Araceli?

No, no la conozco, me decían algunos.

—¿Araceli? ¿Araceli qué? –me dijo al fin una señora ya mayor que andaba con un termo vendiendo café.

—No me sé el apellido, vengo desde Cienfuegos buscándola.

—¿Y qué vende ella?

—Que yo sepa, nada.

—Entonces, si no te sabes el apellido, ni vende nada, mejor vuelve para Cienfuegos, y cuando tengas más datos regresa.

—No, yo no puedo volver aquí, si me voy no regreso.

—Bueno, tú sabrás. ¿Quieres un café?

—No, yo no tomó café.

—Tómatelo, te hará bien.

—Gracias… La Araceli que yo digo es novia o mujer de un tal Aramís.

—Yo conozco un Aramís.

—¿Cómo es?

—Muy blanco él, de pelo negro.

—Ese debe ser.

—A ese Aramís sí lo conozco, y al padre y a los hermanos… ¿Tú estás con él?

—No, señora, es por otra cosa.

—Está con tu hermana, porque él vendió una yunta de bueyes y se fue para Cienfuegos con el pretexto de comprar una moto y más nunca ha virado… Si no se fue para la Yuma, debe estar allá con alguna mulata porque siempre fue fanático a las prietas.

—Yo vine con un encargo de él que debo darle a una tal Araceli. Haga memoria, por favor, debe haber alguna Araceli.

—¿Araceli? ¿Araceli?… La única Araceli que yo conozco es la mujer

de Ferreiro, y no sé qué encargo le puedes dar a ella de parte de Aramís Ramírez… Digo, que yo sepa, Ferreiro y Aramís nunca se han llevado.

—¿Y dónde se le puede ver a ella?

—¿Y cuál es el encargo?

—Es una cosa sin importancia.

—Entonces, dímela.

—Pero me pidió que no se lo dijera a nadie.

—Eres un poco misteriosa para ser tan joven.

—¿Y qué quiere? Los cienfuegueros somos así.

—Buena mierda los cienfuegueros, Santa Clara es mejor.

—Si usted lo dice. ¿Dónde vive la tal Araceli?

—Sigue por esta calle y dobla a la derecha, en la segunda casa… creo que la puerta está pintada de azul.

—Gracias.

—De nada. Ten cuidado, los tipos de aquí son enfermos a las mulatas… como no abundan.

Aramís:

Todo lo que se diga acerca de la muerte es poco, te va anegando segundo a segundo, y entonces cuando menos lo esperas ya estás en ella, te empiezas a dar cuenta cuando todo se te vuelve relativo, alejado de ti, frío y distante, así como suena, frío y distante. Ya yo estoy muerto, que es una forma de decir que ya estoy al otro lado del muro, con un solo resquicio para ver la vida, y esa ventana eres tú, Berta, mi ventana, a través de ella me puedo ver llegando a Cienfuegos en busca de una moto, veo el rostro afiebrado del hombre que me mató, y veo el líquido que lo mata a él entrando a sus venas, y entonces descubro que cualquier venganza es inútil, un mero adelanto, y estoy satisfecho de haber dejado ya atrás mi cuerpo de macho joven todo músculo, mi cara envidiada por los hombres y amada por las mujeres, estoy contento de haberme ido,

Berta, contento; sin embargo, sin embargo, ¿ella está aquí? ¿Dime si está, Berta? Y si está, dile que no puedo olvidarla, que me esfuerzo y la tristeza de no haber estado a su altura me impide elevarme, remontarme a otras regiones que me gustan más. Díselo, Berta, dile: *Araceli, Aramís está aquí a mi lado, él está muerto, pero como si estuviera vivo porque piensa en ti con el mismo dolor de siempre, y que quisiera decirte más, que quisiera contarte acerca del más allá, acerca de la muerte, pero que eso está vedado, está cerrada esa puerta bajo siete sellos, y se ve obligado a callar, pero que si no fuera así ya hablaría*. Díselo, Berta, díselo. ¿Cómo está ella? Se ve bonita.

Sí, está vestida de blanco y lleva unas sandalias preciosas.

Dile entonces que vaya hasta la casa de mi padre, y que debajo del ciruelo que está junto a la puerta hay enterrada una botija con doce anillos de oro; dile que te dé uno a ti, y que lo otro lo guarde para ella, y así pueda dejar al anormal ese que tiene por marido, que ella es muy bonita para él; díselo, Berta, díselo.

No me va a creer.

Díselo.

Está bien.

—¿Cómo dijo? –preguntó la muchacha rubia.

—Dice él que vayas hasta la casa del padre, y que allí bajo el ciruelo...

—Pregúntale quién lo mató.

—Dice que no es importante, que vayas hasta el ciruelo...

—Salga de mi casa –dijo la muchacha rubia y se puso de pie–. Fuera.

El Gringo:

Me van a matar, así como suena, me van a inyectar una mezcla de algo en las venas para que me duerma y no despierte más; y sentados delante de mí, detrás de un cristal, estarán los familiares de las americanas que me eché, estarán mirándome, viendo como me muero poco a poco: *It's show time*. Me van a matar, al menos eso piensan, pero a lo mejor me

vuelvo insecto o pájaro chiquito, me vuelvo zunzún, y escapo por la ventana antes de que me inyecten el primer fluido que es el que duele, el que te pone a dormir, al menos eso dice el gordo prieto de mi guardián, que también dice que si él tuviera la jeta mía nunca se hubiera dedicado a matar mujeres, sino que estuviera muy feliz disfrutando la vida, pero que por desgracia nació con una cara de nutria de mar del carajo y tuvo que dedicarse a esto, a cuidar condenados a muerte, aunque antes jugó fútbol americano pero se lastimó una rodilla. *Usted para lo que sirve es para político, para gobernador del estado*, le digo yo, *ahora que hay un negro presidente, a lo mejor lo nombran*. Pero él: *Na*, dice, *los políticos dicen mucha mentira y yo no estoy para eso, yo lo único que quiero es pagar mis taxes y que Teresa me quiera*. Teresa es su mujer, una negra gorda con cara de buena, que de vez en cuando me manda panqueques y un trozo de asado que parece plástico. “Si estando en Cuba yo hubiera conocido a alguien como Teresa las cosas no hubieran resultado tan torcidas”, me engaño a veces a mí mismo, pero desde que tengo catorce años solo he conocido putas malas, hipócritas, y mujeres despreciativas como la tal Johannes, esa diabla.

Rogelio:

Un templo, algo que en esta época donde todo mengua se atreve a levantarse, a erguirse, a decir: *Estoy aquí a pesar de todo, estoy aquí, mírenme*.

El Tripa:

Lo iba a romper. Cuando lo llamé afuera era para romperlo y que la desgracia me alcanzara, sumergirme en la desgracia y ser un embarca’o de nacimiento, pero él no salió, ni cogió el cuchillo ni nada de eso. Creo

que hasta se orinó en los pantalones. Se limitó a mirarme de detrás de la espalda de su mujer y yo le grité *gallina, maricón* y cuanta cosa me pasó por la mente.

El Gringo:

Yo no quería averiguar qué es lo que le inyectan a uno, pero el tontaina de Billy Holden lo averiguó por mí e incluso me trajo un impreso donde describen, con ese lujo de detalles en que suelen extenderse los americanos, las ventajas del pentotal sódico sobre otras sustancias químicas utilizadas también para la inyección letal. *Pentotal sódico*, susurré varias veces para mí mismo, pero no me sonaba a nada, no era como decir *puñalada* o *machetazo*. Este Holden se las pasa fortaleciendo sus músculos. Debe tener el metabolismo de una rata mojonera, pues se come un pote de los grandes de pollo de Kentucky y a las dos horas ya está hambriento de nuevo. Con uno de esos potes de pollo se puede alimentar una cuartería en Cuba y queda para el día siguiente. El negrón es un jamaliche y yo se lo digo.

—Si caes preso pierdes las nalgas –le digo, y él se ríe porque se ve con unos bíceps que más bien parecen muslos de mujer gorda y cree que con eso basta para ser un tipo duro. Se equivoca. La Puerca también estaba fuerte y no tenía coraje, alardeaba pero en el fondo era un mero conejito, así que luego que aquellos mataperros se fueron, fui a buscarlo y le dije:

—Puerca, de aquí hay que pirarse. Pero a mí me tienen el ojo echado, y el pasaje en lancha para la Yuma son por lo menos diez mil dólares por cabeza. Así que ya sabes, llégate a la Mimbre y tumba un guajiro, pero uno que tenga *money*. Dale, que te voy a estar esperando.

—Yo no tengo sangre para eso.

—Ah, ¿no? ¿Y para qué tú tienes sangre, Puerca de pinga, si se puede saber?

—Para lo otro, para vender la carne.

—Pues mira, vas a tener que empezar a tener sangre, porque esto no da más, ya están detrás de nosotros.

—En qué clase de embarque tú me has metido –dijo la Puerca mirándome con ojos medrosos, y luego me dijo que él no quería irse para la Yuma, que su madre estaba muy viejita y quién la iba a mantener, y que además el frío le daba urticaria.

—Urticaria te va a dar cuando te fusilen. La AKM abre en el pecho unos huecones por donde cabe el puño, y luego te entierran con unas camisitas de cuadro *todos tenemos* para que nadie te vea los huecazos.

—Pero yo no maté a nadie –insistió la Puerca.

—Tanta culpa tiene el que mata la vaca como el que le aguanta la pata –le dije, y él volvió a negar con la cabeza, y yo pensé: "Voy a liquidar a esta puerca inmunda antes de que me eche para alante, la voy a romper, y luego voy a venderles su carne a los mismos puntos de Punta Gorda que se alimentan de guajiros"–. Puerca, te espero mañana a las diez en casa de Tita, allí vamos a hacer el plante, no me falles.

—¿Y si no consigo ningún guajiro?

—Consíguelo, dile que están vendiendo un Chevrolet del '59 con motor diesel.

El Tripa:

Lo iba a romper. Cuando le dije: Sal, era para romperlo, pero algo lo salvó, pensé en esos momentos. "Me salvó a mí", pienso hoy. Ahora yo estaría en la cárcel con Nacho el Bemba y Gordo Gris mirándonos las caras unos a los otros, esperando a ver quién se echaba a quién, y no aquí en la Barcelona esta comiéndome unas blancas que hay que decirles usted, blancas de muslos, no flacas ni canilludas. Yo avancé en la vida gracias a que ese degenerado me decepcionó. "¿Esto es una presidaria vieja? ¿Esto es una majasasa vieja?", pensé al verlo tan asustado por lo que pudiera hacerle un chamaquito como yo, que apenas tenía en aquel

entonces dieciséis años. Ahora aquí en Barcelona los guapos me pasan por al lado y yo no les hago caso, aunque un día, en una boca de metro, un gilipollas me dijo en catalán: *Abajo los negros*, me lo gritó en la cara. Aún recuerdo su pelo en verde y su chaqueta de cuero. Ellos eran tres, pero solo el más gandul habló, los otros dos parecían algo avergonzados. *Este puto árabe no entiende el cristiano*, les dijo a sus amigos al ver que yo no contestaba, pues iba para la pincha. Yo trabajaba de portero en un club de la ciudad y no me convenía ensuciarme el uniforme, así que suspiré e intenté dejársela pasar, pero el del pelo verde volvió a llamarme árabe y negro mono, se acercó y me soltó el aliento en la cara, y esa es una de las cosas que yo no soporto, y a mí el que me busca me encuentra. Les aticé a los tres. Era como si hubiera vuelto a Cienfuegos, les pegué con ganas y luego me saqué la pinga y le meé la cara al del pelo verde, a mí al carajo que fuera catalán y que estuviéramos en la jodida ciudad condal, a mí el que me busca me encuentra. *Estos negros, habría que deportarlos*, dijo una mujer a mis espaldas, pero yo soy ciudadano español, tengo los papeles en regla y estoy casado con Jimena, catalana, y mi suegro es tan tacaño que hasta para comerse una manzana hay que pedírsela.

Berta:

Si yo en ese entonces no me volví loca, ya puedo vivir confiada; no me vuelvo loca más nunca, pues cuando aquella muchacha con su cara de sufrida, de *quétrabajoestoypasando*, me pidió que saliera de su casa, el muerto literalmente me tomó del brazo, y no hay nada peor que ser tocada por un extinto. Cuando un ectoplasma te palpa con sus dedos fríos, no lo sientes en el brazo: lo sientes en el mero corazón, sientes cómo se te apagan los latidos y te quedas lela, justo en el aire.

Dile que estoy aquí, insistió Aramís.

Ya se lo dije, dije yo.

Vuélveselo a decir, dile que la extraño, dile que te crea y que no se preocupe, que su marido ahora fue a casa de Javier y acaban de sacar una botella de ron, y que se demora.

Se lo repetí a la muchacha rubia, y entonces ella me preguntó:

—¿De qué marca es el ron?

Havana Club siete años, dijo el muerto.

—Havana Club siete años –dije yo, y ella se echó a llorar porque era verdad, su marido solo tomaba Havana Club.

—Dile que te diga quién lo mató, pregúntaselo –dijo ella y volvió a dejarse caer en un sillón, muy cerca del cuadro desde el cual un Sagrado Corazón de Jesús nos miraba con dulzura.

Dile que eso no importa, dijo el muerto, dile que eso solo serviría para preocuparla, y que para mí el tiempo no existe ya y que ahora puedo ver cómo la solución letal entra en las venas de mi asesino y cómo se retuerce.

—Pregúntale cómo me voy a morir –dijo entonces ella–, pregúntale hasta cuándo este martirio, hasta cuándo tendré que soportar a ese animal.

Dile que no tenga miedo, dijo él, que vaya hasta donde le dije y coja el oro, y que te dé uno a ti y luego huyan las dos.

¿Yo? ¿Por qué yo?

Es un decir, dijo el muerto, aunque me gustaría que ambas siguieran juntas, a Araceli le gusta la poesía como a ti.

Sí, pero yo tengo mi vida, tengo a mi madre, yo soy de Cienfuegos.

Y vives en una cuartería donde lo más seguro es que alguien te mate y quizá te viole antes.

El Gringo:

Yo tenía una gran cacerola de hierro fundido en la que herví las cabezas hasta verlas perder toda brizna de carne y pellejo. Luego con un martillo rompí en pedazos los cráneos y le pedí permiso a mi padrino

para meterlos en la Nganga, también le llevé una falange de los dedos de cada muerto y dos cachos de huesos de tobillos. Al cráneo de la Puerca yo le tenía pronosticado un destino especial. Salvador la Puerca iba a trabajar para mí. Yo iba a ser el dueño de su cabeza, no hay nada mejor que un muerto cobarde como él, un muerto pendejo te lo avisa todo con antelación. Así que afilé el cuchillo y lo esperé, estaba seguro de que vendría solo pero para mi sorpresa llegó con alguien. Una mujer, una guajira.

—Mira lo que te traje, Gringo –dijo eufórico, asomando su carota de negro que pasa por blanco–. La muchachita quiere un equipo de aire acondicionado, trajo el dinero y todo.

Yo la miré, era bastante joven pero estaba gorda, algo así como hinchada, tenía hasta cara de diabética. "¿No será de la jugada?", pensé, porque ni por la mente me cabía que la Puerca fuera capaz de apalabrear a una dama y traerla aquí, aunque fuera una como esta, a la cual se le notaba lo de guajira en los botines rojos como la sangre, que a la luz de la tarde parecían de piel auténtica.

—¿Cómo está señorita? –dije y le tendí la mano.

—Ahí –dijo ella.

—Oye, sin pena –dijo la Puerca–, que este es mi panga, hablar con él es como hablar conmigo.

Ella entonces con esa cosa cerril, ingenua, que tienen las cubanas, cruzó la pequeña distancia que nos separaba y me dio un beso en la mejilla. "Pobrecita", pensé, y, "si no me hiciera tanta falta el dinero para escaparme la dejaba pasar", pero el baro me hacía falta, y la Puerca, el otro candidato a muerto, no tenía un centavo en los bolsillos, así que la candidata perfecta a cadáver era ella, no había más remedio.

—Siéntese sin pena; y siéntate tú también, tarugo, que no vas a crecer más. ¿Cómo te llamas, muñeca?

—Amarilis.

—Qué nombre más bonito... Yo soy Ricardo Mora, aquí para servirte.

—Yo lo conozco a usted de algún lado, ¿usted por casualidad no es

artista?

—Este no canta ni en la ducha –metió la cuchareta la jodida Puerca.

—No, mi cielo, yo estudié ingeniería civil y me dedico a atender a las chicas lindas como tú.

—Ingeniero, qué nivel –dijo ella, y pareció relajarse y hasta descruzó las piernas.

—¿Y tú a qué te dedicas?

—No, yo soy ama de casa… Mi marido tiene siembra de tabaco, en Chamba.

—Chamba, Ciego de Ávila –dijo la Puerca eufórico, y abrió unos ojotes que parecían írsele a salir.

—Claro –dije yo–. Chamba, Ciego de Ávila, no va a ser Chamba Remanga la Puerca.

—Ay, qué gracioso –dijo ella y me miró con sus ojos carmelitas de gordita que no estaría del todo mal cuando uno la despojara de ese pantalón a la cadera y de esa blusa demasiada estrecha que no tenían nada que ver con su cuerpo.

—¿Quieres una cerveza? –le pregunté–. Tarugo, abre el refrigerador y saca un lager para cada uno.

—Entonces usted está vendiendo un aire –dijo ella–. ¿De los grandes?

—Enorme, LG con control remoto y todo.

—¿Es blanco?

—Como un coco.

—¿Y cuánto pide por él?

—Bueno, este me costó setecientos CUC, por menos de seiscientos cincuenta no lo puedo dar.

Berta:

Me dijo: *Dale, Berta, vayan a buscar el oro, no se me demoren más que el tipo está al regresar, dile a Araceli que no recoja, que en definitiva en*

Cienfuegos venden mejores ropas.

—Pero yo no puedo irme así como así, imagínate, tengo que hablar antes con mi marido. Seguro que si me voy, llama a la policía, y son capaces de irme a buscar y traerme de vuelta, usted no sabe cómo son los guajiros de aquí.

Déjale una nota, me dijo el muerto que le dijera, y yo se lo dije y ella buscó papel y lápiz.

—¿Qué le pongo? –preguntó después.

—Ponle cualquier cosa –dije yo, pero Aramís dijo: *Ponle: Ya no te quiero, Alcibíades Ferreiro, lo nuestro se acabó porque eres un hombre muy violento para mí y nunca vas a entender a una mujer sensible como yo, que ama el arte y la poesía. Adiós, Alcibíades, no me busques.*

—Si le pongo algo así, sí me va a buscar y con un machete, y entonces vamos a ser dos los muertos –dijo ella, y poniendo el lápiz en la mesa rompió a llorar.

No hay tiempo para llorar, dijo el muerto, haz lo que te digo, él no te va a buscar porque está enamorado de Elisa.

Se lo dije.

—¿Elisa, esa puta? –dijo ella, pero entonces le dio coraje y volvió a tomar el lápiz.

Terminada la carta, la muchacha cogió la libreta donde estaban sus mejores poemas, sus ajustadores y sus blúmeres más nuevos, un *jean* sin estrenar, tres blusas y la foto de su madre muerta hacía muy poco, y lo echó todo en una mochila.

—Espérame aquí –dijo luego; fue a la casa de al lado, pidió prestados un pico y una pala, y fuimos a buscar el oro.

Estaba donde nos dijo el muerto, una botija dentro de la cual había una vieja bolsa de lona con doce anillos de oro.

Nos largamos en taxi para Cienfuegos y por el camino nos hicimos amigas. Teníamos tantas cosas en común que era increíble. Ella acababa de cumplir diecisiete años, por lo que era bastante mayor que yo; sin embargo, comparada conmigo era una niña, aguantaba la mochila donde

guardamos el oro contra el regazo, y yo le decía: *Relájate, Araceli, relájate*.

—¿Tú no eres la mujer de Ferreiro? –le había preguntado el chofer cuando llegamos a la casa, frente a la cual había parado un Cubataxi de esos que solo cobran en divisas.

—Lo dejé.

—Ferreiro te va a matar.

—Ferreiro es un punto –dijo Araceli, que todavía estaba lanzada, llena de coraje–. Si lo ves, dile que digo yo que lleve a Elisa para la casa, y que a partir de ahora sea ella la que le lave la ropa y la que le cure la maldita úlcera de su maldito pie de diabético descuidado de mierda.

—Se lo diré –dijo el taxista con un suspiro, y luego, rascándose una tetilla que asomaba de su camisa abierta, preguntó–. ¿Y esta quién es?

—Mi amante –dijo Araceli, y el taxista se puso muy serio y dijo que ya no estaba en horario de trabajo y que no podía llevarnos, y que lo sentía pero tenía que decírselo a Ferreiro. Entonces–: ¿Cuánto hasta Cienfuegos? –preguntó Araceli.

—Son cincuenta dólares, pero si me das cien CUC por encima, las dejo en la puerta de la casa, y si es un hotel las subo una a una hasta la habitación y les canto la marcha nupcial.

—No hace falta tanto –dijo ella y sacó el dinero, incluyendo diez dólares de más que le dio al taxista para que mantuviera la boca cerrada.

Rogelio el arquitecto:

Un día alguien empezó a decirlo, y cuando intentamos pararlo ya era demasiado tarde, el rumor crecía más rápido aun que el edificio, nos desbordaba. El ambiente se tornó favorable a nosotros, de pronto de todos los lugares de Cuba arribaban las donaciones, y donde yo había planificado granito pudimos colocar mármol. Además, la burocracia se tornó extrañamente permisiva y nos concedía uno tras otro los permisos como si hubiera decidido de pronto, así no más, ser benévola con la

congregación del Santo Sacramento. Arturo opinaba que era sencillamente el soplo de Dios que flotaba a nuestro favor, yo siempre supe que era algo más, y un día mi esposa me lo confirmó. *Todo el mundo está diciendo*, me dijo, *que en Cienfuegos se construye la Catedral de los Negros*. Me quedé lelo escuchándola. Tuve que sentarme. Ella me sirvió un vaso de agua, y entonces entendí por qué tantos se habían vuelto comprensivos y hasta cómplices, por qué esa multitud de vecinos colaboraba con nosotros, por qué el templo mismo tendía a desbordársenos, a hacérsenos más grande, hasta parecer que era un edifico esquizofrénico; por qué yo mismo rebasaba lo planificado, achacándoselo a la arribazón del dinero, y donde había un intercolumnio de cinco metros ahora yo pretendía que fuera de diez. Lo comprendí todo. Comprendí que el templo estaba maldito, corrupto, que era un canto no al mero concepto de las personas con mucha melanina en la piel, sino que se llamaba la Catedral de los Negros por aquellos que tienen odio en el corazón, y nada pudo hacerme desistir de esa certeza. Así que le hice las últimas modificaciones a las decenas de planos y fui a ver a Arturo Stuart. *Hasta aquí llegué*, le dije y le entregué los dibujos. Búsquense a otro, le dije. Toda la familia estaba presente, Johannes sentada a la mesa de la sala realizaba el boceto de un caballo, y la madre y los dos varones miraban televisión. Arturo Stuart no se inmutó. *¿Quieres más dinero?*, me preguntó allí mismo delante de su familia, como si yo fuera un maldito comerciante.

—No es el dinero –le dije.

—¿Y entonces?

Me pareció tan irracional soltarle que el templo estaba maldito, que erigíamos la catedral del mal, que aquel ángel que me había sugerido en sueños la forma no era más que un ángel maldito, que tuve que decirle:

—Tengo mis razones, pero prefiero no hacerlas públicas, en definitiva ya ustedes no necesitan tanto a un arquitecto como a un ingeniero civil, alguien que logre darle terminación cabal a esta loca fábrica en la que se tornó un templo que antes habíamos imaginado mesurado, racional, casi

como una vuelta a los principios de Le Corbusier... Pero, por desgracia, el templo está enfermo, y yo no tengo la medicina para curarlo, y tampoco soy Gaudí para continuar con este arrebato, yo tengo que salvarme a mí mismo.

“Tengo que salvarme a mí mismo”, le reafirmé, y ahora todo eso me parece un poco loco. Uno, cuando está en plan de decir lo que piensa, suelta cada cosas que lo dejan frío; la única posibilidad de entrar en la celebridad, de ser recordado, comprendo ahora, era ese edificio, y la deseché, renuncié a ella como si no me importara.

Yo estaba algo loco entonces, comprendo, demasiadas noches sin dormir, demasiado café, demasiadas exigencias y hasta demasiado dinero para un edificio que crecía, que se derramaba, que ya a medio hacer era más grande que la misma catedral católica de Cienfuegos, aquella que desde el parque Martí parecía mirarnos con recelo.

Ibrahim:

A despegar como hacen los aviones empezó el templo, a volverse aliado del aire, dueño de los vientos. *Estamos haciendo un libro, esto es un libro en piedra*, nos decía Arturo Stuart, y uno lo miraba a los ojos y podía creer lo que estaba diciendo porque en realidad edificábamos un libro sacro. La catedral crecía y con ella nuestra ansia de amor, de emular con los verdaderos cristianos, estábamos edificando el templo del final de los tiempos, la nueva Jerusalén empezaba a erigirse ahora en Cienfuegos, sentíamos que nada podía detenernos, íbamos al trabajo cantando, nosotros los humildes dejamos de ser humildes o nos tornamos más humildes, y nada podía detenernos. Estamos haciendo un libro, nos dijo Arturo Stuart y nos habló de las catedrales góticas erigidas en épocas de catolicismo, pero que en definitiva eran un canto a Dios, nos habló de que algo así sería nuestra iglesia, un verdadero canto a Dios, y cuando lo dijo todos nos pusimos de pie en alabanza.

—Ese templo no tiene pies ni cabeza –me dijo mi esposa cuando se lo conté–. Uno no puede empezar a freír un pescado y a mitad de la comida rezar para que se vuelva pollo. ¿Pescado o pollo? Una de las dos cosas... Al principio empezaron a hacer algo humilde para que la congregación tuviera donde reunirse, ahora ya no es así, ahora quieren asombrar a Cienfuegos y con la ciudad al mundo. Las autoridades no van a permitirlo, eso juégatelo.

Mi esposa es algo descreída, llevo casado con ella veinte años y es mi cruz, no he conseguido que arregle sus asuntos con Cristo, la respeto porque es la madre de mis hijos y se preocupa mucho por mí, pero debería tener cuidado con lo que dice.

—Mira lo flaco que estás –continuó–. Llevas casi seis años enredado en la construcción de esa iglesia, ni que fuera una microbrigada y nos fueran a dar casa, y aquí no hay manteca, ni hay nada, y Elsa no tiene zapatos, la estoy enviando a la escuela con las sandalias de salir y ya yo no puedo más... Me cago en la hora en que te dio por Jehová.

—Por Iahveh –le dije, porque Iahveh es el verdadero nombre de Dios, y aproveché para instruirla–. Un día te acercarás a Cristo y entonces vas a ver que todo sacrificio fue útil, que nada fue en vano, ese día llegará.

—¿Y por qué no te dio por la lotería? –dijo ella–. Hubiera sido mejor que fueras listero, así no faltaba ni un centavo en esta casa. No sé qué voy a hacer, la verdad, no lo sé, van a reducir la plantilla y yo estoy en el uno, casi estoy en la calle y vaya... Dile a Stuart que te suelte algo, que te pague. Bastantes dólares le entran a la iglesita esa para que tú sigas trabajando de gratis. Tú pasando trabajo, y ellos viviendo como Carmelina... ¿Hasta cuándo, árabe?

—Cállate, mujer.

El Gringo:

Cuando llegué a Portland casi no había latinos y cubanos menos que

menos, así que desde el principio pensaron que yo era un negro yuma. Tuve que empezar a hablar el idioma de los blacks, no el inglés de los *whites* que a todo le ponen el do delante. Ningún negro dice: *Do you want to drink?*, como me enseñaron en la escuela de Miami. Sueltan: *Yuguandrink*? y sanseacabó, y si se te ocurre hablar de otro modo creen que te estás haciendo el fino, que eres un maldito universitario o algo así. A mí, el que me embulló a salir pitando para Portland fue mi hermano. Cuando me lo encontré en la Pequeña Habana, me llevó para su apartamentico y luego de soltarme varias cervezas y regalarme cien dólares y dos mudas de ropa, me dijo que estaba como repartidor de pizzas a domicilio y que le iba bien. A mí aquello me dio risa.

—Venir de tan lejos a repartir pizzas –le dije–, eso no se lo cree nadie. Yo vine aquí a triunfar.

—Pues no hay trabajo, y los taxes me están llevando a la mierda, aquí se paga impuesto por todo.

—¿Y por qué no te metes a mafioso?

—Estás viendo demasiadas películas. Aquí impera la ley. Aquí, para traficar con drogas o inventar tienes que tener conexiones, eso no es así como así. Oye, no estamos en Cienfuegos, asómate a la ventana para que veas los rascacielos. Aquí no se puede ni andar a pie, si no tienes carro estás más embarcado que estate quieto, imagínate… ¿Mafioso? No me hagas reír.

—Pues yo vine aquí a prosperar, para andar de merolico de casa en casa me hubiera quedado en Cuba.

Desde el otro sillón la mujer de mi hermano, una mulatica con cara de oriental pero que luego resultó ser salvadoreña, me miraba, loquita, ansiosa de que yo me fuera y no le pervirtiera más a su hombre.

—¿Y la gente del barrio como están? –me preguntó él.

—¿Cómo van a estar? En el quieto, imagínate –le dije y me di un buche largo–. Al último que vi fue a la Puerca, él quería venir pero se puso a tomar y perdió parte del baro en el bar del Ruso con una puta nueva, una tal Yusimí.

—¿Yusimí Cabrera?

—No sé, Yusimí algo.

—¿Una mora ella de ojos verdes?

—Equelecuá.

—Vaya, Salvador sigue siendo un traste, pero quizá fue mejor que se quedara allá. Aquí hay que trabajar mucho y no deberle nada al Estado, esto no es como Cuba.

—Esto es peor –le dije–. En Hialeah unos puertorriqueños se me acercaron a venderme drogas.

—Es la ropa que te pones –dijo mi hermano y me miró con reproche–. Te has gastado casi todo el dinero que trajiste de Cuba en el corte inglés. Además, esos boricuas tienen conexiones, aquí nada se hace sin conexiones.

—¿Cómo voy a prosperar hecho un adefesio? –le pregunté a mi hermano y miré a la salvadoreña que, aunque no tenía un cuerpazo, no era del todo fea–. Para seguir vistiendo pulovitos baratos me hubiera quedado en Cuba.

—Tú no cabes en Miami, lo tuyo es Chicago, Nueva York o algo así –me dijo mi hermano, y yo me di otro trago, y él me habló de Portland, me dijo que él había ido de vacaciones y le había gustado, pero el aroma de las flores le daba alergia; además, hacía frío de verdad, un frío ártico, de esos que pelan hasta las orejas, y el cielo era gris, y había que andar con una trapera arriba del carajo para no congelarse–. Los negros que viven allí comienzan a ponerse pálidos –dijo–, y cuando van a Cuba casi pasan por blancos.

—Lo que sí hay es mucho trabajo –metió la cuchareta la salvadoreña, y yo les dije a ambos que lo pensaría.

—Aprovecha el verano –dijo él, y entonces le dije que sí, que iba a montar avión por primera vez en mi vida, y al mes ya estaba primero en Seattle y luego en Portland.

En Portland conocí a mi primera americana, se llamaba Elsa Pound y padecía de diabetes, por tanto iba a las groceries a comprar galletas y

coca-colas sin azúcar. En una de esas tiendas me vio cuando yo estaba a punto de regresar a Miami, y fue como si me comprara. Me habló, y yo la entendí de lo mejor pues platicaba un inglés correcto, parecido al de las películas. Ya yo tenía experiencia en trabajar mujeres de ese tipo, gorditas creídas, universitarias: en Cuba había tenido una cuarentona que trabajaba de funcionaria de vivienda y se creía de lo más selecto porque podía tumbarle la casa a cualquier infeliz. Yo le daba pinga por los cuatro costados con tal de quedarme en su apartamento y salir un tiempo del barrio, pues la policía me estaba buscando por sacrificio ilegal de ganado mayor, como dicen ellos.

Hablando de ganado, mi primer muerto, Aramís, vino a verme de parte del padrino, pues sigue en la Nganga trabajando para él y, aunque es un muerto esclavo, se cree la gran cosa. A mí me dio un poco de risa. Le dije: *¿Guajiro, quieres que te venda una moto?*, y él no dijo nada, se sonrió, como sabe que yo pronto estaré muerto también. *Pero al menos no me van a meter en la cazuela de nadie*, le dije. El otro, el que quería el televisor de plasma, ese sí no ha venido a verme, se nota que mi padrino lo quiere para algún trabajo especial. A mí la que me embarcó fue la muerta que me traje de Cuba, no debí hacerle caso a la Puerca, debí perdonar a la gordita, pero ella estaba tan ansiosa de comprarse su aire acondicionado que cuando empecé a recular y a ponerle peros: *A lo mejor no te conviene porque estos aparatos salen malos y a mí hay que darme el dinero ahora mismo, y además no doy garantía de ningún tipo*, ella se levantó de la silla, me cogió primero del brazo, y luego abrió su cartera y me mostró su dinero.

—Mire, aquí está todo –dijo.

“A mí no hay quien me muestre tanta plata así como si yo fuera una mansa paloma”, pensé en cuanto le di el navajazo en el cuello. Al momento se ahogó con su propia sangre y cayó como un pollito. Tenía una piel suave como acabadita de fabricar. Se notaba que esa guajira se bañaba con jabón especial y luego se embadurnaba toda de crema. Olía bien, a un perfume suave, nada escandaloso. La Puerca me ayudó a

desnudarla, contemplándola con unos ojos como platos, pensando que yo iba a dejar que se la singara, pero le dije:

—Nada de eso, aquí para singar hay que hacer bien el trabajo, y quién pinga te dijo que trajeras una mujer, ¿eh, Puerca de los cojones?

—Pero la mataste.

—No me quedó más remedio –dije, y entonces noté que se me había parado mirando a la muerta, carne de gordita, piel de gordita. Nunca podría amar a una blanca de estas, de las gorditas, mi ideal era Johannes, una negra atlética, airosa como una princesa, pero Johannes no me quería, y esta Amarilis tenía su cosa. Así que le dije a la Puerca que fuera a buscar los apreparos. Cuando me quedé solo, con un trapo le limpié la sangre a la guajira y luego me la singué. No debí hacerlo: una cosa es que te maten y vendan tu carne por necesidad, y otra muy distinta es que también abusen de tus restos mortales. *Demórate*, le había dicho a la Puerca, y cuando regresó ya yo la estaba haciendo bistecs.

Esa muerta me echó a perder, nunca debí traerme nada de ella para el Norte, debí habérsela dado a mi padrino o haberla dejado tranquila en Cienfuegos, pero entonces yo no conocía de los afanes de venganza de los muertos, creía que solo eran esclavos.

La Puerca se salvó en tablitas porque me lo iba a echar, no porque tuviera algo contra él sino para no dejar cabos sueltos. La Puerca si hubiera sido un muerto útil, fino, de altura, me hubiera avisado, me hubiera dicho que no me detuviera en Dalhart, y yo no habría caído tan de gil, aquella tarde cuando me atraparon. *Texas, el estado de los hombres valientes*. Que se vaya a la mierda Texas con sus hierbas, sus caballos, sus hombres valientes, y todo este país con su negro presidente.

El Tripa:

A veces me da por caminar por las Ramblas y sin darme cuenta voy dejando atrás cuadra tras cuadra, y cuando vengo a ver me he alejado

muchísimo de casa, me siento entonces en un pequeño bar llamado Monserrate y pido un cubalibre que nunca sabe igual a los de Cienfuegos. El dueño del bar es un chileno, se llama Agustín y admira al general Pinochet, cuando le da por eso hay que mandarlo a callar. *Cubano*, me dice, a *ustedes les hace falta un Pinocho para que los meta en cintura*. Yo no digo nada, me limito a observarlo y pienso que en otra época cruzaría la barra e iría a darle un sopapo por fresco, pues así era yo, siempre buscando a quien romper. A veces me acuerdo de los hermanos Stuart y, para que veas, me hubiera gustado conocer mejor a Prince, quizá nos hubiéramos llevado bien, pero allá uno es muy prejuicioso, uno cree que las cosas solo pueden ser de un modo determinado, y cuando se salen del molde nos asustan.

Al tal Prince le dio, luego de que el Gringo la cogió para el norte, por la literatura, lo más raro del mundo, de pronto se volvió poeta o quiso volverse poeta, porque el que nace para tamal del cielo le caen las hojas, y él había nacido para malo, para perverso. Bertica, Araceli y él iban juntos al taller literario de un peluito, que a veces pasaba por el bar del Ruso a darse unos tragos y a ver las ninfas mover las tetas de aquí para allá. Lo sé porque el Ruso, Antón Abramovich por más señas, fue el que me dio trabajo cuando me botaron de mi casa por no ir a la escuela o a trabajar. Yo me estaba quedando en lo de Nacho el Bemba, mi panga preso, y fui hasta la oficina de Abramovich y le pedí un trabajo, y me dijo que no había problemas, y al otro día empecé primero en lo suave. Luego llegué a cobrar apuestas de peleas de perros y tuve que romperle los huesos a más de uno, entre ellos a Salvador la Puerca que debía dos mil pesos. Fui a verlo a ese sitio cochambroso que llamaba su cuarto, y cuando le metí el primer sopapo y lo tiré al piso me dijo que si el Gringo estuviera aquí yo no tendría el valor para hacer esto. *Al Gringo me lo paso yo por la pinga*, le susurré bajito, y luego le di unas cuantas patadas en las costillas, me saqué la pinga y le meé la cara. Yo para ese entonces estaba mulo, medía ya un metro noventa de estatura y, aunque era algo flaco, estaba superfibroso, hubiera sido el más alto del barrio de no ser por el Grillo.

El Grillo casi medía dos metros y tenía una pinga de espanto, todo el mundo lo sabía en el barrio.

El Ruso, buscando expandir sus negocios, un día me llama y me dice:

—Oye, Yohandris, quiero organizar un espectáculo porno solo para turistas. Ya tengo a las chicas, pero me hace falta un chamacón que tenga buena figura, que sea alto y que se mande mal.

—¿Qué se mande mal?

—Sí, que sea penoso, pero penoso de verdad –dijo el Ruso, haciéndome un gesto de lo más elocuente.

Fui a ver al Grillo que, como siempre, estaba en babia cogiendo pescozones de parte del padre y trabajando en esa catedral que no parecía tener fin, y le dije: *Oye, chavo*.

—¿Qué hubo?

—¿Quieres ganarte unos billetes? Pero unos billetes de verdad.

—¿Y qué tengo que hacer? Porque para romper cabezas no tengo vocación.

—No te preocupes que lo tuyo es fácil, lo único que tienes que hacer es singar.

—¿Singar? ¿Por el culo? Na', no cuentes conmigo.

—¿Cómo por el culo, Grillo? ¿Tú me ves cara a mí de bugarrón o qué? Singarse unas chamas que están de lo más buenas, blancas de lo mejor, rubias, lindas, mulatas como te gustan a ti… Incluso Yusimí, la negra de ojos verdes.

—¿Yusimí la linda? ¿Ella no está enferma de los riñones?

—Ya la operaron, creo; además, a ti qué te importa, lo que tienes es que alegrarte, que vas a dejar de hacerte pajas y vas a ser el chama más admirado de toda esta mierda, se te va a gastar el tolete de tanto singar.

—Eso es pecado.

—Pecado mierda, chama. Miras hueco, te haces pajas, rascabuchas en la guagua… Un pecadito más no hace nada.

—Sí, pero esos son pecados venales, esto otro que me pides sí es de ampanga, Tripa, es poner en juego la salud de mi alma inmortal.

—Al tolete tu alma. Yo ni alma tengo, y mira qué bien estoy, con ropa de lo mejor y un harén de blancas atrás. Tú sigues de colegial y comiendo de la que pica el pollo. ¿Hasta cuándo, Grillo?

—Es verdad –dijo él, y entonces lo llevé para el bar, y cuando vio las muchachas de cerca y olió ese perfume que al Ruso le traían del mero París y que ellas se echaban como si fuera agua, al muy tarugo se le paró el tolete y ellas se dieron cuenta, y creo que le cogieron un poco de miedo, todas menos Yusimí, la negra aindiada que de verdad que se creía una pantera, pues, a pesar de ser la favorita del Ruso, va y le dice:

—Sácatela, que queremos vértela.

El Gringo:

Le di lo que le tocaba y le dije muy serio:

—Oye, Salvador, yo voy a ir a Sagua a planificar lo del viaje. Tú, sigue en lo mismo para que nadie sospeche, pero no te des ni un trago, y si preguntan por mí, diles que estoy en un retiro espiritual debido a mi fe cristiana.

—Ok –dijo la Puerca–, no hay talla. ¿Cuándo vienes?

—Pronto.

Llegué a La Habana y fui a ver a Osiris, mi primo, y le dije que me buscara a un punto, de esos que tienen conexiones con el manejo de lanchas rápidas, pues se me hacía urgente salir del país.

—¿Tú sabes cuánto cuesta eso? –me preguntó Osiris–. Diez mil maracas. No me digas que tú tienes todo ese dinero pues no te lo voy a creer.

—Yo no, pero mi hermano sí –le dije, y luego él me especificó que conocía a un sujeto, el cual podía llevarme a México, pero que ni pensara en meterle una línea porque esa gente no entendía; que yo en Cienfuegos podía ser un nombrado, pero que a la mafia mexicana no le llegaba ni a la chancleta. *Está bien*, le dije, y le solté ahí mismo cincuenta CUC por

hacerme ese favor y luego le di la dirección de Ana Lidia, mi noviecita de Centro Habana. A los tres días, Osiris va a verme.

—Todo está listo, mañana a las dos de la madrugada debes estar en un sitio de la costa, cerca de Santa María, y trata de llegar a la hora convenida porque no te van a esperar. Ellos van a encender dos veces las luces, entonces te tiras al agua y nadas hasta la cigarreta. ¿Está claro?

—Clarísimo.

—Oye, panga, los de la cigarreta exigen algún baro adelantado para comprobar que tus intenciones son serias y no van a verse obligados a mandarle tus lindos deditos a tu hermano en Miami para que suelte el *money*, como ha pasado otras veces.

Le di doscientos dólares.

—¿Cuántos son? –le pregunté.

—Tres, ¿pero eso por qué te preocupa?

—Por nada, primo, por nada –le dije, y luego para bajearlo más agregué–: No vaya a ser que se les ocurra tirarme al agua.

—No te preocupes, son gente seria y no van a arriesgar su negocio por diez mil cochinos dólares. Además, tienes suerte, en este viaje vas tú solo como pasajero, así que vas a tener todo el camarote para ti.

—¿Y eso?

—No me lo explicaron, pero debe ser que alguien falló.

—Qué suerte –dije con un suspiro.

—Así mismo –dijo Osiris, y luego preguntó si me llevaba a la jevita, pues le había echado una mirada a Ana Lidia en una de sus actuaciones en el cabaret, lugar donde precisamente estaba en ese momento.

—¿De dónde carajo voy a sacar diez mil dólares más? –le dije–. Si quieres, le escribo desde allá una carta hablándole de ti.

—No, mejor no –dijo él.

Cuando se fue, abrí la mochila, saqué la pistola, la desarmé, la engrasé y comprobé su buen estado técnico.

Lo que sé de armas de fuego lo aprendí antes de dedicarme a la mala vida, cuando fui soldado de tropas especiales, también me enseñaron a

utilizar todo tipo de artefactos cortantes, bayonetas, navajas, sables, machetes, aunque mis preferidos son los cuchillos.

A Ana Lidia le dejé cincuenta dólares arriba de la mesita de noche y le escribí una carta. También les escribí a la Puerca, mandándolo para la pinga por pendejo y recomendándole que no hablara porque se iba a embarcar, y a Prince, a quien además de decirle adiós le dejaba mi motorina y todo lo que pudiera sacar de mi casa, antes de que llegara el DTI a hacer el inventario de bienes y a quedarse con todo.

Cerré la mochila, donde solo llevaba un fragmento del cráneo de Amarilis, huesos de los dedos de sus manos y pies, tres calzoncillos, un pulóver, jabón, máquina de afeitar, pasta y cepillo de dientes.

La pistola la guardé dentro del pantalón, sujetándola con el cinto, de un modo que me iba a ser fácil tomarla cuando fuera necesario. La navaja la puse dentro de la media de mi pie derecho.

Salí a la calle, tomé la guagua hasta las afueras de la ciudad y caminé para el sitio que me había indicado Osiris. Llegué a eso de las doce de la noche. Yo había comido antes de salir y nunca he sido muy hambriento, pero ya tenía hambre cuando, casi a las tres de la mañana, vi el pestañeo de las luces en la oscuridad del mar.

Nada más montar en la lancha rápida, discerní que el único oponente de cierta envergadura era el más chaparro de los mexicanos, al cual se le notaba la determinación en la voz. Me preguntó si lo de mi hermano era cierto, para si no tirarme aquí mismo al agua y no tener que hacerlo en el medio del Golfo infestado de tiburones.

—Tan cierto como que me voy a morir algún día –le dije, y solo entonces me dio la mano, y luego también me saludaron el cubano y el otro mexicano.

La cigarreta la conducía el cubano y la verdad es que volaba. Los charros me ofrecieron cerveza y pusieron música, nada de reggaetón o salsa. Música de verdad. Puro rock sinfónico oían esos jodidos.

Me cayeron bien, la verdad, pero eran ellos o yo. Estaba seguro de que mi hermano no iba a mandar dinero para conservar mi integridad física,

pues lo más seguro era que no tuviera los diez mil dólares, así que cuando uno de ellos, luego de que yo le contara cómo singan las cienfuegueras, me dijo que ya faltaba poco para llegar: *Y eso que se ve son las luces de Mérida*, pregunté:

—¿Dónde puedo orinar, pues la cerveza me tiene la vejiga hinchada?

—El baño queda abajo, en el camarote –me dijo el otro, el menos chaparro–. Aunque si quieres, cuate, orina en el mar, pero cuidado con caerte, que si te ahogas, aun así tu hermano va a tener que liquidarnos los diez mil dólares.

Entré al baño.

Preparé la pistola.

Primero le disparé al más duro, que casi atinó a sacar el arma pero le di en la cabeza; el otro se quedó lelo mirándome, no hizo ni el menor gesto, no sé cómo se le ocurrió meterse a traficante de personas si en realidad no tenía coraje. El cubano, concentrado en pilotear, no había oído los tiros: los motores hacían tremendo ruido, la lancha tenía casi diez metros de eslora, y los difuntos y yo estábamos muy cerca de la popa. Me le acerqué por atrás y le voceé:

—Oye, compatriota, los charros cayeron al agua.

—¿Cómo? –preguntó él, pero cuando vio la pistola entendió clarito, primero pensó que yo era agente de la Seguridad del Estado, qué cosa, la verdad.

Tuvo que explicarme cómo se operaba esa cigarreta, asunto que en realidad es una sencillez, es como un carro, solo que hay que tener cuidado con las olas. Juntos, el tal Cheo y yo fuimos bordeando la costa mexicana, dejamos atrás Mérida, Campeche, Coatzacoalcos.

Lo vine a matar cuando ya estábamos a la altura de EE.UU., cerca de un poblado que luego supe que se llamaba Brownsville. Lo arrojé por la borda. A los aztecas los había lanzado antes, luego de sacarles el dinero de los bolsillos. Boté también la pistola y el cuchillo, y limpié de sangre la cubierta. Navegué hasta acercarme relativamente a la costa. Me tiré y fui nadando hasta la orilla, dejando la cigarreta al pairo.

Yo solo machucaba el inglés necesario para enredar a alguna turista canadiense, pero en Brownsville abunda el cuate. Mostré mi carné de identidad y me acogí a la ley de ajuste cubano.

Aclaré con lágrimas en los ojos que había arribado hasta allí en una cámara de tractor: *Y los tiburones devoraron a mis otros dos compañeros, uno de ellos de apenas quince años, y yo tengo un carnal en Miami, viviendo en la mismita Pequeña Habana*.

Me trasladaron para la Florida, no en avión, sino en un ómnibus. Yo iba con los bolsillos cundíos de todo el *money* que había logrado quitarles a aquellos tres verracos, por lo que cuando llegué a Miami entré a una tienda y compré ropas para que mi hermano y los ambias del barrio me encontraran presentable y no hecho un traste.

Amarilis:

Y así fue como se me escapó la vida a los treinta y un años de mi edad, cuando me quedaba un seremillar de cosas por vivir. Todo por culpa de un aire acondicionado que, bien mirado, ni siquiera me hacía falta, pues en mi casa se sobraban los ventiladores, solo que mi mamá insistió: *Amarilis, dile al tacaño de tu marido que nos hace falta un aire, que ya en el barrio la gente lo tiene, y nosotros no podemos ser menos que los demás*, y yo fui a buscarlo a Ciego como si fuera una maldita acémila, y en Ciego de Ávila no había. *Pero en Cienfuegos*, me dijo por teléfono mi prima que vivía aquí, *están sobrados de todo, pues es la mejor ciudad de Cuba después de la Habana, y cuidado no esté mejor, y mi marido: Que no tengo dinero para eso, y yo: Si no me lo das te dejo, Eduardo, que te dejo, qué son 150 dólares para ti, que es lo que me falta para completar los seiscientos*, y él me miró desde la cama con esos sus ojos de desconcertado, y luego fue al banco y me completó lo del aire, y me fui a Cienfuegos, a casa de mi prima la Pepa, y ya ven como terminó todo, que no pude ver crecer a mi hija, ni festejarle los quince que le hacían tanta ilusión: un mulato bien parecido me cortó

el cuello y luego abusó de mi cadáver. Tampoco pude asistir a mi entierro. Esa noche, cuando no llegué, la Pepa dio parte a la policía y llamó a Chambas para decirle a mi marido que yo estaba perdida, y aunque estábamos en medio de la cosecha y el tabaco requiere mucho cuidado, mi marido alquiló un almendrón y cogió para Cienfuegos, pero por mucho que buscaron no aparecí, pasaron dieciocho meses y luego me dieron por desaparecida, por emigrante ilegal vía México, también se propagó que me había fugado con otro hombre, y mis padres y mi hermana Sabina y hasta la Pepa que me conocía como si fuera su hija se aferraron a esa esperanza y me imaginaron en concubinato con alguien por allá por Minas de Zaza o haciendo la cosecha de manzana en Delaware o algún otro sitio yuma. Eduardo sí me dio por muerta desde el principio, sabía que yo no dejaría nunca a nuestra hija, pues desde que cumplió los seis años soñaba con festejarle los quince, así que le extrañó mucho que me fuera sin dar señales, sin mandar ni un correo electrónico, sin nada, y cuando en una tienda de segunda mano aparecieron aquellos botines rojo sangre que él me había comprado por mi cumpleaños veinticinco, se abrazó a ellos y le dijo al instructor policial que ahora sí estaba seguro de que yo era difunta.

Un diez de mayo de 2009 mi marido organizó un entierro simbólico, y en una caja vacía colocaron mi vestido favorito, los botines y una de las fotos de mi boda.

Casi toda Chamba fue al cementerio.

Maribel García Medina:

Yo las vi llegar. “Ahora sí se jodió Bertica”, pensé, “se metió a tortillera”. Al principio creí que Araceli era una yuma, tan blanquita y con esa carita de *yo no fui* que daba grima, pero luego cuando fui a investigar resultó una cubiche pasa-hambre más, aunque eso de pasa-hambre es un decir, porque la chica tenía baro y espeso, y con *money* todo

se aceita, y Aurora, la mamá de Bertica, se acomodó de lo más bien a la presencia de la muchacha a pesar de que solo tenían un cuarto y de que la gente hablaba. Yo no. La gente. *¡Qué clase de bayú hay en esa casa!*, decían, *ahí lo mismo están madre con hija, que madre con tortillerita de la hija, que las tres a la vez, lo que se forma por la noche es mucho*. Hablaban, pero en realidad nadie les sabía nada, y entonces una tarde vi salir a las jóvenes muy bien vestidas y compuestas, y cuando les pregunté para dónde iban, me dijo Araceli que iban para el taller de Ian.

—¿Para el taller de quién? ¿Van a arreglar un radio o la hornilla?

—Poesía –dijeron ellas–. Vamos a aprender poesía –y entonces descubrí que la poesía se aprende.

Yo pensaba que esas cosas no había que aprenderlas, que uno nace poeta y ya, pero no, me caí de nalgas con eso, y luego se les sumó Prince, que desde que el Gringo se había largado estaba más solo que el diablo y ya no le bastaba con dar sermones al pie de esa catedral demente que nunca terminaron de edificar su padre y los demás locos. *La Catedral de los Negros*, le dice la gente de Punta Gorda para burlarse, los hijos de puta. Pues bien, al hijito de papá le dio también por la poesía y salía todos los sábados por la tarde con las dos muchachas directo al taller de poetas en vez de dedicarse a aprender el oficio de su padre al menos, como si ya no tuvieran una artista en la familia: la tal Johannes, que en ese tiempo estudiaba en el ISA y tenía su novio italiano, un chamacón joven, de pelo largo, tatuajes y pantalón roto por ambas rodillas que, sin embargo, era buena gente e incluso se pegaba con el padre de tú a tú a construir la jodida Catedral de los Negros. Una vez le pedí veinte dólares prestados y me los dio sin chistar y me dijo que no se los pagara, no como la Johannes, que se creía la gran cosa y no miraba a nadie.

Los dos hermanos estudiaban en el preuniversitario; urbano, no como antes que los estudiantes estaban obligados a irse para el campo a hacerse machos. Uno veía llegar a los Stuart por la tarde y dedicarse cada uno a lo suyo: el Grillo era muy amigo del Tripa, que en aquel entonces ya no se pajeaba sino que se las pasaba haciendo ejercicios, tenía un

cuerpo que ni Arnold el Suaseneyer ese. Yo al verlo le decía: *Mijito, no hay comida para tanto, el único músculo que necesitamos las mujeres está allá abajo*, y le miraba para la portañuela, y él se reía, pero un día tocó a mi puerta, y yo: *¿Qué quieres, Tripa? ¿Qué hubo?*, y él: *Estamos solos, Maribel, dime ahora cuál es el músculo que les gusta a las mujeres*, y yo: *Tú puedes ser mi hijo*, y él: *Pero no lo soy, y me sé tu cuerpo detalle a detalle*, y yo: *¡Ah sí, mirahueco!, vaya, ¿y si llamo a la policía?*, y él: *La policía me la paso por la pinga*, y entonces se acercó, y yo lo dejé que me besara en la boca, y luego singamos pero no me gustó, porque estaba demasiado verde para mí, era solo un chico. Con el que yo sí hubiera cogido sabroso era con el Grillo, se notaba que se mandaba mal, que era un pingalotudo de espanto como mi primer marido que en gloria esté, pero el Grillo no se fijaba en mí, siempre estuvo algo enamorado de su propia hermana. Una historia de lo más triste, enamorado de la Johannes como un perro, entonces nadie lo sabía pero cuando pasó lo que pasó se supo todo, y la gente empezó a atar hilos y fue armando el rompecabezas y dijeron… se dijeron muchas cosas, que si por algo el padre lo golpeaba, que si esto, que si lo otro, pero yo sé que están equivocados, las cosas no son tan sencillas: el Grillo amaba a su hermana pero en silencio, un amor platónico como dicen en las novelas, nadie lo sabía, el que me lo insinuó a mí fue el Tripa, que me dijo: *El Grillo se hace pajas a costilla de la Johannes y a veces le roba los blúmeres y se los enreda en la cabeza de la pinga*. Eso me lo contó cuando ya el Grillo trabajaba en el bar del Ruso y se buscaba lo que quisiera haciendo de pareja de mi sobrina Yusimí para que los yumas, sobre todo la bandada de rusos que de pronto empezó a caer sobre Cienfuegos, se cranearan a costilla de ellos dos. Todo el barrio sabía en qué andaba el muchacho, que empezó a vestirse con ropas caras, a usar prendas de oro y a embadurnarse de crema, afeitarse todos los vellos del cuerpo, hacerse la manicure y arreglarse las cejas; todo el barrio, menos el viejo Arturo Stuart y su mujer, la una porque era algo atarantada, y el otro porque de tan concentrado en su catedral apenas se daba cuenta de nada. Al enterarse ya era demasiado tarde, el viejo Arturo quiso darle una paliza al

hijo como las de antes que lo dejaban turulato, pero aunque seguía fibroso, como de palo, ya no pudo ser, el Grillo era mucho más alto que él, estaba fuerte y no le tenía miedo y no creía en nada y menos que nada en Dios y en ese edificio de porquería que llamaban templo y nunca terminaba de construirse. Arturo lo botó de la casa. Vete, le dijo, *ya no eres mi hijo, maldita sea la hora en que te concebí*. ¿Qué padre le dice algo así a un hijo sin atenerse a las consecuencias? El muchacho se marchó, pero tenía dinero; además, el Ruso le dio un cuartico detrás de su bar para que durmiera, un cuartico con aire acondicionado, muy cerca del cuarto de las muchachas, solo le dijo que no se metiera con Magali, pues era la mujer de Gordo Gris, y el Gris no entendía. *Yo no como macho*, dice la gente que respondió el Grillo. *Está operada y ahora tiene hasta carné de identidad con nombre de mujer*, dijo el Ruso. *Macho hoy, macho siempre*, siguió diciendo el Grillo, y con eso quedó zanjada la cuestión. Todavía no se sabía lo de la carne de muerto, así que Salvador el Cerdo seguía siendo un tipo muy bien mirado en el barrio, y como se ganó dos números seguidos de lotería estaba de perdonavidas y no miraba a las negras. Ni mulatas claras quería. Se instaló en el cuarto que Margot y la madre vendieron al mudarse para el parque Martí, y allí empezó a meter las blancas más viejas y empercudidas de Punta Gotica, blancas y maricones o travestis como se les dice, porque el Cerdo siempre fue tronco de bugarrón, y mientras su jefe, el Gringo, vivió en Cuba, se contuvo, pero ahora que el otro ya no estaba, aquello era el acabose. En esos días perdió su cartel de guapo, pues el Tripa le dio un tremendo pase de golpes. Lo cogió en el medio del pasillo, y galletas vienen y galletas van, y luego se sacó el tolete y lo meó delante de todos. *Dice el Ruso que le lleves lo que le debes*, dijo el Tripa, y cuando se fue, la Puerca, sin limpiarse el orine, empezó a alardear. *Yo sí soy de pinga*, dijo y lo soltó: *El Gringo, mi ambia, y yo, pusimos a comer carne de muerto a media Punta Gorda*.

Nadie pareció creerlo, pero dos días después se detuvo un Lada del DTI frente a la puerta del pasaje, y al Cerdo se lo llevaron preso. Cantó más que Pavarotti, y le echaron veinte años. Al Gringo se lo dijeron por

teléfono. Creo que Nacho el Bemba fue el que se lo dijo: *Ni te aparezcas por Cuba, que lo saben todo.*

El Gringo:

Odiaba su sonrisa de dientes que parecían perfectos y luego resultaban falsos. Odiaba a su hijo Jimmy, un manganzón de casi cincuenta años que me miraba por encima de sus espejuelos de miope y que confundía a Cuba con Haití. A su hijita Evelyn la odiaba también: aunque me la singué la odié desde el principio. Cuando la seduje esa tarde de barbacoa y de música country, aquí en Texas, en el rancho de su marido, le di pinga por los cuatro costados. Tuve que ponerle la mano en la boca para que no gritara. *Blanca puta, blanca puta*, le susurré en el oído. Eso a ella le encantó, había pasado un curso de literatura hispanoamericana en Filadelfia y sabía alguito de español, era bonita a la manera de las yumas, piernas largas, cara de muñeca aguafiestas y nada atrás, tenía una falta de nalgas preocupante. Pero las tetas eran enormes y supo lucirlas cuando se acercó a mí, del brazo del marido, ese cabezón de John Gordiner, abogado por más señas.

—¿Y usted qué estudió allá en Cuba, Richard? –me preguntó Gordiner esa primera vez que nos vimos en su rancho, *Blue Bird*, y yo pensé: "Este tipo es maricón, solo a un marica se le ocurre ponerle Pájaro Azul a una granja".

—Técnico en edificaciones –le respondí, y sonreí a la vez como diciéndole: "Yo soy el negro huevón, jodido gringo, que va a disfrutar del *money* de tu suegra aquí presente, ese *money* que con tanto trabajo consiguió el difunto Brian S. Pound, ilustre estomatólogo".

—¿Y ustedes piensan casarse? –me preguntó la hija, al más limpio estilo chismoso pejero, recorriéndonos a la madre y a mí con la vista de tal forma que a mí me pareció estar todavía en Punta Gotica, conversando con alguna vieja peste a sicote de la cuartería.

—Eso se verá después –respondió mi vieja, y luego soltó esa risa de jirafa en época de celos que a mí me daban ganas de soltarle un sopapo.

No resisto a los americanos y lo supe desde el primer momento, se creen la gran cosa, y basura, gente de segunda es lo que son.

Supe que me iba a templar a Evelyn, desde que me preguntó:

—¿Te gusta la literatura? Tengo muchas novelas en español y puedo prestarte algunas.

—Me encanta leer –dije, porque la televisión americana me ponía los pelos de punta, y con tal de estar algo lejos de mi vieja, la señora Elsa Pound, cuyo nombre antes de casada era Elsa Williams, yo hacía cualquier cosa, y era que me repugnaba su olor. Ese olor y la manera en que repetía: *¡My God, my God!* cuando templábamos, hubieran sido razones suficientes para matarla; sin embargo, no tenía una peca, su piel era blanca, lisa y sin muchas arrugas, y en realidad no era tan gorda, al menos no tanto como para oler de esa manera que me recordaba al jodido Puerca que, según me contó el Nacho por teléfono, se rajó y me echó pa'lante, con lo que se embarcó él mismo, pues aunque no lo fusilaron le echaron veinte años. Ese Puerca morirá infeliz, ave de poco vuelo, en fin.

Berta:

Dadas las circunstancias posteriores parece extraño, pero no lo es tratándose de los Stuart. Yo empecé a leer mucho. Como mi casa era demasiado pequeña, Araceli y yo íbamos para el parque Martí y llevábamos varios libros, casi siempre poesía, pero también novelas. Un día estoy sola en el parque leyendo a Margaret Yourcenar por primera vez en mi vida (Araceli estaba escondida, su ex esposo se encontraba en Cienfuegos buscándola, y ella, hasta que él se fuera, había alquilado un apartamento muy cerca del sector de la PNR del barrio de Tulipán), cuando siento el rumor de alguien acercándose, levanto la cabeza y allí

estaba Prince.

—Preséntame a tu profesor.

—Está bien –dije, y ese sábado lo fui a buscar temprano y lo llevé hasta la librería Dionisio San Román, y le presenté a los otros aspirantes a poetas y a Ian.

A los diez meses publicó su primer poema en una revista habanera, primero que yo y que todos los otros. Claro, él leía desde siempre y escribía. Cuando yo aún me entretenía en oír baladas en inglés y en jugar a las muñecas, ya él se enredaba con los versos.

Todos sus poemas trataban de lo mismo, de la muerte.

El Diácono, por ese apelativo lo conocíamos en el taller, hasta Ian de vez en cuando lo llamaba así. En él había algo clerical, no acorde con su edad. Si las cosas no hubieran tomado por esos derroteros, tan sórdidos, aun así Prince hubiera terminado loco.

De todos los Stuart, la única que hubiera podido pasar por normal era Johannes, que también escribía poemas. Hace unos meses, estando en la Feria del Libro de Roma, en una galería cercana al *stand* de Cuba, vi uno de sus cuadros, el más conocido quizá; *Catedral* se llama, y es una interpretación del templo de sus padres. Yo sabía que después que pasó lo que pasó, ella se había cambiado el nombre. Judith, se llama ahora, otro nombre bíblico, qué locura, ¿verdad? A las tres de la tarde se presentaba mi libro y hubiera querido invitarla, pero no me reconoció, ni siquiera pareció verme, aunque éramos las dos únicas mujeres negras y jóvenes en toda esa galería de arte moderno.

Vestía como una actriz de Hollywood e iba acompañada de su actual marido, Vicenzo Albertino, el futbolista del Nápoles, un rubio que no me pareció la gran cosa, a pesar de la melena por los hombros y los ojos claros. Vicenzo era su tercer o cuarto marido, no sé, no le llevo la cuenta. Ella es ahora una pintora reconocida, pero el verdadero genio de esa familia era Prince, solo que estaba loco.

Bárbaro Suárez Rosales:

No sé por qué me habían empezado a crecer las nalgas, así que la Puerca viene un día y me dice:

—Tengo que hablar contigo una cosa muy importante, entra al cuarto para que estemos cómodos.

Hasta ese entonces, si yo había hablado con él dos veces eran muchas, y le solté un: *¿Qué te pasa?* Pero él, sin coger lucha, dijo:

—Por la noche toca cinco veces para saber que eres tú y abrirte rápido.

Yo esperé a las diez de la noche, y pasó lo que pasó, cuando llegué Salvador tenía una botella de Havana Club, dos refrescos de latica y un vaso con hielo encima de la mesa. Puso música en una pequeña reproductora de CD y me invitó a desconectar. Yo asentí, él me sirvió un trago con mucho refresco, como a mí me gusta, y yo me lo tomé, luego me invitó a bailar.

—Voy al baño –le dije cuando acabé la pieza, pues me sentía algo mareado.

—No te vayas a ir por el inodoro –dijo en broma, y al regresar yo a la sala, él tenía la pinga en la mano.

—Mira a ver si te gusta –dijo, y a mí me gustaba, así que me arrodillé.

Pero antes de chupársela, le dije:

—No me la vayas a echar en la boca.

Berta:

Que estaba enamorado de la hermana, no lo creo. El cubano es así, siempre buscamos darle un cariz melodramático a todo, en fin, crecimos a los pies de un templo que nunca acababa de construirse, y que además, después de erigido, ¿para qué iba a servir? Otro monumento más a la nada, aunque, claro, yo no soy la más indicada para hablar del Grillo.

Después que se fue de la casa apenas lo veía, ni loca que yo estuviera para llegarme al bar del Ruso, posiblemente el lugar de peor fama de Cienfuegos.

El Gringo:

Me es difícil determinar el momento exacto en que mi vieja empezó a hartarme, pero un día me pregunté a mí mismo hasta cuándo seguiría soportándola, y la respuesta fue que ya no podía más, tenía que librarme de ella. Nos habíamos instalado en Houston, y yo había empezado a trabajar con el marido de mi hija política, era algo así como el capataz o uno de los jefes de turno de esa empresa procesadora de chatarra de la que Elsa era una de las principales accionistas. Debía levantarme todos los días muy temprano, vestirme e ir al trabajo, pero antes, claro, tenía que echarle uno que otro palo a la vieja. Mi única diversión real era correr, pues me había aficionado al atletismo, y todas las tardes, luego del trabajo, me calzaba mis zapatillas especiales y salía a circular por las afueras de la ciudad. Leía mucho, mi hija política seguía suministrándome libros. Con Evelyn sí me gustaba templar. Íbamos con los más diversos pretextos hasta *Blue Bird* y allí teníamos nuestras cosas. A veces me divertía llamando por teléfono a Cienfuegos, fingiéndome otra persona. Una vez tuve a Maribel tres meses esperando un envío que luego resultó ser un consolador talla extra. “Vaya, para que te des gusto”, le puse en el papel que le envié con la caja. Maribel se lo vendió al Ruso, pues el consolador era de los buenos, y el tavarich lo necesitaba para sacarles más dinero a sus muchachas, me informó después Berta, que aún no estaba enterada de mis veleidades con la carne humana, pues la Puerca no se había rajado, y a mí todavía me estimaban en el barrio. Ni en Houston había un bar como el del Ruso, tan satisfactorio, aunque en realidad debo admitir que las muchachas de aquí a primera vista eran mejores, casi todas rubias de tetas grandes, pero al fin y al cabo esas tetas

estaban rellenas de siliconas, y muchas de ellas ni siquiera eran mujeres. Aquí te ves obligado a andar al hilo con casi todo.

Lo que más me gustó de todo mi tiempo en Houston, fue conocer a una indiecita que solía trotar por la misma autopista donde yo corría, y a la que defendí de un tarequito. Solo tuve que darle una patada en el pecho para que el tipo se fuera, y ella me pagó con sexo. No había cumplido los veinticinco años, era algo desnalgada y flaca, pero tenía unas pequeñas tetas de pezones morados que cabían en mi boca, sabía hablar francés y me leía poemas de Bukowski. Eso me gustaba. También me gustaba que me considerara un hombre fino, de clase, y me creyera con estudios universitarios. Solo porque yo había leído a Vargas Llosa y a Javier Marías, ya ella creía que era un intelectual. Nadine, así se llamaba, creía en la necesidad de desunir a los Estados Unidos, y cuando le daba por hablar de eso peroraba más que un cao. Estaba muy orgullosa de ser apache, aunque se le notaba que no era de sangre pura, y es que su mamá era del Quebec. A veces en el sexo yo le gritaba en español: *¡Gran jefa india yegua salvaje!*, ella entendía el chiste y se reía. Si hubiera tenido dinero me hubiera quedado con Nadine, pero para darles continuación cabal a mis planes yo necesitaba alejar a mi vieja, Elsa Pound, de Houston, sacarla incluso de Texas. Empecé a hablarle de Kentucky y sus prados azules, y de que yo deseaba criar caballos, e incluso encontré, buscando en Internet, la oferta de una granja muy buena y muy barata, cerca de Louisville.

Pensando en eso ahora, me pregunto cómo alguien de tanta edad –Elsa acababa de cumplir sesenta y seis años– podía ser tan tontaina, y no encuentro la respuesta. Pensar que un hombre joven, apenas veintiocho años tenía yo, se había enamorado así no más verla en un *grocery store*, ya es ingenuo, pero hacer una póliza de seguro a nombre de ese joven y luego dejar el lugar donde están tus propiedades, donde está enterrado el marido de toda tu vida y mudarte lejos de tu única familia, requiere una dosis de idiotez tremenda o de una afición descomunal a la pinga prieta. Casi daba lástima. *Pero hay que vivir*, me dije, y cuando nos mudamos,

dejé que pasaran dos años durante los cuales casi me volví cowboy de tanto montar caballo. Mi preferida era una yegua llamada Boise, que por su paso ágil y el tono azabache de su piel me recordaba a Johannes. También me aficioné durante un tiempo a las carreras e incluso vi el Derby. Los otros criadores de caballos no me tenían estima, pensaban con toda razón que la única yegua domada por mí era la señora Elsa Pound.

Una tarde de verano, le dije:

—*Darling*, necesito ir a Miami a ver a mi hermano. Me voy dentro de seis días pero vuelvo pronto.

Ella no se sentía bien, la diabetes la llevaba de la mano y corriendo, así que estuvo de acuerdo.

—Yo me quedo con Melody –dijo–. *Do not worry*.

Melody era la criada, una chica de origen vietnamita, casi invisible de tan pequeña y delgada.

—Okey –dije, y el jueves del viaje, salí en uno de los autos en dirección al aeropuerto.

Me alejé unos quinientos metros de la casa. Giré en U. Brinqué la cerca. Los perros, al conocerme, no ladraron. Escalé hasta la ventana del baño del segundo piso, que había dejado abierta para poder entrar, y aprovechando que mi vieja a esa hora, seis de la tarde, solía refrescarse en su jacuzzi oyendo música, empujé la pequeña reproductora de CD dentro de la tina, y ella murió electrocutada. Luego volví a salir por la ventana. Tomé el auto. Llegué a Louisville. Guardé el vehículo en un parqueo cercano al aeropuerto y abordé el avión con destino a Miami.

Al día siguiente, Melody, balbuceando en un inglés difícil de entender, me informó por el celular que yo era viudo y debía presentarme urgente en *Grass*, así se llamaba nuestra granja.

El entierro fue en Houston, y desde el principio, cuando vieron el monto de la póliza de seguro, sospecharon de mí, aunque se limitaban a mirarme con mala cara y a dejar claro que no era de la familia. No entendían cómo a mi mujer se le había ocurrido endilgarme ciento

cincuenta mil dólares contantes y sonantes; además, me dejó la granja. A ellos, a Evelyn y al hermano, les dejó todo lo demás: las acciones de la chatarrera, la enorme casa de las afueras y un apartamento en el centro de New York; sin embargo, no estaban conformes.

Luego de la ceremonia, alquilé una habitación en uno de los mejores hoteles de la ciudad y llamé a Nadine por teléfono.

Me las pasé templando para olvidar las penas. La hubiera llevado conmigo, pero, en mi ausencia, la tendencia de Nadine al terrorismo se había tornado aun mayor, y hablaba de matar a miles de *jodidos perros federales* y de liquidar a algunos inmigrantes mediante una bomba que pondría en el *Houston Stadium*.

—Ya tengo el C-4 para eso, solo falta preparar al comando... Ayúdanos, Richard, se te nota que sabes de armas, ¿qué dices?

—¿Aniquilar inmigrantes como yo?

—No como tú.

—Eres una perra loca –le dije entonces, pensando que yo, que había liquidado a solo cuatro personas, no pasaba de ser un sala'o niño explorador comparado con ella y sus secuaces.

A la semana cobré mi póliza y partí para Kentucky a venderle la granja al único de los otros propietarios que me caía bien: un vejete, hijo de un judío austríaco que había sido gaseado en época de Hitler. Lo que más trabajo me costó fue despedirme de la yegua Boise.

Claro Argüelles Quesada, ex delegado del Poder Popular en Punta Gotica:

Desde el principio debieron haber sido claros con ellos, decirles: *No, no van a gastar los pocos recursos de la provincia en ese templo loco, no y ya*. Pero fueron pusilánimes, temieron ser acusados de racistas y de antirreligiosos, y más que desde el principio, cuando el pastor americano puso los primeros diez mil dólares, Stuart y Basulto se ocuparon de que,

en todos los actos de reafirmación revolucionaria, la presencia de la congregación del Santo Sacramento, o *los sacramentistas* como los llamaba la gente, se hiciera sentir. Fue un paso astuto. No se podía organizar una actividad por el aniversario de los CDR sin que ellos estuvieran presentes. Eran los primeros en donar sangre. Asistían a trabajos voluntarios y a los desfiles del Primero de Mayo y del Veintiséis de Julio. Lo único que no logré de ellos fue la participación en un acto de repudio realizado a uno de esos llamados periodistas independientes. Se negaron de plano a asistir. Yo me agarré de eso y fui a ver al presidente del Poder Popular y le dije:

—Usted me disculpa, compañero presidente, ese templo ya lleva diez años construyéndose y no se ve el final, si sigue creciendo va a superar en tamaño hasta este mismo edificio y eso no será algo bueno… Por otro lado, están gastando los recursos necesarios para obras sociales, muchas casas del barrio se están cayendo a pedazos.

—Ellos pagan en dólares y de inmediato, así que no te preocupes –me dijo el presidente.

—Sí, pero no es solo por el dinero –dije yo–. Es también el carácter ideológico de tal construcción, imagínese, permitir esa iglesia es darle argumentos al enemigo, hasta en un programa de Miami, uno de esos llamados Sábado Gigante, ha salido, imagínese.

—¿Un Sábado Gigante? –me preguntó el presidente–. ¿Y usted ve esas cosas?

—No, yo no, este lo vi por casualidad.

—¿Y qué decían en el tal Sábado?

—Que en Cienfuegos estábamos locos, que se nos había subido el comunismo para la cabeza al permitir que los negros hicieran una catedral.

—Usted ve, delegado –dijo el presidente–. Ese es el punto, en Cienfuegos estamos erigiendo la primera catedral realmente de los humildes y para los humildes, hasta el enemigo se ve obligado a reconocerlo.

—Sí, pero es que esa nunca fue la Catedral de los Negros, compañero presidente, y usted discúlpeme, esa catedral es de la congregación loca esa del Santo Sacramento, que aunque ha crecido mucho en los últimos tiempos, yo le aseguro que no llega a los veinte mil miembros, y que la mayoría solo está por la merienda que distribuyen y las donaciones americanas.

—¿Y qué? –dijo el presidente–. Lo que importa es lo que piensa la gente, recuerde que esto es una Batalla de Ideas.

Estuve a punto de renunciar ahí mismo a mi condición de delegado del Poder Popular en Punta Gotica; me cayó mal que personas inteligentes, enteradas de cómo son las cosas en este mundo, caigan en un espejismo tal. Yo sabía que permitir la catedral sacramentaria era condenar a este barrio y al mismo Cienfuegos al fracaso, a pesar de los turistas que ya no preguntaban dónde quedaba el cementerio de Reina, ni el parque Martí o el hotel Jagua, sino que se venían para acá para Punta Gotica y se regodeaban con las casas a medio derrumbarse, con la gente sentada en la acera en pleno horario laboral, con la música atronadora y con la suciedad. Todo para fotografiar ese edificio que nunca se terminaba y me recordaba un poco a la Central Electronuclear de Juraguá, otro fracaso. "¿Hasta cuándo?", pensaba yo, viendo cómo el barrio se llenaba de timbiriches y de librerías de viejo, todo para tener algo que venderles a los extranjeros.

Además, el tal Arturo Stuart tenía ahora ínfulas de perdonavidas, parecía más delegado del Poder Popular que yo. Se creía una especie de alcalde. Si alguien necesitaba una medicina, iba a verlo a él; si a un borracho la familia quería quitarle la casa, iba a verlo a él. A mí me tenían casi como a un objeto decorativo, y sus hijos, vaya, los tres eran de ampanga: una, Johannes, con su noviecito italiano que llegaba pitando en su yipi Willys, despertando a los vecinos y propagando una ideología que no está acorde. Yo fui a ver la exposición organizada por ella en el destruido palacio de los Goytisolo, y vaya, la verdad, la chiquilla tenía talento para la pintura, pero, ¿qué es eso? ¿Esas mujeres de la mala vida

cubiertas con la bandera nacional? Yo no sé cómo lo permitieron, la verdad. No en balde se fue para Italia y nunca más ha venido, siempre fue una gusana. En cuanto al otro, el llamado Prince, aún no había mostrado las uñas pero ya se sabía que iba a ser tremendo, ya se sabía. Uno lo veía pasar con esos libritos de poesía bajo el brazo y esa cara de muchacho bueno, y no le cabía en la cabeza que estuviera rayado al palo, que fuera supersticioso, muy ajeno a la necesaria visión dialéctica del mundo, al igual que el resto de la familia Stuart. Rayado al palo y, sin embargo, predicaba en la iglesia del Santo Sacramento, no sé como el padre no se daba cuenta, vaya, increíble. Por supuesto, el peor era el otro, ese sí ya estaba fichado como uno de los delincuentes juveniles del barrio, amigo personal de Antón Abramovich, alias el Ruso, el peor elemento de Punta Gotica y de toda la ciudad, un extranjero que la Revolución hace mucho que debía haber desactivado, pero que, sin dudas, tenía conexiones en las más altas esferas, pues su bargarito-restaurante era el peor antro de corrupción de la ciudad, y como si nada…

Ferreiro:

A Araceli yo fui tres veces a buscarla a Cienfuegos. La primera, porque su propio padre me lo pidió. Las otras dos, por mi cuenta y riesgo. Nunca me la encontré, la verdad. Sabía cómo esconderse. Pero años después, estoy dándome unos tragos con los socios, cuando Manolo me dice: *Mira, Alcibíades, como se parece esa a Araceli*. Miro para la TV y me fijo en una rubia que está dando el parte meteorológico, y aunque se veía más maquillada y fina, no podía ser otra que ella. “Pinga”, pensé pero no dije nada, me hice el indiferente. Sé que me abandonó por despecho, porque alguien le fue con el cuento de que yo estaba con Elisa.

Esos primeros días, si llego a encontrármela, me hubiera desgraciado. Yo estaba que si me pinchaban no echaba sangre. A Araceli me la llevé de su casa con quince años y fui su primer marido. Nos casamos muy

ilusionados, la boda fue por todo lo alto, invité a unos mariachis de Santa Clara que cantaron hasta las *jodidas mañanitas* del rey David, y luego fuimos a Varadero, y allí en el hotel Internacional pasamos la luna de miel en una época en que ver un cubaniche allí era de lo más raro, me gasté casi ochenta mil pesos en esos esponsales, pero no me pesó: Araceli era lo más lindo de mi pueblo y era mía. Nuestras primeras desavenencias empezaron cuando me dijo que quería seguir estudiando, como si estar casada con un hombre como yo, con dinero y propiedades, no le bastara, pero accedí. *Si quieres estudiar, dale entonces, métele mano, le dije, coge un curso de camarera o algo así que eso nunca está de más*, pero no, quería empezar el preuniversitario para luego ir para la universidad a hacerse la importante, y eso sí no me gustó, aunque accedí, en fin, se las pasaba leyendo, poesía sobre todo, y me hablaba de un modo como si se sintiera mejor que yo, y lo más raro del mundo, yo también pensaba que de cierta manera ella tenía algo diferente a todas las otras mujeres con que había estado antes, era como más fina y sensible, y yo de ingenuo creí que por eso se podía confiar en ella. Así que enterarme de que además de haberme abandonado estaba de tortillera por Cienfuegos fue muy duro para mí, la verdad. Yo prefería que se hubiera muerto, y así se lo dije a los padres.

—Díganle que si viene por aquí no quiero verla, porque si la veo, no respondo, que lo que ella me hizo a mí, no se le hace a un hombre.

El hermano saltó como un gallito: *Si la tocas, Ferreiro, te mato*, me dijo, pero yo lo miré a los ojos, y él tuvo que bajar la cabeza abochornado: el hombre que defiende a una tortillera y a una puta no vale nada, aunque esa bruja sea su hermana, y más que yo se lo había dado todo. Conmigo no le faltaba nada, era la niña linda de mis ojos, pero al final me falló y me faltó el respeto, y yo pensé que nunca la iba a perdonar, que me iba a pasar la vida buscándola, pero no fue así, fui a buscarla tres veces a Cienfuegos, pero luego me cansé, no fui más aunque la gente me miraban mal como si yo fuera poco hombre, como si yo no fuera capaz de satisfacer a una mujer y por eso me había abandonado, qué cosa.

Yo la velaba, era muy apegada a su madre, y yo estaba seguro de que algún día la vería cruzar por esas calles, pero no fue así, nunca volvió a Cabaiguán, o al menos yo no la vi.

El Gringo:

Conquistar a Margaret fue mucho más difícil que levantar a Elsa. Tenía cincuenta y siete años, y cuando la conocí toda vestida de látex negro, tan bella desde lejos que parecía escapada de una versión de *Los Ángeles de Charlie*, ya Margaret estaba que ni para los buitres servía. Era fanática a las motocicletas. Tenía una consignataria donde vendía las mejores motos italianas, pero en realidad adoraba a las Harley y era natural de Menfis, Tennessee, donde también había nacido Elvis Presley, y donde, claro, habían matado a Kennedy.

La vi bajarse de su Harley, que parecía nuevecita, y entrar en su tienda.

La seguí, creyendo que era una cliente más, pero al ver cómo los empleados se desvivían por mostrarse eficientes delante de ella comprendí que era la dueña o la principal accionista. Me acerqué a una de las motos en exhibición, una Ducati que parecía una nave espacial, y me fingí muy interesado, pero en realidad la vigilaba. Se me acercó un empleado, un negrito joven con cara de perro amaestrado.

—Lo mejor –me dijo en inglés con displicencia–. Tiene salida doble de escape elevado, basculante monobrazo, frenos monobloques y 160 cc para el bicilíndrico más potente que se ha vendido jamás.

—Yo en Cuba también vendía motos –le dije para entrar en confianza.

—Ah, sí –dijo él–. ¿Ducatis?

—Todo el mundo aquí en Louisville la conoce... fue campeona mundial de 500 cc.

—No, qué va, MZ, Jawas, Carpatis y Berjovinas.

—Vaya, no conozco esas marcas...

—Pues muy buenas que salían… ¿Quién es esa mujer, man? –le pregunté luego, señalando a Margaret, que en ese momento hablaba con otro empleado, uno él blanco y rubio que desde el principio me cayó mal.

—¿Esa? –preguntó el *yuma* como si fuera sordo.

—Sí, claro.

—Esa es Margaret O'Sullivan, la dueña de la tienda, milagro que no la conoce.

—¿Y por qué habría de conocerla?

—Vaya –dije yo, y luego para embarajar le pedí que me hablara un poco más de la moto.

Ella se acercó a nosotros, y es que yo vestía como si me hubiera acabado de ganar una de esas estrellitas que ponen en el boulevard de Hollywood, tenía money y buen gusto y eso abre todas las puertas tanto en Cuba como en este país, la verdad.

—*Hello* –dijo, tendiéndome su mano larga y seca.

—*Hi* –dije yo, y se la estreché, y la miré directamente a sus ojos grises de vieja con *swing* de joven.

—Déjanos solos, Timothy –dijo después, sin mirar al empleado.

El Tripa:

Abunda el cubano, pero todos son o se dicen artistas. Aunque tú los veas de recogedores de basura en las Ramblas o de cuida toilettes en un club nocturno se dicen artistas y poetas. Si la Berta estuviera por aquí estaría encantada, siempre sirvió para artista, escritora y demás. A mí la verdad que no me gustó verla metida a lesbiana. Esa blanquita, Araceli, no era de mucho cuerpo, pero tenía una carita que ni aquí en las Europas las he visto tan lindas. Berta y ella hacían muy buena pareja. Yo no lo creí cuando empezó el run-run. Creo que fue la Puerca, para congraciarse conmigo, la que me lo dijo. *Berta es tortillera*, me dijo, y yo le dije: Allá ella con su maletín, pero después las vi a las dos cómo se miraban, creo que la

madre de Berta nunca lo aceptó.

Aquí hay que ser más duro que en Cienfuegos, cualquier drogata tiene una pistola y por un *quítame de aquí estas pajas te mete un tiro*, no es como allá, aunque la verdad es que con el Ruso empecé a tener problemas desde el principio, era demasiado ventajista para mi gusto, despótico, nada le convenía y solía tratar a la gente como si fueran perros. Aún recuerdo cómo arrastraba las palabras y empezaba a hablar mierda de que si en Moscú, que si en San Petersburgo, como si uno no supiera que en realidad era ucraniano. Aquí en Barcelona también abundan mucho los ucranianos, son peores que los árabes, gente más negociante y tramposa no la hay. Yo tuve una jevita de Kiev, muy buena hembra y todo, Irina la de los ojos azules, pero al mes me tenía la casa llena de gente, y al padre le gustaba tocar acordeón. Yo odio el acordeón. Un día se lo escondí y hasta ahí las clases, Irina y yo sacamos un salpafuera de vaya, a correr. Tuve que fajarme con el hermano mayor. Oleg, se llamaba, había sido marinero de la flota del Mar Negro, pero no pudo conmigo, prevalecí. Le di un soplamocos por su nariz de oso Micha y luego fui al baúl y les saqué la pistola a los tres. *Se me van ahora mismo de aquí*, les dije, y ellos empezaron a hablar en ucraniano y a lagrimear, pero después la cogieron.

—A dormir en Las Ramblas –les reiteré como despedida.

Pero volviendo al señor Antón Abramovich, ucraniano-cubiche, al que todos llamaban el Ruso, siempre me cayó mal. Tenía una formita despreciativa, irresistible, y cuando llegó el Grillo a trabajar con nosotros la cosa empeoró. Al Grillo le gustaba Yusimí la de los ojos claros, y el Ruso, camaján viejo al fin, se daba cuenta, y yo en el medio, pues el Grillo, camagüeyano y todo, era mi amigo de la infancia, y en mi ingenuidad creía que en el mundo había honor. Que si yo te defiendo, tú me defiendes. Que si yo soy tu hermano, tú eres mi hermano. Me equivoqué. El Grillo no tenía amigos. Parece ser que las golpizas del viejo Stuart le habían quitado lo de hombre, no sé, o parece ser que de verdad estaba enamorado de Johannes, y había algo raro en él, pero no estuvo a

la altura. Se portó como un maldito esclavo del Ruso. Me decepcionó, y cuando todo se echó a perder, él escogió al Ruso, y el Ruso no tuvo escrúpulos en dejar que lo metieran preso.

El Ruso veía alzarse la catedral y quería que los sacramentarios nos dieran algo. *Para protegerlos, dijo, para que nadie fuera a robar material y a entorpecer las obras.*

Nos llamó a Gordo Gris y a mí, y nos dijo que habláramos con Basulto y le explicáramos que a él, Antón Abramovich, había que respetarlo, porque si no se le había ocurrido levantar una iglesia ortodoxa en el medio de Punta Gotica entonces necesitaba algún tipo de compensación, pues cualquier día llegaban los árabes, hablaban con el presidente del Poder Popular y erigían una mezquita, y eso no podía permitirse, que qué era eso, y para él, Antón Abramovich, un camagüeyano, un judío, un oriental y un árabe venían a ser lo mismo, y que entendieran, pero Cienfuegos no era un relajo. *Vamos*, me dijo Gordo Gris entonces, y cogimos el jeep y fuimos a ver al tal Basulto, un blanquito poca cosa, pero hábil para hurtar el golpe.

—Yo no tengo nada que ver con eso –dijo–. El tesorero es el hermano Stuart, vayan a verlo.

El Gordo siempre vestía de gris y estaba triste. Había sido policía en Matanzas y mató a un tipo en unos carnavales porque lo llamó *ballena*. Le echaron diez años. En prisión obtuvo su sobrenombre, Gordo Gris. Salió a los catorce por casi matar a otro tipo. Vino para Cienfuegos, y el Ruso lo contrató enseguida. Era un jaba'o equivocado, de esos que pasan por blancos. Le gustaba golpear a los negros, y si eran negros con aché para las mujeres, más todavía: él no se singaba una hembra de verdad desde el machadato. Tenía la pinga chiquita. No se la mostraba a ninguna puta, y a Magali la tenía amenazada. *Como cuentes algo, te mato*. Descargaba su rabia con los negros. Estaba loco por darle una paliza al Grillo, pero el Grillo era sagrado. El Ruso no permitía que nadie lo tocara, y el Grillo, cuando estaba entequilado, se reía de Gordo Gris, lo llamaba gordito y presidaria vieja. Por eso, cuando nos dijeron que era necesario ir a ver al

papá del Grillo, Gordo Gris se alegró mucho.

—Vamos a sacarle el cuero a ese negro viejo.

—No va a ser fácil –le dije–. Hay que ser diplomático.

—Eso te toca a ti –dijo él.

El Gringo:

Déjanos solos, Timothy.

Así son estas americanas, cuando no te necesitan te vuelves un trasto, algo así como una Ducati con piernas. Se creen competitivas, pero en el fondo son unas verras. Le tienen tanto miedo a la mentira que la mayoría no saben identificar a un mentiroso, cualquiera las estafa. Aquí tú dices que estás vendiendo un terreno en la Luna, y siempre va a haber unos cuantos tarugos que te lo compren.

Se me estaba acabando el *money*, es increíble cómo se gasta para mantener el estándar de vida al que me acostumbré luego de casarme con Elsa, y esta Margaret sudaba dinero. Le pregunté cuánto costaba la Ducati.

—Treinta y cinco mil con depósito inicial de veinte mil… Incluimos accesorios, o sea, todo un maletín de mecaneo y una chaqueta negra de escudería.

—¿Y al *cash*?

—Al *cash* son cuarenta mil.

—Vine a atenderlo yo misma porque se le nota el buen gusto, y esta moto es muy especial para mí, es lo mejor que ha diseñado Italia, y créame, no se arrepentirá.

—Vale, voy a pensármelo… ¿es usted la gerente? –inquirí como al descuido, y ella me aclaró que era la principal accionista y fundadora de la consignataria.

—Felicidades, tiene mucho estilo su tienda.

Me miró a los ojos, luego miró mi ropa, se notaba que estaba

pensando algo así como “quién pinga es este huevón”. A mí casi me gustaba, la verdad, estaba mala como ella sola, flaca como un espectro, pero tenía sus nalguitas, pocas, pero para ser americana ya era algo.

Hubiera podido decirle que era africano y que en mi país pertenecía a la nobleza, pero se me ocurrió que deportista busca deportista, así que le solté que practicaba beisbol, y ella arrugó su fría naricilla y suspiró desdeñosa. “Odia a los negros”, pensé, pero entonces me preguntó que si lo que yo llevaba en la muñeca era un irdé.

—Claro –le dije–. Soy babalao –y entonces Margaret se subió la manga de su chaqueta negra y me enseñó su antebrazo, alrededor del cual también había un irdé de cuentas azules.

—Yemayá –dije yo, y ella se me abrió como una naranja. Me llevó hasta el bar de la consignataria, y allí, rodeados de *imagines* de motocicletas que habían ganado un montón de campeonatos y *rallies* empezó a hablarme de sus tiempos en Bahía, donde había practicado el Candomblé, algo así como la brujería brasileña, pues estuvo casada con Enzo Campeiro, un corredor de Fórmula Uno que había conocido en Marruecos, en un campeonato organizado por el rey, y que luego había sido uno de los cinco mil muertos durante el 11 de septiembre del 2001.

—Desde entonces odias a los árabes –interrumpí yo, pero ella me especificó que no, que a lo que le tenía miedo, terror, era a los extremistas, vinieran de donde vinieran, y que Bush y todos sus amigotes republicanos y supercristianotes la sacaban de quicio.

—Están convirtiendo este país en una mierda –dijo.

Ella hablaba, y yo tomaba unos sorbos de vermut y asentía con la cabeza, evitando volver a meter la cuchareta, pues este tipo de mujeres se ponen de ampanga cuando a uno le da por soltar sandeces. Eso sí no se les puede negar a las americanas, son finas, aunque en el fondo todas se parecen. Se las pasan haciendo cosas por los demás, que si ayudando a los negritos haitianos, que si dinero para los infelices tailandeses, etc., etc., así son ellas; en fin, claro que esta Margaret era algo especial, lástima que la hubiera conocido estando ya tan vieja, pues en las fotos

que adornaban las paredes se veía como una estrellita de cine, montada en su Harley con una sonrisa de oreja a oreja y una corona de flores en torno al cuello: *Campeona del rally Casablanca-Rabat.*

—Luego fue el accidente –siguió y me contó de su caída, no de la moto, sino de un auto a más de ciento cincuenta kilómetros por hora en la Riviera francesa, días después de saber que Enzo había muerto.

—Me operaron en Seatle –concluyó, y entonces me miró con unos ojos como platos, y yo mirando sus pupilas grises no pude menos que indagar con un suspiro:

—¿Y?

—Tuvieron que ponerme un implante.

Se levantó la pernera de su estrecho *jean* y me enseñó la pierna, pero no de plástico, como de muñeca, de esas que se ven en Cuba, donde casi todos los cojos andan en una sola pata y si tienen suerte les ponen una prótesis tiesa, sino una sofisticada extremidad robótica de fibra de carbono.

Me alegró que a Margaret le faltara una pierna.

Me quedaban exactamente 175 mil 493 dólares, y eso aquí no es nada, eso es casi verse condenado a repartir pizzas a domicilio dentro de muy poco; además, tenía que pagarme una nueva identidad, no podía seguir siendo el viudo de la difunta Elsa Pound, pues los yumas no olvidan, y unos papeles fiables, que uno pueda mostrar sin que le tiemblen los pies, es algo que sale muy caro.

Ileana:

Yo estuve cargando con la Johannes por más de diez años, y cuando digo cargando es porque empezamos la Escuela Elemental de Artes Plásticas de Cienfuegos, la Benny Moré, y luego seguimos en la ENA, y al final terminamos en el ISA, y durante todo ese tiempo creímos ser algo así como amigas. Aunque me preguntaba a mí misma de continuo en qué

consistía nuestra amistad, pues Johannes solo tenía tiempo para algo: su obra. Desde el principio fue una consagrada. Todavía en la escuela elemental dedicaba a sus creaciones más tiempo que todos nosotros. En el ISA, esa cualidad se acentuó, éramos las únicas cienfuegueras en nuestro año, y sin embargo hablábamos poco. Yo siempre he sido una artista del concepto, poco dada a lo artesanal, y me interesaba mucho lo contemporáneo. Pero aún no tenía realmente definida mi manera de acercarme al arte. Johannes ya sabía lo que deseaba. Tenía un método que ella llamaba el *anti Kacho*: consistía en someterse a un laborioso trabajo que empezaba escribiendo en una libreta de apuntes, pasaba por una etapa de fotografía, luego iba al dibujo y después al lienzo, al cual le aplicaba lo que ella llamaba *capas de realidad*. Esas capas de realidad eran superposiciones de óleo de un preciosismo tal que, cuando un cuadro de Johannes estaba terminado, te venían a la mente los grandes maestros del Renacimiento tardío. Al decidirse Johannes a enseñarte alguno de sus cuadros, pensabas en la escuela veneciana. Por esa cualidad casi manierista de sus creaciones fue criticada por parte del claustro del instituto. Los profesores no entendían la necesidad, en esta época de fotografía de alta definición, de pintar con tanto derroche de detalles. La criticaron muchísimo, pero ella nunca renunció a su método creativo. Al final terminó siendo aceptada. Piénsese que participó en la Bienal de La Habana cuando solo estaba en segundo año, y en la revista *Arte Cubano* uno de los críticos más importantes se tomó el trabajo de publicar una reseña de su obra, con fotos incluidas. Aún guardo un ejemplar de esa revista, pues Johannes me la regaló. Ese fue uno de los pocos gestos que tuvo conmigo.

De su familia no hablaba nunca, y menos de la catedral. Yo siempre he vivido en Punta Gorda, que es con mucho la mejor zona residencial de la ciudad. Iba muy poco a Punta Gotica; para mí, como para tantos cienfuegueros de buena familia, la ciudad terminaba a la izquierda del parque Martí. *Allí no se te ha perdido nada*, decía mi difunto padre, que en gloria esté, y alardeaba de nunca haber estado en Punta Gotica. Pero

cuando esa iglesia de los hermanos del Santo Sacramento, *Catedral de los Negros* en voz popular, empezó a tomar forma, yo cogía mi bicicleta e iba a ver lo que desde siempre me pareció la mejor obra de la ciudad de Cienfuegos: una instalación plástica de padre y señor mío. En esa época yo era novia del que después fue primer esposo de Johannes. Novia sin habernos visto nunca. Conocí a Guido en uno de esos sitios de chateo abundantes en Internet, y luego de múltiples encuentros virtuales donde descubrimos tener muchas cosas en común que iban desde nuestro amor por el rock y las novelas de fantasía heroica, hasta el cine expresionista alemán, le mandé una foto, y él quiso venir a darle sentido físico a nuestra empatía electrónica. *Está bien*, dije, y a la semana Guido desembarcaba en Cienfuegos. Un hombre alto, de unos treinta años, estrecho de caderas y de buenos pectorales, *un mango*, como se diría ahora. Se lo presenté a mi familia, y les encantó. Sobre todo les gustó que no fuera un napolitano, gente de tan mala fama en Cienfuegos, sino de la Lombardía. Del mismo Milano era Guido, la ciudad más industrializada de Italia. Cuando lo llevé a ver la Catedral de los Negros quedó fascinado. Tomó mil fotografías y me dijo que los cubanos éramos unos locos. Guido trabajaba de gerente en un banco, y era así, tan expresivo, que parecía cubano. Le presenté a Arturo Stuart, estaba allí junto a los obreros, trabajando sin camisa, y Guido se quedó asombrado del torso repleto de músculos contrastando con la cabeza canosa y la cara llena de arrugas. *Parece un viejo condotiero*, me susurró Guido, cuando el viejo, después de desearnos bendiciones, nos dio la mano y se reintegró a su labor de albañil. *Es el papá de una amiguita de la escuela*, cometí el error de decir. Él quiso conocerla, y cuando ya en La Habana lo llevé a los albergues del ISA y se la presenté, todo acabó entre nosotros. Johannes le gustó. Tenía esa cualidad, la de gustarles mucho a los extranjeros, sobre todo si eran europeos. Para muchos cubanos, Johannes era una negra más, bonita si se quiere, pero muy prieta para el gusto nuestro. Con la gente foránea todas las cartas estaban a su favor, era tan airosa, parecía una princesa egipcia. Muchas personas la creían estudiante de danza y no

de artes plásticas. En fin, me quitó el novio. Lo hizo a su manera, como sin darse cuenta, haciéndose la inocente. Él la invitaba a salir, y ella iba. Luego, si yo le preguntaba, decía, mirándome con esos sus ojos carmelitas: *Estuvimos conversando de arte, quiere comprarme un cuadro*. Hipócrita. Un día me decidí y la invité a pelear. Le dije: *Mira, negra puta, vamos a aprovechar que hoy es domingo y no hay nadie en la escuela, vamos a cerrar el albergue y vamos a estar dándonos galletas hasta que decidamos de quién es Guido, porque tú no me vas a echar a perder mi recondenada vida*. Todo eso le solté, y ella, fría como era, me dijo que había practicado karate en su adolescencia temprana, allá en el Camagüey, y no me convenía la bronca: *Pues te voy a dar un pase del carajo, por otra parte, a Guido puedes comértelo con papas fritas, yo no tengo la culpa de que esté atrás de mí*. Al oír todo esto le fui para arriba, pero nos desapartaron. Luego estuvimos bastante tiempo sin hablarnos. Guido se fue para Europa. Pasaron seis meses, y cuando le escribía estaba frío conmigo. Al fin le mandé un email aclarándole que yo no era plato de segunda mesa y que se fuera para la pinga. Él respondió que estaba bien.

Cuando regresó de Italia, ya era novio de Johannes. Iba a buscarla al albergue y se besaban casi delante de mí, y vaya, la falta de respeto era tan grande que un día puse una canción de Nirvana en el mp4 y tomé unas pastillas para acabar de irme del aire. Me salvaron las compañeras de cuarto. Pasé una temporadita asistiendo a las consultas de una psicóloga del hospital Hermanos Almejeiras, y acabé comprendiendo el gran error que estuve a punto de cometer, acabar con mi vida por culpa de esos dos desconsiderados, sobre todo de ella, se suponía que era mi amiga. Ya la perdoné, después de todo ha sufrido bastante, a pesar de ser millonaria. El dinero y la fama no privan a nadie del dolor, en eso estoy muy clara.

El Gringo:

Yo me había aficionado a la vida nocturna. Me gustaba una putica chilena, Mía, que había sido saltimbanqui en el Circo del Sol, y que ahora tenía clientes de los más finos y escogidos. Yo no era un cliente para ella, era algo así como un amante, pero tenía gustos aun más caros que los míos, y aunque insistía en pagar, muchas veces era yo el que soltaba el baro, para que no me considerara un pazguato, y poner en alto el honor nacional aquí tan lejos de Cubita la bella, en este Louisville, la ciudad más norteña del Sur, donde solo se piensa en caballos y en creerse que son del Oeste. Me había vuelto sofisticado, yo, que pasé mi infancia en chancletas. Me cubría todo el cuerpo con la crema humectante recomendada por un célebre actor de cine, y me hacía la manicure una vez al mes, e iba a las carreras y apostaba, poco pero apostaba, todo buscando alternar con mujeres forradas, por lo tanto, sabía cuáles eran los sitios de moda de Louisville, y allí era conocido pues siempre he sido generoso con las propinas, así que cuando los camareros me observaban llegar con Margaret del brazo se desvivían por atendernos, algunos me guiñaban los ojos con disimulo, los muy tarugos, pues Margaret, aunque se veía bien para su edad era una cacatúa comparada conmigo, que me las pasaba corriendo, y en el gimnasio practicando boxeo con un entrenador que me cuidaba la cara.

La chilenita sí me gustaba, la verdad, había cumplido los treinta años y era muy depre, a veces se ponía de lágrimas, pues era muy católica y le daba grima haber caído tan bajo, por eso no volvía a su país, así que le dije que mintiera como todos, que dijera que estaba de cazadora de cocodrilos en la ciénaga de Zapata.

—¿Y dónde está eso?

—En Cuba, pero en lo que averiguan dónde queda, se van haciendo a la idea de que fuiste puta.

Berta:

A veces salíamos temprano del taller, y Prince nos invitaba a tomar helados. La cola era muy larga, por lo que Araceli, él y yo nos sentábamos en el Prado a esperar y hablábamos. Ya yo no lo amaba y podía mirarlo a la cara sin sentir aquella antigua conmoción. Ahora lo admiraba mucho. Me parecía destinado a grandes cosas, sobre todo si lograba concentrarse, transformar la poesía en el centro de su vida de verdad y olvidarse de predicar en esa iglesia loca de su padre. Eran días bellos. Araceli me había dicho que me amaba. Me lo soltó una tarde en que estábamos solas en mi casa leyendo a Ángel Escobar, y yo no supe que decir. Nunca había tenido relaciones con ninguna mujer, pero su boca olía a almendras, y los olores son muy importantes para mí. Me había pasado la vida padeciendo del mal aliento de los más disimiles borrachos de mi barrio. Me había prometido a mí misma no besar nunca a nadie que tuviera peste a bebida, a cigarros, a mala digestión o a caries.

Araceli era perfecta. A pesar de haber estado casada e incluso engañar a su marido, tenía algo virginal, inocente, que incluso se reflejaba en sus poemas, la mayoría en prosa. Poemas que el profesor solía criticar mucho pues no eran urbanos ni parecían creados por alguien tan joven. A mí sí me gusta la poesía de Araceli, incluyendo gran parte de su obra de adolescente. Cuando nos hemos vuelto a ver, ahora que ella se dedica a la televisión, le he preguntado por sus primeras obras y no ha sabido responderme. Le ha sido más fácil proponerme: *Acuéstate conmigo, por favor, lo necesito mucho, mucho*, que hablarme de su poesía. Eso es habitual en Cuba, uno se apaga y luego teme encender de nuevo la luz. *Un día vamos a escribir una novela a dos manos*, me propuso la última vez que nos vimos, allí en el estudio de televisión desde el cual se trasmite su programa. Ella estaba maquillada para salir al aire, por eso su cara me recordaba la de una geisha.

—Una novela que lo abarque todo, desde la catedral hasta los hermanos Stuart, incluyendo nuestro amor, porque mira que nos quisimos, ¿verdad? Yo nunca imaginé querer a una mujer y menos si se llama Berta, conocernos nos cambió la vida, ¿verdad?

—Sí. ¿Y Aramís? ¿Aramís saldrá en tu novela?

Ella no respondió, pues en ese momento el productor se acercó para decirle que solo faltaban tres minutos. Me tiró un beso volado y me dijo: *Luego nos vemos sin falta, espérame, iremos en el carro a ver el concierto de Carlos Varela.*

—Está bien –le aseguré yo. Luego no pudo ser, me fui.

Pero aquella tarde en el banco del Prado de Cienfuegos con nuestras ilusiones casi intactas, esperando nuestro turno en la heladería Coppelia de Cienfuegos, oíamos al joven Prince y parecía que todo sería distinto. Ahora entiendo que esa fue una de esas pocas épocas de tregua, regaladas por la vida: el marido de Araceli ya no se tomaba el trabajo de llegarse a Cienfuegos con el objetivo confeso de matarla por puta y por tortillera, Prince distaba mucho de ser el monstruo en que después se convertiría, mi madre estaba viva, y yo era feliz. No de una manera estruendosa, a gritos: era feliz de a poco a poco, a pedacitos, casi sin enterarme. Leía mucho. Los tres leíamos mucho y, la verdad, no me preocupaba el hecho de que, de pronto, empezaran a gustarme las mujeres. Me encantaba sentir el aliento de Araceli en mi cara, bañarme en ese aliento, lo demás me resbalaba.

El Gringo:

Hablaba mucho para ser una norteamericana, ya en la segunda cita sabía yo el nombre de sus padres y que tenía un hermano, corredor también de autos deportivos, que vivía en Montecarlo. Hablaba, pero te observaba con ojos inquisitivos, calándote, aquilatando cada una de tus palabras, y apenas te daba chance para que la tocaras, pasaron tres semanas antes de que me dejara rozar sus labios con los míos, y es que se sentía acomplejada por nuestra notable diferencia de edad y su cojera.

—En ti encontré mi alma gemela –afirmó al fin luego de nuestro primer beso con lengua, y yo la miré sonriendo apenas y asentí también.

Luego, cuando me quedé a solas, me dediqué a buscar datos en la Internet para que mi ignorancia no fuera tan evidente. Nunca he sido bruto, la verdad, y de no ser por aquella profesora de inglés que se dejó seducir por mí en noveno grado, quizás yo hubiera sido un chico modelo, así que me gustaba estudiar y pasaba horas y horas consultando Wikipedia y Encartas y los más diversos periódicos y revistas digitales, todo para enredar a Margaret. En eso fue de gran ayuda Mía, la chilenita, sabía bastante de literatura americana y hasta europea, íbamos a New York y allí buscábamos en las librerías de viejo. A veces me daban deseos de quedarme en la Gran Manzana con Mía y olvidarme de la provinciana Louisville y de Margaret la flaca motorista, pero esa mujer se había vuelto un reto. Sabía que yo era viudo, de una mujer tan mayor como ella, americana también, y por casualidad rubia despintada como ella. Eso le parecía raro. A mí también me lo hubiera parecido, la verdad.

Berta:

Mi amor por Prince se escurrió como el agua cuando uno le quita el tapón al fregadero, y podíamos estar los tres en el mismo banco del Prado. Prince sentado entre nosotras dos, y Araceli acariciándome la mano derecha sin que él se diera cuenta. En esa época ya Prince había vendido la motorina heredada del Gringo, por lo que luego volvíamos juntos al barrio. Seguía siendo lindo, aunque ya no se veía tan delicado y no tenía el atractivo animal del hermano. Parecía un modelo, pues usaba la ropa que el novio extranjero de Johannes solía obsequiarle. Siempre andaba con un cuaderno de tapas azules donde estaban los poemas, pero también los borradores de sermones, y una que otra tarea de la escuela. Araceli, en cambio, usaba un sofisticado bloc de cremallera al cual le había puesto con mucho primor en la caratula la palabra poesía en mayúsculas. Yo también tenía un bloc destinado a la escritura. No sé qué habrá sido de los poemas de Prince, cualquier día si vuelvo a ver a

Johannes le preguntaré. A mí me parecían muy buenos en aquel entonces, y atrevidos, pero no desde el punto de vista de la forma, que era bastante convencional, sino de las ideas. En el taller también nos sentábamos juntos, por lo que algún gracioso nos puso de mote: *La tropa de Punta Gotica*. Y como no sabían que Prince era hijo de Arturo Stuart, solían hablar de la catedral y del loco al que se le ocurrió construirla, y por supuesto de las autoridades que estaban más locas todavía al permitirlo. Prince no decía nada. Solía reírse. Tenía unos dientes parejos y blancos y unas manos… nunca más he vuelto a ver a un hombre con unas manos como esas, bellas, de dedos delicados y largos. Daban ganas de ser acariciada por esas manos. "¿Será homosexual, o no le gusta la gente de su raza?", pensaba yo buscando su mirada, pues me sabía bonita, y como a Araceli y a mí aún nos quedaba oro, vestíamos bien.

Ayer volví a ver al muerto. Aramís se apareció en mi apartamento de la Habana Vieja y me dijo que debía mudarme, pues se acercaba un ciclón. No había cambiado nada, seguía siendo el mismo muchacho blanco desnudo y la herida del cuello seguía soltando sangre.

—¿Y cuándo conoceré al amor de mi vida? –le pregunté.

—¿Hombre o mujer? –dijo Aramís con esa triste ironía de la gente muerta, y comprendí que no lograba perdonarme que Araceli y yo hubiéramos sido amantes.

—El género no importa –le dije–, pero que me ame de verdad, que me quiera como me quiso ella.

—Pero no duró.

—Nada dura.

—Mataron al hombre que me quitó la vida –dijo de pronto–. Quería venir a verte, pero no sabía si ibas a estar de acuerdo.

—¿Al Gringo lo ajusticiaron?

—Se le acabaron las apelaciones, primero el gobernador de Texas y luego la Corte Suprema le dijeron que no, se puso fatal, pero quiere saber si puede venir a verte.

—El Gringo es un muerto oscuro y no lo quiero cerca de mí… necesito

claridad, tu claridad –le dije a Aramís, y luego le dije por centésima vez–: Discúlpame por lo que pasó entre Araceli y yo, fue algo que no pudimos evitar, es que los hombres cubanos estaban de ampanga, ninguno era cariñoso con nosotras, todos querían lo mismo… meterte la pinga y ya, y una se cansa, una empieza a necesitar cariño, pero de verdad, no de juego, así que discúlpame, Aramís, y elévate, sube por fin a las regiones siderales donde te esperan los seres luminosos como tú, no te dejes enredar por esa basura que te robó la vida, aléjate del Gringo.

—No puedo –dijo él–. Trato de elevarme, pero hay algo que me lo impide, que me mantiene aquí a ras del suelo como una avioneta de fumigación, y es que estoy dentro de una Nganga. El Gringo me lo dijo. *Yo fui malo, Aramís, me dijo, no contento con matarte y vender tu carne, le regalé tu cráneo y tus huesos a mi padrino del Palo, y él es ese viejo canoso que te tiene de esclavo, que te obliga a hacer cosas de las que luego no guardas memoria.*

—Sé quién es –le dije–, y voy a salvarte para que te eleves.

—Gracias, Berta –dijo él, y se borró como el agua en el agua.

El año pasado vinieron aquí, a La Habana, tres miembros de la editorial Mecenas, y me encargaron una antología de los poetas cienfuegueros nacidos después del cincuenta y nueve. Yo hubiera deseado declinar ese honor, pero me hacía falta el dinero, por lo que firmé el contrato y me puse a la tarea. No estuvieron de acuerdo con incluir a Prince. *No nos parece representativo, al fin y al cabo nació en Camagüey, argumentaron primero. ¿Y Michel Martín? ¿Y Edel, el flaco, Pereira? ¿Y Ian? Poeta cienfueguero, cienfueguero de verdad, yo creo que solo hay uno, Jesús Candelario*, les dije, y entonces alegaron que no creían apropiado incluir a Prince. *Es un monstruo*, dijeron, *incluirlo desacreditará la poesía cienfueguera. Ya bastante tenemos con ese adefesio de templo que su padre construyó en Punta Gotica.*

A Araceli sí la incluyeron.

El Gringo:

A Mía tuve que dejarla, pues había en ella algo que me incitaba demasiado, su piel mate me colmaba de malos deseos, me daban ganar de matarla; para nada, pues Mía no tenía un centavo, sino para comérmela hecha bistecs, y eso me asustaba: una cosa es hacer las cosas para luchar, y otra muy diferente es volverse un sala'o pervertido que no puede estar con una mujer sino para ingerirla con papas fritas. El día que le dije que debíamos terminar, ella se deprimió mucho, a punto estuvo de conmoverme con sus lágrimas.

—Es por esa vieja puta –me dijo.

—Sí, por ella –le dije, y la mandé para la pinga.

Eran los muertos los que me incitaban a comerme a Mía, sobre todo la guajira, Amarilis, pues yo de gil aún conservaba su pedazo de cráneo y los otros huesos en la caja fuerte de mi apartamento en Louisville.

Rogelio, arquitecto:

Ahora me dicen: *Renunciaste a eso, a la posibilidad de llegar a ser un genio como el maestro Gaudí*, y yo les respondo que sí, que renuncié, pero luego pienso que se nace genio. Si en mi destino hubiera estado terminar esta, la catedral del mal, ya estaría acabada; además, nunca pretendí ser un genio, siempre quise ser uno de esos seres anónimos que uno los ve sentados en el parque leyendo el periódico y luego no te acuerdas que los has visto, una de esas personas quería ser yo, nada más. Es lo que soy ahora y no me arrepiento, es verdad que a veces cojo mi bicicleta, aunque mi mujer me grita: *Rogelio, acuérdate de tu próstata, te vas a matar, por favor*, me llego a Punta Gotica y me quedo mirando la ruina que pudo ser mi catedral con una gran tarja que lo dijera. Cierro los ojos y pienso que las cosas pudieron ser muy distintas. Ahora, cuando al fin la Universidad de Cienfuegos tiene una cátedra de Arquitectura e Ingeniería Civil, a veces

el decano que estudió conmigo en Santa Clara me invita a dar conferencias. *Para que te ganes unos pesos*, dice condescendiente, bonachón, perdonavidas. Yo, cuando estoy frente al alumnado, empiezo a hablar de arquitectura cubana del 2000 para acá, ansiando y deseando a la vez que inquieran, que pregunten por la catedral, y si al fin una mano se levanta y alguna jovencita se interesa:

—¿Y la Catedral de los Negros cómo la definimos, profe?

—¿Como una locura, una genialidad o ambas cosas? –pregunta algún otro joven, y yo me extiendo. Casi les hago un compendio de historia de la arquitectura, me remonto a los mayas, paso por los asirios, luego salto y ya estoy en la Baja Edad Media Europea, y ellos me miran sabiendo que huyo, que tengo miedo de responder.

—Yo renuncié a ser grande –le digo a mi hermano Felipe cuando ambos estamos borrachos–. Renuncié a ser grande aunque un ángel me indicó el camino; era un ángel sin alas, así que desde siempre debí haber sospechado que era el ángel del mal, un demonio.

—No te deprimas –dice mi hermano, que estudió psicología aunque no se graduó, y todos los días debe irse a trabajar de contable en una de esas empresitas de tres por quilo que atienden la gastronomía, eso hasta que se jubile como yo, que ya me jubilé, y aunque me metí treinta años trabajando de arquitecto no me alcanza mi jubilación para nada, tengo que hacerle algún planito a la gente que construye para más o menos ir tirando. Pensar que cuando los sacramentarios, Arturo Stuart me pagaba doscientos pesos al día para edificar su iglesia.

—Sí, pero era la catedral del mal –repite mi hermano lo que yo mismo le he dicho cien veces–, así que no te deprimas.

—Pinga la catedral del mal –digo yo–. Mira como está mi casa, cayéndose.

Debí haberme ido a Europa cuando era joven, o a los EE.UU., allí está todo. Allí se sigue construyendo a lo grande, allí sigue existiendo la arquitectura de autor, no como aquí que todo viene en un catálogo chino, brasileño o de la India, y nada se puede hacer. *No te deprimas, vamos a*

hablar de pelota, suspira mi hermano, y se da uno de esos tragos largos que solo se dan los viejos cuando ya están muy borrachos.

El Gringo:

Era mayor, pero tenía algo delicado y fino. La primera vez que nos acostamos, me enseñó a quitarle su pierna de fibra de carbono y plástico, luego se desnudó, y desnuda estaba mucho mejor. No era ninguna cacatúa, tenía cincuenta y siete años pero bien empleados. Mientras me la singaba miraba la pata robótica que había quedado sobre una repisa, y era como mirar un extraño adminículo alienígena, eso me excitaba. También me gustaba correr en esas Ducatis, lo mejor que ha dado Italia después del Renacimiento, mejor incluso que la Harley Davidson de ella, que un clásico y todo era demasiado pesada.

Creí que nunca iba a pedírmelo, pero después de llevar juntos casi un año, dos días antes de mi cumpleaños treinta y uno, Margaret me pidió que me fuera a vivir a su casa, así, sencillamente, como hacía casi todas las cosas, como si el macho fuera ella. Luego me especificó que había consultado a su padrino del candomblé, y este le había dicho que yo era el hombre indicado. “Qué padrino más fuácata”, pensé yo, y me di de rogar un rato para que no sospechara.

El Tripa:

Pretender que Arturo Stuart iba a soltar el billete como si de un vendedor de pizzas clandestino se tratara, fue un error del ruso Antón Abramovich, y realmente esa tarde de septiembre, al mandarnos a Gordo Gris y a mí a buscar el dinero, empezó el fin de su imperio.

El Gringo:

Éramos demasiado visibles, hasta para este país lleno de gente estrafalaria, una cincuentona de cabello tan claro que parecía blanco, vestida de hule negro, y un negro joven y delgado vistiendo de Armani, ambos en par de motos ultramodernas, cruzando a toda velocidad los caminos vecinales del condado, llamaba la atención como cojones, y muchas veces sentíamos Margaret y yo el pitar de las patrullas atrás exigiendo que nos echáramos a un lado, pues íbamos a una velocidad mayor que la permitida. A nosotros nos daba risa tanto celo policial, y a veces yo hacía el niche, *hacer el niche* era hablar con un acento muy marcado, y así reírnos un poco. Eso me gustaba de ella, siempre estaba lista para la broma y para la bronca, muchas veces tuve yo que fajarme con tipos que la habían mirado con conmiseración o la habían ofendido de alguna forma. Ella les volaba encima y les pegaba, eso era tremendo, pues en el Yuma cualquier alfeñique pesa más de doscientas libras de músculos, y yo cuando más gordo he logrado estar nunca he pasado de las ciento ochenta, así que me veía obligado a pegar rápido y directo, siempre buscando el mentón. Siempre dispuesto también a sacar la pistola, por si acaso. A veces, claro, llevábamos la peor parte ella y yo, pero muy pocas veces.

Eso me gustaba de mi vieja Margaret, lo que me caía mal era la politiquería y el pensar tanto en los pobres para luego tomarse una botella de Chivas Regal de quinientos dólares.

Ian Rodríguez, poeta y escritor cienfueguero:

Al Diácono lo conocí una tarde en que amenazaba lluvia, por eso al taller asistió muy poca gente, lo trajeron Araceli y Berta. Recuerdo que cuando le pregunté sobre sus preferencias literarias (suelo interrogar a todos los que empiezan para comprobar su nivel de lecturas), me habló de

Williams Carlos Williams y de Wallace Stevens, poetas a los que era muy devoto en ese entonces, aunque luego su manera de entender la poesía tenía muy poca coincidencia con la obra de esos autores norteamericanos. Pensándolo bien, la poesía del Diácono se asemejaba mucho a la de Rimbaud y a la de San Juan de la Cruz. Quizás aderezada con una tendencia a lo postmoderno que no le quedaba mal. Al integrarse al taller ya tenía algunas cosas escritas, claro, con los errores que uno espera encontrar en un principiante, pero nada mal. Muchos poetas con libros publicados hubieran envidiado ese manojo de poemas escritos en un cuaderno, a mano con una grafía rápida, semejante a un rastro de hormiguitas. Por eso yo le decía: *No entiendo esto, léemelo*, y él alzaba esa su voz clara, viril, tan contrastante con su cuerpo delgado, de apariencia frágil.

Era un natural. Había nacido con instinto poético y era derramado, fuera de cauce, eso a veces conspiraba contra la armonía de muchas de sus obras. Yo le decía: *La inspiración es un caballo salvaje, pero no puedes permitirle que se desboque siempre, llegado el momento tienes que dominarlo*. Él estaba de acuerdo conmigo, pero dominar esa tendencia al automatismo psíquico le era muy difícil. Incluso en el libro que luego resultó premiado en el Pinos Nuevos hay poemas donde se aprecia ese lirismo acelerado.

Siempre llegaba al taller acompañado de las dos muchachas. Entre ellos parecía haber una relación más allá del mero compañerismo literario. Yo estaba seguro de su condición de amantes, y pensaba que el Diácono tenía mucha suerte, pues las jóvenes eran muy lindas.

De ellas dos, aunque perezosa a la hora de escribir, más dada a la contemplación y a la lectura, Araceli era la mejor dotada para el hecho poético. Le gustaba mucho el endecasílabo, y sus sonetos eran bastante buenos, pero no parecían escritos por alguien tan joven. Berta, al contrario, trabajaba mucho en unos largos poemas de versos libres, laboriosos y estilizados, pero desde siempre la vi con muchas más posibilidades en la narrativa, la verdad. Ahora que ella es una novelista

tan conocida, cuando viene a Cienfuegos en algún jurado del Casa de las Américas o algo así, yo le recuerdo lo triste que se puso cuando le recomendé que fuera a ver a Marcial, el de la bicicleta, o que aprovechara que Atilio estaba en Cienfuegos, y hablara con uno de ellos dos. *Pero si no tengo nada escrito en narrativa, ¿qué les voy a enseñar? ¿Las tetas?*, respondió con esa tendencia al sarcasmo que a veces resultaba algo cansona, y que los caracterizaba a los tres, al Diácono sobre todo, y que uno perdonaba porque intuía la necesidad de protegerse de la sociedad. Muchos los miraban mal porque, como ya dije, se comportaban como si fueran un trío de amantes. Al entrar ellos aquí a la librería donde imparto el taller, las empleadas se les quedaban mirando y peroraban de que *la blanquita de Santiespíritu cayó en Cienfuegos de fly y la mulatica le permitió quedarse en su casa y, ¿quién mete a alguien en su hogar si no es con algún interés, sexual en este caso?, y de que el Diácono, hijo de ese pastor loco de Punta Gotica que lleva años y años haciendo una catedral que nunca se termina, y que de tan grande un día la vamos a ver desde la puerta de la librería sin tener que alzar la cabeza, también está en el puré y se las está singando a las dos, aunque la mulata posiblemente no sabe que también está con la otra, porque cuando por hache o por be no asiste al taller, fíjate como la blanquita se agarra al brazo del Diácono, y luego cuando acaba la clase no van para Punta Gotica sino que cogen Boulevard arriba, y un día yo los vi entrar a una de esas casa de citas donde solo se va a singar.*

Eso oí que se hablaba de ellos, las veces que buscando uno que otro libro me acercaba a las libreras sin que ellas se percataran.

El Gringo:

A veces tienes que matar a alguien aunque no quieras, es algo que te va comiendo por dentro, una *disyuntiva*, como se dice; eso me pasó con Margaret, mi segunda esposa, yo hubiera querido durar con ella toda la vida, pero en ese Louisville, pueblo de campo infame, el juego se me

empezó a poner malo. Había gente que me conocía, granjeros que me habían visto con Elsa, y a los que no les gustaba que volviera a desposar a otra americana vieja, así que le dije a Margaret que nos mudáramos a la Gran Manzana o a Chicago al menos, que ya estaba un tin cansado de prados azules y de caballos, pero ella no estuvo de acuerdo. Se sentía la hembra alfa.

—Mi vida está aquí, *Darling* –me dijo, luego rectificó–: Nuestra vida.

"Pinga", pensé, "tengo que tumbarle algo y largarme, no puedo quedarme viudo dos veces porque estos americanos no son tan sanacos como parecen a primera vista".

Aparte, le había ido cogiendo cariño, y un tipo como yo no puede darse el lujo de querer a alguien tan suspicaz como Margaret, que en el fondo no quería a nadie. Bastaba ver las cámaras de vigilancia que les tenía instaladas a los empleados de la consignataria, y lo mal que los trataba en esas reuniones a las que a veces ella me pedía que asistiera.

"No hay cojo bueno", pensaba yo, mirándola desenvolverse como si Dios fuera primo de ella, creyéndose la gran cosa porque se mantenía flaca y casi todas las mujeres a su edad ya estaban hechas unos pudines.

Lo que me decidió fue encontrarme con otro negro igual que yo. Un día estoy a punto de subir al Ferrari cuando noto que me miran con hostilidad, me doy la vuelta, y allí estaba un mulato de ojos claros y más o menos de mi tamaño, que, con una voz cargada de erres que no me gustó desde el principio, me dijo:

—Usted y yo tenemos que hablar.

Era Pierre Giscard y había sido amante de mi vieja, según me dijo cuando nos sentamos en un Starbucks y el camarero nos trajo los expresos.

Hablaba como todo un gigoló, un tipo que cree que a todo pastel se le puede sacar una rebanada. Acababa de regresar de Toronto, adonde lo habían llamado a entrenar una escudería, y se había enterado de la novedad: Margaret O'Sullivan era ahora una mujer comprometida. Yo lo escuchaba con una leve sonrisa, sin tomarlo mucho en serio, pero de

pronto dijo que se le estaba acabando el dinero, y luego que me había estado investigando y sabía algo de la extraña muerte de mi anterior esposa, y eso sí que no me gustó nada.

Te daré algo, le dije, para que te estés quieto, le dije: ¿Cuánto?, y saqué mi libreta de cheques y la estilográfica, pero él movió la cabeza negando.

—¿Aceptas efectivo? –pregunté yo haciéndome el chivo con tontera, porque en realidad ya había decidido liquidarlo, y el muy verraco me dijo que no, que lo que deseaba era que yo dejara a Margaret en paz, que ella no era mujer para mí, y la prueba era que habían seguido viéndose, y si no lo creía, tenía videos de eso.

—Vaya –dije–, tú ganas… ¿Eres haitiano, verdad?

—Francés –dijo él con arrogancia–. No soy un caribeño como tú… Vete ahora mientras puedas… Tengo un dossier que le daré a la policía, así que ya sabes.

Luego se levantó, y el muy hijo de puta se atrevió a tenderme la mano. Yo se la estreché y sonreí.

Cuando se fue, monté en el Ferrari y encendí la computadora del auto. Me conecté a Internet, y en Google describían a Pierre Giscard como un ex campeón de Fórmula Uno que luego de un accidente tenía una lesión en el cráneo que provocaba que su comportamiento fuera errático y lo inhabilitaba para conducir autos de carrera.

Era un tonto. Si hubiera sido un tin más sutil se hubiera dado cuenta de que conmigo no podía. Quizás entonces Margaret y él estuvieran vivos, pero se equivocó, me consideró un tipo como él, de esos que confían en leyes y abogados. Esa noche, acabados de acostar, le pregunté a Margaret si conocía a un tal Pierre, y ella se puso tensa. Evitó mi mirada cuando me dijo que era un amigo, eso nada más, un infeliz muchacho tan averiado como ella aunque no se le notara.

"Esta está en algo", me dije.

Pasé tres semanas vigilando al tipo. Me hice experto en él. Llegué a saber dónde vivía y cuáles eran sus hábitos. No tenía amigos, exceptuando otro francés, chef en uno de los restaurantes más exclusivos

de la ciudad, y claro, Margaret, mi esposa, a la que solía visitar cuando suponía que yo no estaba en la casa. Yo evitaba también encontrármelo. Solo una vez nos encontramos, en el mismo Starbucks, y le dije que sí, que me iba, pero que me diera tiempo de arreglar mis asuntos. El tipo se lo creyó, suspiró con suficiencia y volvió a darme su mano, fina, musculosa pero sin energía, era como apretar un pájaro muerto.

—¿Todo claro, entonces? –tuvo el descaro de preguntar.

—Sí –le dije–. No le digas nada a Margaret. No quiero que me odie.

—Ok –dijo con una sonrisa.

Pasé una semana entera pensando en cómo haría para entrar en su vivienda. Me ayudó la casualidad, un día descubrí que el tipo escondía la llave bajo la alfombra de delante de la puerta, para que la criada colombiana llamada Lourdes pudiera entrar y realizar la limpieza. Esa criada iba en días alternos: lunes, miércoles, viernes y domingo. Los otros días, el tal Giscard tenía la llave consigo. La colombiana arribaba alrededor de las nueve de la mañana. Me arriesgué. Recé para que ningún vecino me viera, llegué a la puerta de la casa del francés, levanté la alfombra y marqué la llave en un pedazo del barro que compré en una tienda para niños. Al otro día tomé un autobús hasta New York. En una calle de Brooklyn encontré un cerrajero puertorriqueño. Por mil dólares me hizo un aceptable duplicado de la llave. Lo demás fue fácil. Un martes, a las tres de la tarde, me introduje en la vivienda de Giscard. Le puse el silenciador a mi cuarenta y cinco, y lo esperé sentado en el sofá. Se demoró unas dos horas, pero al fin oí, primero los suaves pasos, luego la llave penetrando en la cerradura. Abrió la puerta. Puso el portafolio en la mesa de cristal y acero, y entonces levantó la cabeza y me vio. Atinó a quitarse las gafas. No lo dejé hablar. Le disparé en la cara. No lo hice por venganza, incluso me caía bien, era un negro fino como yo y tenía una apostura que me recordaba a Prince, pero uno de los dos sobraba.

Abrí sus armarios y me vestí con uno de los conjuntos deportivos, todo Nike, hasta el cinto. Me cubrí la cabeza con una gorra auténtica de los Yankees. Mi propio traje lo metí en una mochila. Luego tomé las

llaves de su auto, un Volvo nuevo. Introduje el cadáver, primero en un nailon, y después en la enorme maleta negra que había traído conmigo. Bajé las escaleras con esa maleta y embutí el cuerpo del difunto en el maletero del Volvo.

Volví a la casa del difunto. Encendí la laptop que encontré arriba de la mesa. Abrí un documento Word y escribí un plan de asesinato contra Margaret O'Sullivan por mujerzuela y perra, y contra Ricardo Mora, alias Richard, por aprovechado.

Berta:

Jugábamos a las palabras, ahora recuerdo, pronunciábamos una y era como si el vocablo permaneciera en el aire hasta que decíamos otra y entonces estallaba como una pompa de jabón. Jugábamos a las palabras. *Es una forma de acercarse a lo poético*, decía el maestro Ian, y nosotras, Araceli y yo, nos llevábamos las palabras hasta el muelle frente al mar, la parte de Cienfuegos que más nos gustaba, y allí continuábamos el juego. *Lapislázuli*, decía yo, y Araceli me respondía con la palabra transparencia. Jugábamos a las palabras, y Prince a veces venía con nosotros, pero no jugaba. Con el mar parecía bastarle. Se quedaba lelo mirando a lo lejos, parecía viejo entonces, de una vejez que nos trascendía, una vejez ancestral. No era feliz, por eso quizá sus poemas eran tan buenos. Nosotras sí éramos felices. No podíamos evitar ser felices. Estábamos enamoradas, y mi madre empezaba a darse cuenta. *¿No sería mejor, decía, que Araceli vaya buscando ya un lugar para vivir? Ustedes pasan mucho tiempo juntas.*

Jugábamos a las palabras.

El Gringo:

La maté una mañana después, recuerdo que caía una lluvia suave, presagio del otoño. Ya tenía en las manos el pasaporte y el carné de

conducción que atestiguaban que mi nombre era Albert Rodríguez, ciudadano norteamericano de origen costarricense. Esos papeles me habían costado sesenta mil dólares, pero eran de tan buena calidad que con ellos pude comprar la cuarenta y cinco con la que despaché primero a Giscard y luego a mi *wife*. Le permití morir haciendo lo que a ella tanto le gustaba, conducir su perfecta Harley Davidson. Yo iba en la Ducati. Paramos en una intersección frente a un semáforo. Yo estaba unos centímetros detrás. Saqué la pistola.

—Adiós, mi amor –le susurré y le disparé en la nuca. No me importaron las cámaras que todos los semáforos de este país tienen. La vi caer como un pajarito y arranqué sin esperar la luz verde. No miré atrás. En la mochila llevaba justamente setecientos mil quinientos dólares que había sacado de la caja fuerte.

Guardé la moto que ella me había regalado por mi cumpleaños y la cuarenta y cinco en un cobertizo de las afueras de la ciudad. Allí ya estaba el cadáver de Pierre Giscard. Le pegué candela al cobertizo, pero antes, claro, saqué el Toyota del tipo, y manejándolo le dije adiós para siempre a Louisville y a Ricardo Mora, alias el Gringo. Al menos eso creía yo.

Antón Abramovich:

De joven yo era semejante al príncipe Andrés, bajo de estatura y muy bien parecido. Nunca he tenido barriga, ni he sido fofo de cuerpo, pero en ese entonces mi cuerpo era el de un efebo de la Grecia clásica. Yo soy de Tula, allí donde se fabricaban las mejores armas en tiempo de los zares, y donde está enterrado el gran Lev Tolstoi. Mi padre fue profesor de la Facultad de Historia de Tula, pero durante la Gran Guerra confraternizó con un amigo norteamericano, amante de lo medieval y arqueólogo. Acabó la conflagración, y mi viejo y el norteamericano cometieron el error de seguir carteándose, y eso ya sí no les convino para

nada a los soviets. Papá fue expulsado de su cátedra en la universidad y estuvo a un tilín de pasar una temporadita en Siberia. Por fortuna, Stalin murió, y mi padre se mudó a Ucrania. En un edificio de las afueras de Kiev nos instalamos los cinco, mis padres, mis dos hermanas y yo, que apenas tenía cinco años de edad. A los dieciocho yo deseaba ser piloto, pero no pudo ser. Con un padre como el mío, a las autoridades no les pareció adecuado prestarme uno de sus aviones: *los mejores del mundo*, decían. Tuve que conformarme con la ingeniería industrial. Desde ese entonces me prometí a mí mismo no confiar nunca más en ningún Estado. *Voy a hacer dinero*, me dije.

A Cienfuegos llegué en el ochenta, siete años después de graduado, rodeado de los otros bolos, rusos la mayoría, pero también los había ucranianos, moldavos, bielorrusos, kazajos, armenios y demás. Aquí lo aprendí todo, a bañarme de continuo, a usar desodorante, a disfrutar de verdad de una mujer y, algo muy importante, aprendí que no se puede tener miedo. *Quien tenga miedo que se compre un perro*, como dicen los cubanos. Aquí confirmé algo que ya sospechaba: soy negro. Lo sospechaba porque desde muy chico me gustaba el jazz, el blues, la salsa, y cuando conocí a la mujer negra, me arrebaté y me casé con Margarita, una estudiante de Literatura Inglesa. *Mi reina Margot*, la llamaba yo. Nos iba de lo más bien porque yo hacía rublos. El dinero existía para entrar en mi bolsillo. Luego la Unión Soviética se hizo polvo, mi padre murió, y tres años después murió también mi madre. Yo me quedé en Cuba y me reafirmé en mi propósito de volverme un personaje, *un negro ruso de salir* como dicen los cubanos. Entonces, cuando ya tenía mi bar, al cual venían desde Europa, Canadá, México, Argentina y Brasil clientes de los más selectos, ansiando disfrutar de todo tipo de perversiones sexuales en buena compañía, conocí a Yusimí, una negra aindiada, de pelo largo, y pupilas verdes, alta, de cintura estrecha y de trasero bien formado. Me la presentó la misma tía, una tal Maribel.

—Mira –me dijo–, la chiquita viene de Guantánamo y tiene muy mala situación en la casa, está dispuesta a todo con tal de levantar un baro.

—¿A todo? Déjeme probarla –dije y ese fue mi error, me acosté con Yusimí, de solo quince años en aquel entonces, y no fui capaz de ser sincero conmigo mismo y comprarle una casa y tenerla solo a mi disposición, sino que se la di a los perros, tanto humanos como de cuatro patas, le saqué billetes, pero me dolía cuando alguien la tocaba. Me dolía como si me estuvieran clavando agujas bajo las uñas. Me dolía, pero el dinero, el money, el baro, la pasta, los kopeks, la lana, las pesetas, las dracmas, las coronas, lo son todo en la vida, es en lo único en que se puede creer. Enamorarse es una mierda, si la Yusimí no me hubiera hechizado, yo no hubiera perdido el tiempo en meterme con los sacramentarios, hubiera dejado en paz a ese viejo loco de Stuart, pero yo deseaba demostrar algo, lo necesitaba. Necesitaba demostrarle a Yusimí que yo era el macho alfa, que aquí en Punta Gotica no se movía ni una hoja sin mi permiso, y me escaché.

El Gringo:

Cinco días después hablaban en la CNN de la desaparición de Margaret O'Sullivan, excampeona mundial de motociclismo, primera mujer que participó en el rally Rabat-Trípoli, y de su flamante esposo, el *sportman* de origen cubano Ricardo Mora, muertes estas en circunstancias no esclarecidas, pues si Margaret O'Sullivan había sido ultimada de un disparo en la nuca mientras manejaba su Harley Davidson, el carbonizado cadáver de Ricardo Mora fue hallado en un establo situado en los alrededores de Louisville. Dicho cobertizo había sido incendiado de manera intencional. Supuestamente, la policía poseía la grabación de una cámara de carretera. La tal grabación implicaba a cierto joven de origen francés, aunque de ascendencia brasileña, Pierre Giscard, que había estado saliendo con Margaret O'Sullivan, antes de que esta conociera a Ricardo Mora. La policía no había podido ubicar al tal Giscard, que desde la noche de los hechos no había vuelto a su

apartamento. Ricardo Mora era propietario de una Ducati, regalo de la occisa, y restos de una moto así también se hallaron en el establo, además de huellas dejadas por los neumáticos de una camioneta. Pero lo que más implicaba al antes mencionado Giscard era un plan de asesinato encontrado en el disco duro de su laptop.

Todo eso escuché y vi yo, mientras me tomaba un Cuba Libre acostado en la cama de un Hilton en Chicago.

El Tripa:

Fue un error del Ruso, pienso ahora paseando por las Ramblas, un error, pero él era así, sobre todo si Yusimí la de los ojos verdes estaba cerca. Tenía que alardear.

—Vayan de nuevo –nos dijo–, y díganle que Antón Abramovich no habla tres veces con la misma persona.

Fue un error, pero como Yusimí lo estaba mirando con esas sus pupilas de quien no tiene nada en la cabeza, y tenía las piernas cruzadas, por lo que uno podía ver el empezar de sus bragas, y a la vez acariciaba ese pastor esquimal que él se trajo de Rusia, uno no podía decirle: *Oye Ruso estás en un error, porque te sustituía a la velocidad de un cohete*. Así que Gordo Gris y yo tomamos el coñac que restaba en los vasos, nos paramos y fuimos a ver a Arturo Stuart, sabiendo que era un error de los graves, de esos que no se subsanan fácilmente. Arturo Stuart tenía conexiones, pero conexiones de verdad: con la iglesia americana, con el gobierno de Cuba, y sabe Dios con quién más, y los sacramentarios en Cienfuegos eran ya más de veinte mil y fanáticos. Además, Stuart era un hombre sin miedo, un negro de metal, y aunque la primera vez nos trató con amabilidad, aclaró: *No quiero verlos más por aquí, por favor, díganle a Antón Abramovich que intente edificar su sinagoga, ya nosotros sabremos qué hacer*. A Abramovich le disgustó el hecho de que Stuart lo llamara judío. *Ese jodido negro*, dijo, y Yusimí estaba presente, así que nos repitió: *Vayan a*

ver a Stuart, pero vayan preparados, y Gordo Gris y yo nos dirigimos a la cuartería donde seguía viviendo Arturo Stuart con su esposa, su hijo menor, Prince, y su única hija, Johannes, cuando regresaba del ISA.

El Gringo:

Uno se ve obligado a no dejar cabos sueltos, no hay más remedio. Llevaba dos años viviendo en Chicago, cuando oigo una voz de mujer que suelta:

—Ricardo Mora Gutiérrez.

Me acababa de bajar del carro y estaba en la zona de parqueo de una de las principales joyerías de la ciudad, donde había ido a comprar un Rolex. Me doy la vuelta, y allí estaba Mía. Este país tiene nueve millones de kilómetros cuadrados, y ella había escogido la misma ciudad que yo.

Vestía de un modo bastante deprimente, minifalda y chaqueta roja para hacer juego con el color chillón de sus botines; además, llevaba tanto maquillaje en la boca y alrededor de los ojos que daba grima.

—Ricardo –repitió y se abrazó a mí–, todos en Louisville estaban seguros que te habías carbonizado, pero yo sabía que no era así… sabía que estabas vivo.

—¿Estás haciendo la calle?

—Sí, ¿qué quieres? La vida está dura –luego rompió a reír y a llorar a la vez–. ¿Sabes? Me estoy dando hasta por sesenta dólares la hora, yo, que llegué a cobrar mil pavos en una noche.

Ya no era la chilenita mística de sus tiempos en Louisville. Ahora estaba flaca y pálida, parecía una muerta. No me convenía que me vieran con ella, y a punto estuve de darle el esquinazo, pero entonces me contó que la policía no se había comido el pato, que había interrogado a todos mis conocidos, pero que ella no había dicho nada.

—¿Estás consumiendo? –le pregunté.

—Sí –dijo ella–. Polvo de ángel.

—¿Por qué no volviste a Chile?

—En Santiago nadie me quiere, le escribí a mi hermano mayor y dijo que si me llegaba allá me mataba... Se enteraron de que yo estaba de puta aquí, Berenice les escribió.

Berenice era su prima, una gordita que no se parecía en nada a ella y que trabajaba de enfermera.

—¿Y tú qué hiciste?

—Nada, tiene razón, soy una puta.

—Invítame a un café, por favor –dijo.

Mía se echó a llorar, estaba superdepre. Me la llevé para mi casa y le di quinientos dólares. Ella hubiera querido pagarme con sexo; no quise, pero le solté un consejo.

—Piérdete, vete de Chicago y no le digas a nadie que me viste.

Pero no se fue. Pasaron dos semanas y un jueves de lluvia, cuando volvía a mi casa, siento que hay alguien sentado en un peldaño de la escalerita de entrada. Era ella.

Estábamos en primavera, pero en Chicago hacía frío; además, estaba mojada, olía a vómito y a sudor de puta barata.

—Entra –le dije, y se sentó en mi sofá nuevo, sin importarle sus ropas húmedas.

Yo no hubiera querido hacerle daño, la verdad, pero en EE.UU. hay trescientos millones de habitantes, y cuando uno es un recién llegado cree que es fácil perderse y no es así, aquí lo fiscalizan todo, y los papeles a nombre de Albert Rodríguez me habían costado mucho, y yo no estaba dispuesto a perderlo todo por causa de una drogata como Mía, que seguro iba a hablar de mí, si no ahora, sí cuando estuviera volada de verdad. Tenía que hacerlo, me caía bien y era muy buena singando, pero era ella o yo. No había remedio.

—¿Cómo caíste tan bajo? –le pregunté cuando le serví el café, y me contó que después de que yo la había abandonado, conoció a un artista, un pintor del Sojo que era un poeta como ella, y se habían ido juntos hasta el Perú y habían subido a Machu Picchu, pero que después el

pintor se había vuelto loco. No me dio más detalles, solo agregó que el tal le había robado más de diez de los grandes en joyas, y había comprado un cuadro pretendiendo que eran *Los girasoles* de Van Gogh.

—¿Le has hablado a alguien de mí? –le pregunté.

—Claro que no, Ricardo –dijo ella–. Además, aquí en Chicago solo te tengo a ti; no sé por qué pero ahora los clientes me huyen, a mí, que cobraba mil dólares la noche.

—¿No te dije que te fueras de la ciudad?

—Sí, ¿pero a dónde iba ir, Ricardo, con tus cochinos quinientos dólares?

—No me llames más Ricardo, dime Mauricio.

—Está bien, te llamarás Mauricio –dijo ella–. ¿La mataste verdad?… A la bruja, quiero decir.

—No –dije–. Solo que no quiero problemas.

—De mí no tienes nada que temer.

—Claro que no, tú eres mi princesita araucana.

Me paré de la butaca y me senté en el sofá junto a ella. Primero tomé su mano derecha y me la llevé a los labios, luego le acaricié las mejillas; ella se erizó toda como una gatica, entonces pasé a su cuello y lo apreté hasta que se murió, apenas con un gemido. La enterré en el jardín. Estaba seguro de que nadie la había visto. Mi cuadra era muy silenciosa. Sin embargo, luego supe que había un testigo: una vieja americana me vio entrando con una mujer muy delgada, y luego me vio enterrar un bulto muy grande en mi jardín, pero no dijo nada, no quiso buscarse problemas, creo.

Me mudé a Portland.

Mariano Mesa Guillot, ex director de la secundaria Rafael Espinosa:

El inteligente era el otro, el menor, Prince, por eso no me extrañó nada cuando con solo diecisiete años ganó el premio Pinos Nuevos de

poesía, y un día lo vimos mi esposa y yo, por la televisión, sentarse frente a la animadora Raquel Mayedo a responderle preguntas como si de un actor de cine se tratara. Estaba mucho más alto, uno ochenta y cuatro por lo menos, pero seguía teniendo la misma cara de ángel de siempre y parecía menos nervioso incluso que la animadora, era como si hubiera nacido para las cámaras y lo supiera. Leyó uno de sus poemas, trataba del único tema interesante para él desde siempre, la muerte. Su voz sonó clara y viril. Una voz de predicador de mentiras. Una voz de alguien tan falso como una moneda de madera. *Él es malo*, le dije a mi esposa, *va a dar mucho que hablar, pero es malo*. No quiero dármelas ahora de oráculo pero se le notaba, lo dije sin saber qué tan malo podía ser de verdad. Estoy seguro de que el otro muchacho fue solo una víctima de las circunstancias. Tener esa enfermedad tan terrible siendo tan joven es capaz de perturbarle la mente a cualquiera.

En fin, ¿quién soy yo para juzgar a nadie? Solo soy un viejo algo loco que pasó su vida tratando de cultivar a la juventud, pero sin lograrlo. La cierto es que cuando me hablan de eso, del *hombre nuevo*, me da por dar gritos. El esfuerzo de otros educadores y mío fue enorme, y casi todos salieron malos. Incluso los buenos no son como esperábamos. *La generación de la Catedral de los Negros* les diría yo si alguien me pregunta. Fíjense en Berta, una muchacha con gran talento para las letras que realizó su sueño de ser escritora. ¿Y qué? Abandonó a su ciudad. Vive en La Habana, y en sus novelas apenas significa nada su condición de nativa de Punta Gotica, el barrio más humilde de Cienfuegos. De los otros, Yohandris vive en Barcelona, claro, ese para lo único que servía era para cabecear balones en los torneos intermunicipales de fútbol, y al final resultó el mejor porque no cayó preso y ayuda monetariamente a su viejo padre. Le manda de todo pero desde allá, a Cuba no viene. Johannes, la única cuerda de los Stuart, ahora es famosa e incluso sale en los libros de arte contemporáneo, y según la prensa sensacionalista acaba de comprarse una islita en el Mediterráneo. De todas formas estoy seguro de que acabará mal. Toda esa familia estaba destinada a acabar mal. Están

malditos, no me gusta emplear esa palabra porque soy materialista y no creo ni en la madre que me parió, pero es la verdad, esa gente está maldita. Del Gringo, no quisiera hablar de él, pero en fin, le inyectaron solución letal. Buen final para alguien tan asesino, pero es que yo lo conocí, fui su maestro y aún lo recuerdo. Recuerdo su sonrisa y cómo le interesaba la matemática, y cómo cantaba canciones patrióticas en las actividades de la escuela, lo respetuoso que era, y cómo se preocupaba por él, la madre, la difunta Clara. Todo para luego juntarse con Salvador el Cerdo y terminar vendiéndole carne de muerto a todo el barrio de Punta Gorda, dándoles una fama tan grande de caníbales a los habitantes del barrio, que han pasado los años y aún cuando uno dice: *Soy de Punta Gotica*, te miran mal y si son atrevidos va y te sueltan: *¿Ah, el barrio de los caníbales?* Nacho el Bemba, ese se la ha pasado preso. Tiene su reputación, como dice él y cuando salga… pues está a punto de salir, ya lleva veinticinco años y está recluso desde adolescente. Bárbaro, mi sobrino, está perdido, y no por su condición de homosexual sino porque anda vestido de mujer a los cuarenta y cinco años, y por cualquier cosa arma un escándalo de correr a esconderse: un niño que no se sentía. Algo ha pasado con esta generación, no sé.

"¿Valió la pena tanto esfuerzo educativo?", pensé esa tarde cuando Samuel Prince salió en la tele con su flamante libro editado en La Habana en las manos. Incluso creí que me iba a mencionar: fui el director de su escuela en los años iniciales de su formación como poeta. Si no hubiera sido por mí, los maestros no lo hubieran autorizado a irse para la biblioteca provincial a leer en horas de clases, pero no me mencionó. En cambio, cuando le preguntaron por sus influencias, entre Ezra Pound, T. S. Eliot, Lezama, Rimbaud y Valéry, nombró a un tal Pablo, y ese era su padrino del palo. Ese negrón de los cien collares capaz solo de impartir el mal.

El Gringo:

No debí haber vuelto a Texas. Pero un día de esos, cuando en Portland ni con tres abrigos se puede estar en la calle, y si sales es para apalear la nieve y despejar la puerta, Lucy me dijo: *Vámonos a Dallas, que hay una feria de piezas de autos de toda la nación y del puto México, y ahí se encuentran maravillas.*

De todas las mujeres que conocí en este país, incluyendo a Nadine la india terrorista, Lucy fue mi preferida, aunque la muy cabrona, luego que supo lo mío, me la dejó en eso y se divorció mediante abogados. Nunca me dio la cara, pero debo reconocer que tenía algo, era mulata, bajita, delgada, de buenas nalgas y no parecía americana. Siempre estaba saltando de un lado para otro como si en vez de huesos tuviera resortes. A veces se preocupaba de dónde yo sacaba el dinero, pero en determinado momento, cuando acabados de templar aún estábamos en la cama, tuve que contarle que era agente secreto, que se lo decía porque confiaba en ella y no debía trasladarle a nadie esa información.

—Algo así como Bond –dijo ella, y me abrazó con fuerza porque aunque teníamos la calefacción puesta, ella siempre tenía frío y ganas de singar. Singaba más que las cubanas y era puerca en la cama. Se aprendía todas y cada una de las perversiones que encontraba en esas revistas donde viene de todo y luego las aplicaba conmigo. *Hazme esto*, decía, y luego, *hazme lo otro*. A mí me encantaba complacerla, y pensaba que ya que Johannes nunca sería mía, Lucy no era una mala opción, me había casado con ella no para tumbarle el baro, sino porque necesitaba estar con alguien que pareciera de allá, de Cuba. Ella, hija de un médico de origen jamaicano, que como el jodido Colin Powell había luchado en la guerra de Vietnam, y de una griega, mucho más joven que él, era lo más semejante a cualquier mulatica de las que deambulan por Cienfuegos buscando quien se la meta. El viejo jamaicano me caía bien, jugaba un baloncesto pasable y, aunque era religioso, evangélico, no comía tanta mierda como los cristianos de Cuba, que se la pasan hablando sandeces y creyendo conocer la voluntad divina. Estoy seguro que no es así, porque muy verraco debe ser Dios si alguien conoce su voluntad. Si yo conociera

esa voluntad me hubiera ido mejor a New York a pasear, y no habríamos hecho lo que hicimos Lucy y yo, que fue llenar el maletero de la camioneta Ford e irnos hasta Texas manejando, sin saber que aquí en este puto estado de vaqueros, indios y mexicanos me estaba buscando el agente del FBI, Robert Smith, uno de esos tipos fanáticos a resolver casos congelados. Me estaba buscando por lo de Elsa y por lo de Margaret, tenía subordinados indagando en Dallas, Houston, Austin, San Antonio, Waco y en el mismo Kentucky. No contento con eso, había puesto en Internet una foto en la que aparecíamos los hijos de Elsa y yo muy felices, parados en la barra del rancho *Blue Bird*. Si yo hubiera obedecido mi instinto, no regresaba a Texas ni amarrado.

Nos metimos una semana en el viaje, pues teníamos dinero. Yo llevaba veinticuatro mil dólares en efectivo, y a Lucy, el generoso padre, convencido por otra parte de la inutilidad de la hija, le prestó una de sus Master Card de ribete dorado.

Nos fue bien por el camino, aprovechamos la red de hotelitos para recién casados que llenan este país y singamos como unos locos. Claro, nos la pasábamos drogados, pero nadie lo notaba: Lucy es diplomada de un buen *college*, y aunque se esforzara no lograba hablar como una negra de las *crazy* de verdad. Hablaba como una universitaria, de esas convencidas de merecerlo todo, y a veces me caía mal tanta petulancia. Pero cuando estábamos en buena armonía era soportable y hasta halagador que mi mujer supiera tanto de libros, arte y de tantas cosas que no le servían de nada, porque hasta para freír un huevo a derechas necesitaba mi ayuda. Eso, lo de los libros, fue lo único que me convino del *college* de Lucy. Yo seguía sin resistir la televisión americana, y en cuanto a la latina, qué manera de hablar mierda. A veces se me hacía que el Carlitos Otero ese y la rubia cara de culo locutora del programa *Caso Cerrado* se habían dejado el cerebro en Cubita la bella, por lo que yo seguía leyendo, fajado con los libros, incluso con los escritos en inglés. Lucy me ayudó mucho a entender en qué consistía el secreto de la narrativa. A veces pienso que a mí lo que me faltó fue tiempo, que si no

me hubieran cogido tan rápido me habría enmendado y hubiera dejado de ser el Gringo, Satanás o el *predador diabólico* como me llamó un periódico de Miami, y ahora sería de verdad Albert Rodríguez, un ciudadano ejemplar, escritor por más señas, porque ese era mi sueño, ponerme cualquier día a escribir, a hacer historias con más carne y hueso que muchas otras, donde no se aprende nada de la vida. Otra cosa que hubiera podido ser es cantante. Eso me decía Lucy cuando manejábamos. Le dábamos kilometraje a mi camioneta Ford nuevecita. Íbamos a cien millas por hora y yo cantaba una canción del Joaquín Sabina ese que tanto le gustaba a Berta. Lo oía a toda hora, recuerdo.

—*Querías hacer turismo al borde del abismo* –cantaba yo.

—Tradúceme –rogaba Lucy–, y mira la carretera pues vamos a matarnos.

Pero las carreteras de este culero país son de gloria, no como las de Cuba, llenas de baches. Yo pensaba en la gente del barrio y en Berta. Me hubiera casado con ella y mi vida fuera otra, de no haber sido por la tal Johannes que apareció para joderme la vida. *You do sing very good, honey*, decía Lucy de pronto, y yo sonreía de lo más satisfecho, y de vez en cuando, si no veíamos ningún patrullero cerca, abríamos el maletero y tomábamos cerveza, alemana u holandesa, como debe ser. En fin, yo iba feliz a cien millas por hora en una carretera lisa como un mar en calma sin saber que en Houston, Texas, había un federal de origen indio, siux por más señas, indagando por mí, atando cabos, encontrando pistas, convencido de que en el viudo cubano de la desaparecida Elsa Pound algo no estaba bien del todo.

Mi arresto fue de lo más sencillo. Estando ya en Texas, cerca de un pueblucho llamado Dalhart, paramos en una gasolinera para comprar combustible, y, en lo que Lucy iba al baño, me bajé para estirar las piernas. Entonces se me acercaron dos policías y me pidieron identificación. Fue como si estuviéramos en Cuba, donde es habitual que un policía vea a un negro y le vuele arriba extendiendo las garras: *Carné de identidad*.

Como no tengo cara de emigrante, mi ropa es de la mejor calidad, y mi camioneta nueva pregona confort y posición social, comprendo que algo funesto pasa.

—*What is wrong, officers?* –pregunto, tratando de dotar a mis palabras de esa cualidad líquida, sin consonantes, aprendida por mí a fuerza de andar con americanas de clase, y que sin dudas es signo de distinción y de buen manejo del inglés.

No me sirvió de nada.

—Identificación –exigieron los policías.

Uno de ellos era un chicano de mediana estatura, el otro era un pelirrojo alto y fuerte. Ambos tenían las manos muy cerca de las armas. Además, yo estaba algo drogado y bebido, por lo que mis movimientos serían lentos, y no podría actuar con suficiente rapidez. Todo eso se escurrió por mi cerebro en lo que me agachaba y buscaba en la guantera del auto mi licencia de conducir a nombre de Albert Rodríguez.

Empezaba a caer la tarde, uno de ellos examinó mis papeles mientras el otro no dejaba de observarme, luego el mexicano dijo:

—Tiene que acompañarnos, míster Albert.

Lucy se desesperó al ver cómo me colocaban las esposas. Pensó que me arrestaban por consumo de drogas y alegó tener conexiones en Chicago, pues era amiga de la esposa del candidato demócrata a la presidencia, Barack Obama, y si no me soltaban ahora mismo se iba a armar un escándalo de padre y señor mío… *aténganse a las consecuencias.*

—Le estamos salvando la vida, señora o señorita –dijo el policía chicano en español, confundiendo a Lucy con una latina más, y ella no entendió ni papa.

—*Don't you worry, my love* –dije yo, iluso, pensando que todo se arreglaría, pues los muertos de mi padrino y mi propia muerta sabrían sacarme del atoro. Pero cuando llegué a Houston, allí me estaba esperando el agente del FBI, Robert Smith. Evelyn, la hija de Elsa Pound, estaba con él.

Me reconoció enseguida, por supuesto, aunque yo fingí que era la

primera vez que la veía.

El Tripa:

No estaba en su casa. Ya eran las seis de la tarde, y Prince nos dijo que debía estar todavía para el templo. Yo lo hubiera esperado, pero Gordo Gris me dijo: *Vamos a buscarlo allí*, y yo le dije: *Vamos*, y fuimos.

El Gringo:

¿Me convertí en un pájaro zumbador, o estoy todavía esperando que esas personas a las que les hice tanto daño me vean morir? En todo caso, cuando la solución letal llene mis venas me voy a ir a Cienfuegos, voy a entrar por su bahía, dejaré atrás la barriada de Punta Gorda, el puerto, el parque Martí y volveré a donde nací, Punta Gotica, para nacer de nuevo. Voy a nacer de nuevo y trataré de no ser malo. Empezaré a ser otro. Empezaré por pedir perdón, primero a Elsa, luego a Margaret y finalmente a Mía: tres mujeres que me acogieron aquí en este frío país y luego asesiné. También les pediré perdón a Aramís, al segundo guajiro del que nunca supe su nombre, y a Amarilis. Tal vez debo ir más atrás aún y pedirle perdón a mi madre por el dolor de nacer de su vientre. Pedirle perdón incluso a Dios por no haberle permitido que me hiciera nacer ave o insecto o roca nada sensitiva. Pedirles perdón a todos, a este gordo Billy Holden que se seca las lágrimas con cuidado porque no quiere que nadie vea que está llorando por mí, por Satanás, el asesino de mujeres.

Ibrahim:

Vi llegar a aquellos dos representantes del Leviatán en la tierra, aquellos dos archidemonios que se creían la gran cosa porque estaban armados. Primero caminaba el mulato, y luego el gordo semejante a un

cachalote. Venían a interrumpir la obra del Señor. No eran capaces de percibir la hueste de ángeles rodeándonos. Ilusos. Llegaron y se dirigieron al hermano Arturo, y este levantó el martillo y lo descargó sobre la cabeza del gordo, que cayó sin sentido, y entonces, mirando a los ojos al mulato le dijo:

—Recoge a tu compañero y vete en el nombre del Señor.

—Amen –dijimos todos.

El mulato, un joven de nombre impronunciable al que todos en el barrio conocían como el Tripa, se agachó junto al gordo y dijo que por desgracia eso no se iba a quedar así, que el Ruso por supuesto tomaría las medidas pertinentes. Todos nos echamos a reír. Sabíamos quién era el Ruso, un ser más malo que la mordida de una puerca, pero no le temíamos, éramos los sacramentarios, los poseedores del manto de Cristo. ¿Quién entonces prevalece sobre nosotros? Nadie sino Dios.

El Tripa:

—¿No les dije que no quería verlos más por aquí? –nos dijo antes de que dijéramos algo, y volvió a partir con la pequeña mandarria una de las lozas, adecuándola al tamaño necesario.

—Usted nos disculpa, Arturo –dije yo–, pero el Ruso dice…

—Al Ruso nos lo pasamos Dios y yo por la pinga, ¿saben? –dijo.

—Déjese de comer tanta pinga, viejo loco de pinga, negro mono de pinga, a mí qué pinga me importa su Dios, cojones –dijo Gordo Gris.

El viejo lo dejó que acabara. Le permitió manotear y acercarse hasta llegar a empujarlo con el vientre, y durante un instante pareció volverse chiquitico, era como si les hubiera cogido miedo a las trescientas libras y uno noventa de estatura del gordo, pero entonces sonrió:

—Tú estás demasiado gordo para Dios y para mí –dijo y fue rápido con el martillo, tanto que aún me deja asombrado, y si tuviera tiempo, la verdad, investigaba a qué se dedicaba este Arturo Stuart en su época de

Camagüey. Lo investigaba, la verdad, pero no voy a dejar Barcelona para llegarme a Cubita la bella a averiguar las costumbres de un difunto. Vi caer a Gordo Gris como una torre desplomándose, y de pronto había más de mil sacramentarios rodeándonos, levantando los brazos y cantando aleluyas, eran la misma gente que siempre había vivido en el barrio, pero ahora no le tenían miedo al Ruso, y menos a mí. "De aquí hay que irse", pensé entonces, y ya yo tenía una novia catalana, fotógrafa por más señas, que disfrutaba muchísimo tirarme fotos y solo exigía:

—Aféitate la cabeza, Yohandris mío.

—¿Para parecer un sala'o tubo de desodorante prieto? –le preguntaba yo, y ella entonces me pedía: Déjate los drelos, y yo le decía: Nada de eso, no soy un jodido rastafari, pero no le aclaraba que para mi trabajo con el Ruso debía parecer lo más normal y elegante posible.